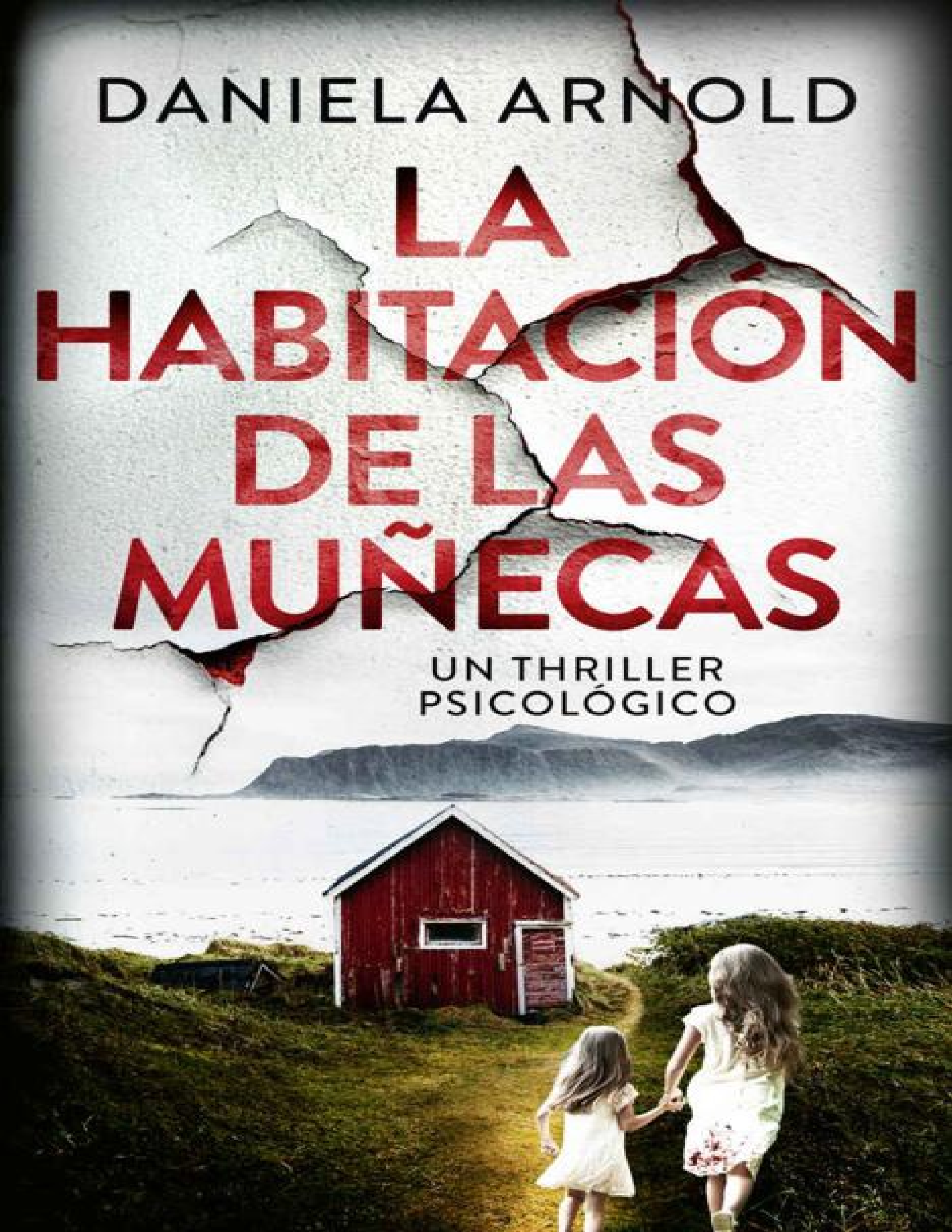
DANIELA ARNOLD

LA HABITACIÓN DE LAS MUÑECAS

UN THRILLER PSICOLÓGICO



LA HABITACIÓN DE LAS MUÑECAS

UN THRILLER NORUEGO

DANIELA ARNOLD

© 2022 Daniela Arnold, 86179 Augsburgo

www.daniela-arnold.com

autorin@daniela-arnold.com

Diseño de portada: Kristin Pang

Gráficas utilizadas: 466696980 (Casa) © Marek / Adobe Stock, 407308696 (Grieta) © Natalya On / Shutterstock.com, 384716971 (Chica) © Tatyana Domnicheva / Shutterstock.com

Revisión y corrección de texto: Ilka Bredemeier, Inca Vogt

Traductora: Eva Trillo Caramés

Composición tipográfica: Inca Vogt

Editorial: Publicación independiente

La obra y todos sus contenidos están protegidos por derechos de autor. Se reservan todos los derechos. Queda prohibida cualquier forma de reproducción total y parcial (impresión, fotocopia o cualquier otro procedimiento), así como el almacenaje, procesamiento, la reproducción y distribución mediante sistemas electrónicos de cualquier tipo sin el consentimiento expreso y por escrito de la autora. Se reservan todos los derechos de traducción.

A pesar de una revisión y corrección exhaustivas, podría haberse colado algún error. Es por ello por lo que la autora agradece cualquier sugerencia al respecto. Queda excluida toda responsabilidad y se reservan todos los derechos.

Esta es una obra de ficción. Cualquier semejanza con personas vivas o muertas es mera coincidencia y no ha sido intencionada.

CONTENIDO

Sobre La Autora
Sobre El Libro
Dedicación
Prólogo

1. Hermansverk
2. Sogndal
3. Hermansverk
4. Hermansverk
5. Sogndal/Hermansverk
6. Hermansverk
7. Hermansverk
8. Hermansverk/Sogndal
9. Hermansverk
10. Hermansverk
11. Hermansverk
12. Hermansverk
13. Hermansverk
14. Hermansverk
15. Sogndal
16. Hermansverk
17. Sogndal/Hermansverk
18. Hermansverk
19. Hermansverk
20. Hermansverk
21. Sogndal
22. Sogndal
23. Fiordo De Sogne/Hermansverk

Epílogo 1
Epilogo 2
Agradecimientos

SOBRE LA AUTORA

La escritora de *thrillers* Daniela Arnold nació en 1974 y vive con su familia en la hermosa región de Baviera.

Daniela Arnold estudió periodismo y trabajó durante muchos años como escritora *free lance* para numerosas revistas de prestigio.

Es la autora de *Lügenkind* y *Scherbenbrut*, dos números 1 en las listas *Kindle* y *Bild*.

Con su thriller *El silencio de los pecadores* llegó a ser finalista en los *Kindle Storyteller Award* de 2020.

La habitación de las muñecas es el thriller número 34 de esta prolífera autora de éxitos de ventas.



SOBRE EL LIBRO

Dos niñas pequeñas desaparecidas.
Un hombre al que todo el mundo acusa.
Y una multitud furiosa, dispuesta a todo.

¿HASTA DÓNDE SERÍAS CAPAZ DE LLEGAR PARA PROTEGER A TUS HIJOS?

Hermansverk en Noruega: un lugar apacible y seguro, tranquilo y pacífico donde jamás ha habido un crimen, y mucho menos un asesinato. Y un día, sin más, desaparecen dos niñas sin dejar rastro. El pueblo al completo está consternado.

La gente empieza a desconfiar del vecino, de los amigos y de su círculo más cercano.

Con la aparición de un cadáver cunde el pánico. Hay que dar con un culpable cuanto antes para recuperar la paz en los hogares de Hermansverk. Cueste lo que cueste...

PARA MI HIJO TIM.
MI ÚNICO.

PRÓLOGO

– ¿No será mejor que te lleve yo a tu casa?

La voz de la profesora trajo a Elna de vuelta a la realidad. Se limpió rápidamente la cara para borrar las huellas traicioneras de las lágrimas. Se giró hacia la mujer. Estaba de morros, pero aun así dijo:

–Mamá me dijo que vendría ella a recogerme. Y mamá siempre cumple sus promesas.

Elna era muy consciente del tono terco, además de respondón, pero no podía evitarlo.

Odiaba que sintieran lástima por ella por habérsele muerto su papá.

Y odiaba que casi todos supieran que desde entonces su madre se pasaba el día llorando y que apenas salía de cama.

Por eso todo el mundo les ofrecía ayuda a ella y a su madre, pero al igual que a ella, a su madre tampoco le gustaba tanta solidaridad y amabilidad fingidas.

–Lo único que hacen es cotillear sobre nosotras –solía decir su madre y la hacía prometer no cometer jamás el error de fiarse de uno de ellos. “Nos tenemos la una a la otra” era la frase favorita de mamá.

Habían sido muy felices cuando papá aún estaba.

Mamá y él se querían muchísimo y habían mimado a Elna y la habían tratado como a una princesita. Papá jamás la hubiese hecho esperar al frío. Si por él fuera, ella jamás habría pasado días enteros jugando y comiendo sola, porque mamá no era capaz de salir de cama - un día más.

Todo era perfecto - su vida, su familia – hasta que un día aparecieron unos policías en casa y le dijeron algo a mamá, algo tan terrible que hizo que mamá se cayese de rodillas allí mismo. No fue hasta unos días más tarde que se enteró de que su amado papá, al que había estado esperando impacientemente desde hacía varios días, no volvería jamás.

Había sufrido un accidente y, según mamá, había muerto en el acto.

El día del entierro fue el peor de su vida, pero en vez de abrazarla y consolarla, su madre había empezado a tomar esas pastillas tan raras que le daban siempre tanto sueño.

Y ahora, unos meses más tarde, apenas salía de cama.

Lo que sí hacía era exigirle que ella se ocupara de todo, y eso que solo tenía siete años.

Hasta hacía poco no había sabido cómo se preparaba un té o un bocadillo o cómo se hacía la compra. Pero había tenido que aprender y ahora cuidar de su madre después del colegio formaba parte ya de la rutina diaria de Elna.

Y por eso le había hecho tanta ilusión ver aquella mañana a su madre levantada, por primera vez en mucho tiempo.

Se había sentido tan feliz que el desayuno (gachas con canela y azúcar) le había sabido mucho mejor que otros días.

Poco antes de salir para ir al colegio, mamá la había abrazado, le había dado un beso en la cabeza y le había prometido que a partir de ya iba a controlarse y a volver a tomar las riendas de su vida.

–Voy a empezar hoy mismo, yéndote a recoger al cole –le había asegurado a Elna.

Tragó y permaneció cabizbaja.

Había perdido la noción del tiempo, no sabía cuánto tiempo llevaba esperando sentada al frío en la escalinata del colegio, esperando a su madre. Iba a cumplir su promesa. Tenía que cumplir su promesa.

Tiritando de frío, se encogió de hombros y pensó que ojalá se hubiera puesto otro par de calcetines, o al menos un chaleco por encima de la sudadera.

Al oír el rugido de sus tripas, suspiró.

Por la mañana no había habido pan en casa, como de costumbre, y mamá no tenía calderilla a mano para el tentempié en el cole, por lo que lo único que había comido en todo el día eran las gachas.

En el recreo, sus compañeros de clase habían comido bocadillos y pasteles. Y a ella no se le había ocurrido otra cosa que esconderse avergonzada y hambrienta en los baños hasta que se reanudaran las clases.

Su consuelo había sido que mamá vendría a recogerla y seguro que le permitiría comprarse unos *donuts*. Pero ahora que no estaban a la vista ni mamá ni los *donuts*, se sintió peor y más abandonada que nunca.

Las lágrimas le corrían por las mejillas y de repente algo en su interior se partió en dos. ¿Cómo iba a poder volver a confiar alguna vez más en mamá?

–¿Va todo bien? –Una voz la trajo de vuelta a la realidad.

Elna alzó la cabeza y vio un coche que tenía pinta de caro parado en el arcén.

Estuvo a punto de levantarse y de darle la espalda, cuando cambió de idea. Hizo un gesto de negación con la cabeza.

–Tengo frío –dijo por fin y apenas logró controlar las lágrimas que amenazaban con salir a raudales–. Y hambre.

–¿Y dónde está tu mamá? –quiso saber aquella voz que salía del coche y transmitía compasión y preocupación a la vez.

–Seguro que en cama –respondió Elna–. Está enferma desde que papá ya no está.

–¿Y dónde está?

Elna intentó sonreír.

–En el cielo. Tuvo un accidente muy grave.

La cara de la otra persona se transformó.

–Lo siento mucho. ¿Puedo ayudarte en algo? Quiero decir, ¿hay algo que pueda hacer por ti?

Elna reflexionó un instante, pero luego negó con la cabeza.

–Solo quiero volver a casa.

–¿Quieres que te lleve?

Elna estuvo a punto de decir que no, pero luego pensó que tardaría como mínimo una hora en llegar si iba a pie y que para entonces ya se habría muerto de frío o de hambre.

–Tengo galletas en el coche –dijo la voz, como si le hubiese leído el pensamiento–. Rellenas de chocolate.

Como reaccionando a una orden, las tripas de Elna volvieron a rugir, así que acabó cediendo.

–Si me lleva hasta el centro, se lo agradecería. De ahí hasta mi casa hay muy poco.

La otra persona sonrió amablemente y le hizo una seña para que se acercase.

–Pues adentro. Mejor siéntate atrás que hay mucho más espacio y estarás más cómoda.

Elna abrió la puerta, se sentó detrás del asiento del piloto y se asustó al oír un clic.

–Tranquila, solo es el seguro de la puerta.

Elna asintió y sopesó si pedir las galletas prometidas. Estaba formulando mentalmente las palabras adecuadas, cuando por el rabillo del ojo se percató de un movimiento. Respiró aliviada al ver el logo de sus galletas favoritas y las cogió. Le hubiese encantado meterse en la boca varias galletas a la vez, pero no quería parecer grosera. Así que, como la niña educada que era, cogió solo una y dio las gracias.

Mientras iba comiendo, reflexionó sobre qué podía hacer para que su mamá volviese a ser la de siempre.

Se recostó, miró por la ventanilla y se asustó al darse cuenta de que ya habían pasado desde hacía rato el centro de la ciudad, donde tendría que haberse bajado.

De repente fue consciente de que había cometido un error. Un error fatal.

Sin habérselo pensado mucho, había incumplido la norma más sagrada de papá.

Elna no recordaba las veces que le había insistido en que, nunca, jamás, debía meterse en un coche desconocido ni hablar con desconocidos. Y ella… acababa de incumplir las dos normas.

–Quiero bajar, por favor –dijo y mantuvo la respiración, angustiada y asustada. No pareció surtir efecto. Era como si aquel par de ojos que la miraba por el retrovisor pudiese mirar en su interior. Empezó a llorar–. Por favor –dijo con voz entrecortada–. Déjeme salir.

–¿Por qué? –quiso saber la voz y parecía dolida de verdad ante la insistencia de Elna de querer salir.

–Quiero ir con mi mamá –consiguió decir Elna.

–¿Con esa mamá que te ha hecho esperar y pasar hambre? –La voz sonó cortante y le dio muchísimo miedo.

–Pero si no lo hace a propósito –explicó Elna con voz temblorosa–. Es que está triste y por eso no tiene fuerzas.

–Conmigo no pasarías frío –le aseguró la voz–. Ni hambre. Yo siempre estaría a tu lado y te trataría como a una princesa. Igual que tu papi, ¿a que sí? Tu papá jamás se habría olvidado de recogerte.

Elna bajó la mirada y asintió débilmente.

–¿Lo ves? –La voz sonó satisfecha–. Vamos a pasárnoslo muy bien tú y yo. Y llegará el día…. Muy pronto habrás olvidado a tu mamá de verdad y tu nueva familia te querrá muchísimo.

De repente Elna sintió un peso en el pecho, le ardía. Era como tener un elefante encima. Oyó un ruido metálico y luego un zumbido constante y agudo. Tardó una pequeña eternidad en percatarse de que era ella la que emitía esos sonidos. Buscó el inhalador en la mochila. Una ola de calor le recorrió el cuerpo al darse cuenta de que, con la emoción por la mejoría de mamá, se había olvidado cogerlo. Tragó saliva. Los pensamientos se agolparon en su cabeza. La sensación en su pecho era insoportable, apenas le llegaba aire, era como si estuviese respirando a través de una pajita muy fina.

–Casa –emitió con las últimas fuerzas que le quedaban y jadeó con dificultad–. Por favor. Necesito mi medicina. O me ahogaré.

UNO

HERMANSVERK

2019

Si a Ingrid Finstad alguien le hubiese preguntado si era feliz, la respuesta solo podía ser una.

Tenía dos hijas perfectas, Kamilla y Hanna, y un marido maravilloso. Agnar no solo era un marido especialmente tierno, sino que, además, era un padre admirable de verdad. Traía a sus hijas en palmitas y no desaprovechaba ocasión para pasar el rato con ellas, aunque estuviese estresado por el trabajo exigente que tenía. Por las mañanas siempre era el primero en levantarse y en vez de tomarse el café con calma y cargar las pilas para la dura jornada laboral que le esperaba, preparaba el desayuno familiar, mañana tras mañana, para que sus tres damas, como las llamaba él, tuviesen una buena base con la que enfrentar el resto del día.

Por si eso fuera poco, a Agnar también le gustaba hacerles pequeños regalos a sus hijas y le llevaba flores a su esposa. Incluso era capaz de captar que había algo que las preocupaba, cuando era el caso.

Siempre que Ingrid les hablaba a sus amigas de su marido perfecto, estas ponían los ojos en blanco y sonreían de manera peculiar.

Ingrid sabía perfectamente qué significaba aquella sonrisa, pero no le importaba lo más mínimo. No, Agnar no tenía una amante y, consecuentemente, una mala conciencia que silenciar con tantas atenciones y tanta amabilidad. Todo lo contrario, su marido era fiel y muy leal. Ingrid pondría la mano en el fuego por Agnar de lo segura que estaba de no quemarse jamás. Había tenido una suerte increíble al conocer a Agnar y por ello le daba todos los días las gracias al destino por haber sido tan generoso con ella.

Comprobó la hora. Al ver que eran casi las siete, se sobresaltó.

Había sido idea de Agnar, que se cogiera el día para ella, que fuera a la ciudad de compras. Era su día libre así que ya se ocuparía él de la casa. Incluso había insistido en que apagara el móvil: nada de distracciones; era su día para relajarse y mimarse.

–Estás pendiente de nosotros las veinticuatro horas del día. El día de hoy es todo tuyo –le había dicho Agnar sonriendo y le había explicado que, mientras tanto, él aprovecharía para cocinar su especialidad: lasaña, aunque en su versión vegana, dado que desde hacía poco Kamilla, la mayor, había decidido no comer productos de origen animal. Otra jugada maestra de Agnar: nunca cuestionaba las decisiones de otro miembro de la familia. En vez de eso lo que hacía era tratar de complacer a todos porque consideraba que, incluso los más jóvenes de su unidad familiar, tenían derecho a expresarse libremente.

Ingrid sonreía mientras guardaba las bolsas de la compra en el maletero del coche. A continuación se acomodó detrás del volante y puso el coche en marcha.

Mientras iba conduciendo en dirección a Hermansverk, iba imaginándose las caras de las niñas y de su marido al abrir las bolsas y descubrir que, por supuesto, también había comprado

cositas para ellos.

Para Agnar había conseguido a precio de ganga un estuche con todas las temporadas de su serie favorita; Kamilla recibiría un vestido color turquesa y para Hanna había encontrado un osito de peluche que hablaba.

Lo cierto era que el viaje a la ciudad había resultado muy fructífero. Además de los regalos, había comprado bombones daneses, gominolas sin gelatina para las niñas y una botella de un excelente vino blanco para Agnar y ella. Lo tomarían por la noche, tan pronto como las niñas se hubiesen quedado dormidas en sus camas.

Cuando a la media hora pasó por la señal de Hermansverk y se metió en la calle en la que vivía, le sobrevino un amago de remordimientos. Debía haber vuelto hacía una hora. Las niñas y Agnar estarían ya muertos de hambre por tener que esperar tanto tiempo por ella.

Subió la rampa de la entrada, se detuvo ante la puerta del garaje, apagó el motor y se apeó.

Al percatarse de que la luz de la cocina estaba apagada, frunció el ceño. Sacó las bolsas del maletero, convencida de que Agnar le abriría la puerta antes de que ella tuviese tiempo de coger las llaves; siempre ocurría así cuando él ya estaba en casa.

Pero hoy la puerta permaneció cerrada, e incluso cuando la abrió y entró en el recibidor, lo único que le dio la bienvenida fue el silencio y no el parloteo alegre de siempre. Su corazón se saltó algunos latidos al dejar las bolsas y, sin tan siquiera sacarse los zapatos, fue en busca de su familia.

Tras entrar en la cocina, abrió la nevera y suspiró aliviada al ver que no había lasaña.

Seguramente Kamilla habría cambiado de parecer y pedido otra cosa para cenar, por lo que Agnar estaría cumpliéndole el capricho a su hija mayor. Sí, esa tenía que ser la razón de por qué no había nadie en casa. Agnar había cogido a las niñas y se había ido con ellas al supermercado.

O habían ido a buscar una pizza. Las razones por las que no preocuparse por la ausencia de su familia eran infinitas.

Volvió al recibidor, cogió las bolsas y las dejó en una silla de la cocina. A continuación decidió poner el vino a enfriar, prepararse una copa y ponerse cómoda.

Mientras tomaba pequeños sorbos del gin tónic y disfrutaba del calor suave del alcohol resbalándole por la garganta, se puso a mirar por la ventana en dirección a la bahía. Fue por aquellas vistas que Agnar había insistido en comprar aquella casa, a pesar del precio, y no la diminuta cabaña en la parte baja de la ladera.

Al oír el clic de la cerradura, salió corriendo al pasillo contando con que en cualquier momento la atropellarían dos niñas chillando de alegría.

Pero en vez de a Kamilla y a Hanna, solo vio a Agnar frente a ella con un pánico inquietante en los ojos.

–Las niñas –logró emitir su marido con voz entrecortada–. ¿Cuándo decías que tienen que volver a casa después de jugar?

Ingrid se quedó mirándolo fijamente.

–¿Me estás diciendo que aún no han vuelto?

Agnar asintió compungido.

–He dejado bien claro que a más tardar tienen que estar de vuelta a las cinco y media, para que te ayuden a preparar la cena. Además, a ellas les encanta pasar ese rato contigo a solas.

Agnar tragó saliva.

–Después del colegio se pasaron por casa, merendaron y salieron disparadas. Kamilla quería ir por su cuenta, pero le pedí que llevase a su hermana con ella; la amiga de Hanna hoy no está.

–¿Y Kamilla aceptó?

Agnar se encogió de hombros.

–Entusiasmada no estaba, pero tampoco protestó.

–¿Has llamado a sus otras amigas? Puede que se hayan ido a casa de una de ellas.

Agnar negó despacio con la cabeza.

–Lo he intentado todo. Empecé llamando a los padres de las amigas de Kamilla – nada. Las niñas estuvieron jugando juntas, pero las otras ya están a buen recaudo en sus casas. Todas excepto las nuestras.

–¿Es posible que se estén escondiendo en algún sitio para hacerte rabiar? Puede que no entiendan qué significa que vuelvan más tarde de lo establecido.

–He buscado por toda la casa, el jardín, los alrededores. He ido hasta la playa, el puerto, el parque - ni rastro de Kamilla ni de Hanna. Ya no sé qué hacer.

Algo en el interior de Ingrid se partió en dos al ver a su marido, normalmente tan fuerte y seguro, ahora tan indefenso y angustiado. Fue hacia él y lo abrazó.

–Vamos a encontrarlas –le susurró al oído para tranquilizarlo–. Tienen que estar en algún lado. Es posible que Kamilla se haya enfadado por tener que cargar con su hermana y nos lo hace pagar de esta manera.

Agnar se soltó, la apartó y la miró escéptico.

–Eso no te lo crees ni tú. –Su voz reflejaba desesperación.

Ingrid le sostuvo la mirada.

–Sí, sí que me lo creo. Creo que nuestras niñas están bien. Al fin y al cabo, ¿qué iba a pasarles? Vivimos en Hermansverk, aquí pasa nunca nada malo.

Agnar hizo una mueca. No lo tenía tan claro. Luego se fijó en el reloj colgado encima de la puerta de la cocina y la miró muy serio.

–Veinte minutos. Si a las ocho en punto no han vuelto, llamamos a la policía.

Ingrid Finstad era consciente de lo mucho que significaba para ella su familia, Agnar y sus hijas. Era feliz, amaba su vida y jamás había deseado, ni por un segundo, ser otra mujer. Si hubiese sabido que esa sensación de plena felicidad se esfumaría de un momento a otro para convertirse en desesperación pura y dura, hubiese hecho todo lo posible por guardar para siempre un poco de esa felicidad en su corazón.

Jamás hubiese ido a la ciudad.

Hubiese pasado el día con sus niñas.

Hubiese…

Palabras vacías, el pasado no se puede cambiar.

En ese instante Ingrid Finstad ni se imaginaba que dentro de muy poco lo único que le quedaría, sería la esperanza.

Pero ahora, en aquel mismo instante, seguía completamente convencida de que el destino sería benévolo con ella, como de costumbre. Confiaba en que todo acabaría bien por eso, porque vivían en Hermansverk, un pueblo pequeño, un lugar seguro para los hijos, de total tranquilidad para los padres, porque nada malo pasaba en aquel lugar. Nunca. Vale, casi nunca …

DOS

SOGNDAL

2019

Un zumbido penetrante destruyó la calma de la tarde. Lykka se quedó mirando el plato que tenía frente a ella y suspiró.

Se había hecho ilusiones de poder pasar una velada tranquila y agradable con una película romántica y lacrimosa, disfrutando a la par de un buen vino tinto y tomarse unos canapés que había pillado en la tienda de *delicatessen*.

Con gesto obstinado cogió una aceituna rellena del plato y la metió en la boca. El zumbido enmudeció y ella se recostó sonriendo en el sofá. Fuera quien fuese, se había rendido.

Seguramente sería su hermana, una vez más, para contarle sus problemas con el marido y desahogarse. O su madre, para quejarse de que no iba nunca a visitarla. No estaba de humor para ese tipo de conversaciones. Acababan de resolver un caso grave de vandalismo juvenil en Sogndal y aquel descanso era más que merecido.

Cogió la copa de vino, tomó un buen trago y gimió de placer.

Lykka pertenecía a ese tipo de mujeres a las que les bastaba una película emocionante, un buen libro y un tentempié delicioso para sentirse bien. Nada de dejarse distraer por un tío protestando todo el rato por querer ver un partido en vez de una peli ñoña y querer tomarse un buen chuletón en vez de unos aperitivos italianos.

Hacía ya siete meses que Ove había cogido sus cuatro cosas y se había largado. Así sin más. Después de casi nueve años de relación. Pero en vez de permitir que la separación la paralizara, Lykka se sentía aliviada, como si se hubiese quitado un peso de encima. Llegar del trabajo a una casa vacía era mucho mejor que tener a alguien esperándote, a un tipo cuya dependencia de ti no te dejaba ni respirar.

Últimamente Lykka había tenido que justificarse cada vez con más frecuencia por llegar tarde y no tener tiempo para preparar la cena. Ove no daba entendido que un policía no tenía horarios fijos. Los criminales no respetaban ni horarios ni festivos, pero Ove hacía oídos sordos. La culpaba de no saber poner límites, de no respetar e imponerse a los sentimientos de los demás cuando de su amado trabajo se trataba, pero eso no eran más que bobadas. Lo que para Ove era pasión por el trabajo, para ella era responsabilidad laboral. Era la comisaria jefa y no podía pedirle a su equipo que hiciera horas extras mientras que ella se iba de fiesta con Ove.

Una y otra vez había intentado explicárselo, hasta que un día se dio cuenta de que él no quería entender. Ove era el tipo de hombre que interrumpía constantemente a los demás, sobre todo cuando se daba cuenta de que le llevaban ventaja mental. La autocrítica no era lo suyo, pero eso sí: uno de sus *hobbies* favoritos era poner a caldo a los demás.

Desde la separación Lykka no había dejado de preguntarse cómo había podido soportarlo durante tanto tiempo. ¿Por qué había sido él quien había tomado la decisión de separarse y no

ella? ¿Por qué no había sido ella la que había roto primero? La respuesta era: por comodidad. Su relación con Ove era como un par de zapatos viejos. El cuero y la suela estaban gastados, pero seguían siendo cómodos y uno ya estaba acostumbrado a ellos. Iba a gusto con ellos. Al menos eso era lo que uno se decía a sí mismo, porque comprar un par de zapatos nuevos era mucha molestia, y amoldarlos al pie exigía tiempo y paciencia.

Una vez que Ove se hubo largado con sus pertenencias, el temor de Lykka había sido caer en un agujero negro, pero sucedió todo lo contrario. Disfrutaba de que no estuvieran comiéndole el tarro constantemente, de no tener que recoger la ropa tirada por toda la casa adelante, y de hacer lo que le diera la gana cuando le diera la gana.

Se acomodó en el sofá estirando las piernas cuan largas eran. Otra cosa más que no había podido hacer con Ove. Ove se había apoderado de más de dos tercios del tresillo, mientras que ella tenía que apañárselas con el poquito espacio que quedaba libre.

Al darse cuenta de que estaba sonriendo inconscientemente, soltó una carcajada. Sí, se alegraba de que Ove su hubiese largado y ni se le pasaba por la cabeza reemplazarlo por otro tío. Recuperaría el tiempo perdido y se dedicaría a lo que había descuidado por culpa de Ove: a ella misma.

Tenía cuarenta y siete años y ya iba siendo hora de tomar las riendas de su vida, y el primer paso era reconocer que no necesitaba a nadie a su lado para sentirse realizada. Ni hijos ni perro ni gato, y desde luego que ningún hombre.

Volvió a sonar el zumbido que la trajo de vuelta al presente.

Esta vez no se cortó a los pocos segundos, por lo que no le quedó más remedio que comprobar quién molestaba a aquellas horas.

Al ver que era su compañero de trabajo Mikkel, torció el gesto.

Que un compañero llamase a esas horas no presagiaba nada bueno y la imagen de una velada tranquila al calor del hogar se esfumó ante los ojos de Lykka.

–¿Qué hay? –preguntó irritada y se mantuvo a la espera sin respirar. De repente se apoderó de ella un mal presentimiento que no supo cómo explicar.

Mikkel guardó silencio durante algunos segundos. Tan solo se oía su respiración al otro lado de la línea.

Lykka frunció el ceño. Si su compañero no era capaz de articular palabra, entonces tenía que tratarse de algo muy serio porque que el tono áspero de la voz de Lykka enmudeciese al curtido Mikkel era algo impensable.

–¡Mikkel, háblame!

–Hay dos niñas –arrancó este por fin con voz sombría y preocupada a la vez–. De Hermansverk. Kamilla de doce y la pequeña Hanna de siete. Los padres acaban de llamar a comisaría porque las niñas no han vuelto a casa.

–¿Sigues de guardia? –se sorprendió Lykka.

–No exactamente –respondió Mikkel–. Ya estaba en casa, a punto de cenar cuando me llamó Jenta para hablarme de la llamada de los Finstand. Estaban muy preocupados así que los llamé yo a ellos y ahora me gustaría conocer tu opinión. –Se detuvo para coger aire–. Las niñas salieron a jugar con unas amigas, pero mientras que las demás volvían puntuales a la hora de la cena a casa, de Kamilla y Hanna no hay ni rastro.

–¿A qué te refieres?

–Los padres de las niñas llamaron a las casas de las amigas, pero nadie las ha visto después de despedirse. Las niñas tenían pensado ir para casa, pero no llegaron.

–¿Dónde estuvieron jugando?

–Fueron a dar una vuelta con las bicis, sin rumbo fijo. Se lo pasaron bien.

–¿Pasaron bien haciendo qué?

–Jugando al escondite y cogiendo algún tipo de insectos para el colegio. Lo típico que suelen hacer los niños. Parece ser que todavía existen jovencitos que no se pasan el día sentados delante del ordenador, sino que salen a jugar a la calle.

–Vale, vale –lo interrumpió Lykka–. ¿Y dónde exactamente se despidieron de las demás?

–En la carretera general en Leikanger. De allí siguieron en dirección a Hermansverk.

–Ese trayecto tiene muchas curvas y mucho tráfico. ¿Has mirado si se ha notificado algún accidente?

–De eso ya se encargó el padre. Llamó a todos los hospitales de la zona y luego recorrió él mismo con su coche el trayecto Hermansverk-Leikanger. Es como si se las hubiese tragado la tierra.

–¿Alguna pelea en casa? Puede que se hayan fugado.

–También se lo pregunté, pero el padre dice que sus hijas no son de las que se largan sin más.

–Eso no contesta mi pregunta de si hubo algún tipo de pelea.

–Parece ser que no hubo.

Lykka echó una mirada de añoranza al plato en la mesa y suspiró con un gesto teatral.

–Vale. De todos modos no tenía nada mejor que hacer. ¿Dónde quedamos?

Mikkel carraspeó.

–Lo mejor sería en casa de las niñas. Te mando la ubicación. Y prepárate para una noche larga. Los padres están destrozados. Y si te soy sincero, este asunto me da mala espina.

–¿Qué quieres decir?

–Que no me parece para nada una discusión familiar ni nada del estilo “hermanas tozudas les gastan una broma pesada a los padres”.

TRES

HERMANSVERK

2019

Lo despertó un ruido fuerte. Una especie de rugido procedente del sótano. Kennet salió disparado de la cama y bajó corriendo al sótano, para segundos después descubrir que allí no había nada que explicase aquel rugido. ¿Acaso lo había soñado?

Volvió a subir con pasos pesados, pasando antes por la cocina para darle el botón de la cafetera automática, la pieza estrella de su vieja cocina. Había sido su esposa quien había adquirido el aparato. Torja adoraba esa máquina.

La cafetera preparaba café en todas sus variantes y Torja se había puesto a probarlas todas, el mismo día que les entregaron la máquina. Al final había decidido que su favorita era el *latte macchiato*. Incluso consiguió contagiarle a Kennet su pasión por aquel estimulante reconstituyente.

El día que llegó el aparato a casa quedaría grabado para siempre en la memoria de Kennet, de eso estaba seguro. Hacía casi cuatro años y lo recordaba tan bien porque fue el día en el que su amada Torja por fin recuperó la risa después de mucho tiempo. Había sido tan gratificante verla tan llena de vida, levantada y no llorando encogida en cama, que eso justificaba con creces el elevado precio de tan noble dispositivo gastronómico.

Tampoco era que tuviesen que apretarse el cinturón, pero a Kennet no le gustaba gastar mucho en cachivaches inútiles. Sus padres le habían inculcado desde pequeño que había que ser previsor y ahorrar, e incluso después de haber entrado por matrimonio en una familia acomodada, seguía con el lema de que no había que despilfarrar, y menos aun cuando el dinero no era tuyo.

Sin embargo, Torja insistía en que su fortuna era de ambos, pero Kennet no era el tipo de hombre dispuesto a ser el mantenido. Cuando aún vivían en Oslo, el sueldo de él había llegado de sobra, pero aquí en Hermansverk le estaba costando encontrar trabajo, por lo que al final no le había quedado más remedio que tirar de la generosidad de su esposa. Con todo lo que ella ya había hecho por ellos: había comprado aquella casa con el terreno tan grande porque sabía que siempre había sido el sueño de Kennet tener un jardín, plantar frutales y construir un templete en el que poder relajarse ambos al final del día.

Tras haberse mudado a la casa, él se había esforzado por hacer sus sueños realidad e impresionarla, a la vez que distraerla de su fracaso a la hora de encontrar trabajo. Pero al cabo de dos meses ya todo daba igual. Torja había recaído. A pesar de todas las esperanzas que habían puesto en un cambio de aires, un nuevo sitio donde vivir.

Lo había visto reflejado en su cara: la depresión había vuelto a golpearla de nuevo, mejor dicho, nunca había desaparecido del todo. Al principio pensó que se debía al entorno nuevo y desconocido, lejos de su antiguo hogar, de su madre y de los amigos, o a que no había sido hasta

llegar a un lugar tan apartado que había sido consciente de todo lo que había pasado en Oslo, pero luego, luego tuvo que reconocer que no era por nada de eso.

La tristeza la había vuelto a atrapar, el vacío en su interior, e hiciese lo que hiciese Kennet para llenar ese vacío, no lo conseguía.

Torja había vuelto a pasarse los días metida en cama, descuidaba su higiene personal, no se molestaba en cambiar el pijama por ropa de verdad y no salía de casa.

Aunque eran dos, cada uno por su lado sabía lo que era la soledad, hasta que llegó el día en el que él ya no aguantó más.

La había puesto entre la espada y la pared y la había amenazado con separarse. Y cuando ella por fin había aceptado retomar la terapia, había respirado aliviado. El cambio de actitud de Torja lo había hecho creer que su amor por él era más fuerte que el dolor que sufría, pero eso solo había sido otra equivocación más.

Lo había intentado todo para arrancarla de aquel estado de desesperación.

Había encontrado una terapeuta en Sogndal y había arrastrado a su mujer hasta su consulta.

Le había pedido que se buscase un pasatiempo que la llenara.

Al principio todos los intentos y esfuerzos parecían haber servido de algo y su estado había mejorado un poco, pero lo que se dice estable, Torja nunca había sido, cosa que él había tenido que aprender de manera muy dolorosa.

La gente empezó a hablar.

Al principio los vecinos, luego el resto del pequeño municipio al que habían huido tras la tragedia en Oslo.

De eso ya hacía muchos, muchos años.

Y luego, un día, se enteró de lo que la gente pensaba de verdad de él y de Torja.

Lo tenían por un hombre que controlaba y subyugaba a su esposa, que incluso la pegaba y maltrataba. Todos sentían pena por Torja, y por esa razón, las pocas veces que la veían por la calle, le ofrecían su ayuda.

Pero incluso tras explicarles que no era su marido quien la torturaba, esos buitres no los dejaron en paz.

Los rumores fueron de mal en peor y pronto ya no fueron las miradas llenas de recelo ni los murmullos lo que lo enfurecían, sino el comportamiento impertinente de los hijos de esa gente. El pueblo les había puesto a él y a Torja el sambenito de *frikis* espeluznantes y les encantaba gastarles bromas pesadas. Irrumpir al anochecer en su propiedad, robar la fruta en verano y tirar huevos podridos y excremento de perro contra la puerta, eran las pruebas de fuego para niños y adolescentes.

Al principio a Kennet le había hecho gracia y no le había dado mayor importancia, pero al ver que a Torja le hacía daño lo que ella y Kennet provocaban en los niños del pueblo, había tenido que intervenir. Había acechado a algunos y les había soltado una buena reprimenda, pero en vez de admitir el daño que habían hecho, habían ido corriendo a decírselo a sus padres, que a su vez habían acudido indignados en defensa de sus hijos. Al final no le había quedado más remedio que llamar a la policía cada vez que eran víctimas del vandalismo infantil o de fechorías incluso peores, aun siendo consciente de que dar ese paso les iba a granjear todavía más enemistades.

Hasta que llegó el día en el que su Torja…

Kennet cogió aire.

Notó cómo iban llegando las lágrimas. Le costó respirar.

Tenía en la memoria, grabada a fuego, la imagen de su cuerpo muerto.

Jamás podría olvidar su mirada perdida, clavada en la nada. Sus ojos sin vida. La piel pálida.

Con manos temblorosas sacó una taza del armario, la colocó en la bandeja de la cafetera y esperó a que se llenara de café.

Cuando el pitido de la cafetera indicó el final del proceso, sintió que poco a poco recuperaba la compostura. Cogió la taza, tomó unos pequeños sorbos de la bebida caliente, se puso a mirar por la ventana y vio pasar a una vecina. La mujer, Algea Wold, iba con la vista clavada al frente. Un gesto que, a pesar de todo, consiguió arrancarle una sonrisa a Kennet.

Tras haberse enterado de la muerte de Torja, esa mujer se había puesto muy pesada. Cada dos por tres se plantaba en su puerta para traerle pasteles recién hechos. Kennet sabía muy bien que Algea era el tipo de mujer que prefería estar con un *friki* a morir sola, llegado el momento.

De hecho, un día le había preguntado si no le apetecía cenar con ella, pero él había rechazado la invitación. No solo por no haber superado aún la muerte de Torja, que desde luego que no la había superado, sino porque de todas las mujeres, con esa era con quien menos le apetecía quedar. Había sido una de las primeras en hablar mal de él y de su mujer. Seguramente creería que él era en parte responsable de la muerte de su esposa.

Ir a cenar y hacerle compañía a esa hija de puta sería como traicionar a Torja. Por no mencionar que esa mujerzuela pintarrajeada como una puerca no era para nada su tipo.

A él le gustaban las mujeres como Torja, bellas de manera natural, sin necesidad de un maquillaje exagerado para estar presentables.

Pero lo que más apreciaba en una mujer era que fuese discreta y callada. A su Torja jamás se le hubiese pasado por la cabeza juzgar a alguien que no conocía.

Era una mujer tan encantadora, que se enamoró de ella a primera vista. De ahí que la pérdida de la persona más importante en su vida siguiese siendo tan dolorosa.

Después de que Algea hubo desparecido de su campo de visión, se dirigió al piso de arriba. En el último peldaño se quedó mirando la puerta de la habitación de Torja. Tras su muerte la había cerrado con un cerrojo y dos candados y casi nunca entraba, ni para limpiar. Para ser sincero, aquella habitación le causaba angustia.

Hoy más que nunca. Incluso cuando Torja seguía viva, se había sentido incómodo allí dentro, pero ahora, tras su muerte, cada vez que pasaba por delante se le ponía la piel de gallina. Y más incluso si se paraba a pensar en lo que él mismo había hecho…

Un frío glacial se apoderó de su cuerpo, al acercarse a la puerta y extender el brazo. Fue acercando la mano milímetro a milímetro, pero a punto de tocarla, retiró la mano como si se hubiese quemado con la madera.

CUATRO

HERMANSVERK

2019

–¿Pero cuánto van a tardar? –soltó Ingrid mientras miraba nerviosa a su marido–. Hace ya casi una hora que los has llamado.

Agnar se encogió de hombros.

–Vienen desde Sogndal. Tan solo el trayecto ya les lleva casi tres cuartos de hora, dependiendo del tráfico que haya. Además, me imagino que la mayoría de los de la comisaría ya habrá terminado la jornada. Es posible que hayan tenido que llamarles a sus casas.

Ingrid asintió con la cabeza y se sentó en una silla de la cocina, para a los pocos segundos volver a levantarse.

–Esta espera me está volviendo loca.

Agnar se acercó a ella, la cogió de las manos y la miró a los ojos.

–No sirve de nada que aun por encima pierdas la cabeza. Tenemos que mantenernos fuertes. No podemos perder la fe, todo va a salir bien. Seguramente haya una explicación de lo más plausible. Es posible que se hayan enfadado entre ellas y que una se haya largado. Ya sabes lo cabezona y rápida que es Hanna. Kamilla estará ahora mismo buscándola por ahí.

Ingrid soltó una risa cruel.

–¿Pero en serio te crees lo que acabas de decir? –Señaló con la cabeza hacia el reloj de la cocina–. Son más de las nueve y hace mucho que ha anochecido. Explícame, por favor, qué iban a estar haciendo nuestras hijas a estas horas por ahí adelante de forma voluntaria. Aunque se hubiesen peleado entre ellas… ¡Si ninguna de las dos es capaz de quedarse a dormir si no queda encendida la luz de la lamparilla, hombre! Y vas tú y me quieres hacer creer que es plausible que anden por ahí fuera tan panchas. Te recuerdo que hace hora y media eras tú el que perdía los nervios.

Ingrid se dio cuenta de lo mucho que le afectaron a Agnar sus palabras, soltó un leve suspiro y apoyó la cabeza en el pecho de él.

–Si yo también quiero que entren por esa puerta sanas y salvas, pero, para serte sincera, creo que les ha pasado algo. Tal vez hayan tenido un accidente con la bici.

El marido se estremeció. Se soltó y la miró fijamente.

–No quiero que digas eso, ¿me has oído? A nuestras hijas no les ha pasado nada. Van a volver. Sanas y salvas. ¿Lo has entendido?

Aquel tono de voz cortante hizo que Ingrid se encogiera, pero asintió con la cabeza.

Eso era algo típico de Agnar: mantener los nervios en las situaciones más complicadas y negarse a perder la esperanza. No por él, sino por ella. Siempre pensaba primero en sus seres queridos, lo que sin querer acentuaba aún más la crueldad de la situación.

Ingrid respiró hondo y lo miró.

–Vale, cariño. Voy a controlarme. Las niñas van a volver. No les ha pasado nada.

Él asintió y pareció aliviado, pero su postura corporal le indicó a Ingrid que era puro teatro. Agnar estaba igual de tenso que ella, solo que había conseguido controlarse mejor.

–No debí haber insistido en que Kamilla se llevase a la peque –soltó así sin más.

Ingrid lo miró sin entender.

–Pensaba que al final no había habido ningún problema por eso.

–Contenta tampoco estaba que digamos. Al fin y al cabo, ella ya tiene doce y Hanna solo siete. Ya no comparten casi nada. Y si las amigas de Kamilla se quejaron por tener un "bebé a bordo", ¿quién sabe qué ideas raras se les pueden pasar por la cabeza a unas casi adolescentes?

Ingrid tragó y con un gesto rechazó la idea.

–Esto todo no sirve de nada. Esperemos a que llegue la policía y no nos pongamos a hacer cábalas. Hace un rato no querías ni oír hablar de la posibilidad de un accidente y ahora soy yo la que no quiero oír hablar de las ideas de bombero de Kamilla y sus amigas.

–Pero no estaría de más volver a llamarlas. Puede que alguna de ellas se haya acordado de algo más.

Ingrid lo miró y asintió con la cabeza. Mejor eso que seguir sentados sin hacer nada.

Agnar ya estaba saliendo de la cocina, para coger el teléfono que había dejado en el mueble de la entrada, cuando sonó el timbre de la puerta.

Veloces como el rayo, tanto ella como Agnar corrieron a la puerta para abrirla. Pero en vez de toparse de frente con sus hijas, se toparon con una mujer y un hombre.

La mujer, de una belleza delicada y de una edad difícil de calcular, le estrechó la mano a Ingrid.

–Soy Lykka Olsen de la Brigada criminal de Sogndal –se presentó y luego señaló al hombre que tenía a su lado–. Este es mi compañero Mikkel Sandnes. –Los sonrió amablemente–. ¿Podemos pasar?

Ingrid asintió y dio un paso hacia el lado para dejarlos entrar.

–¿Qué tal si vamos a la cocina? Puedo preparar té o café, lo que prefieran.

Lykka Olsen negó con la cabeza.

–No quiero nada, gracias.

Su compañero también rechazó la invitación.

Una vez sentados alrededor de la mesa de la cocina, Ingrid tomó aire.

–Dígannos la verdad, por favor. ¿Qué probabilidades hay de que mis niñas estén bien?

Hizo caso omiso de la mirada penetrante de Agnar y no apartó los ojos de la mujer.

Lykka Olsen le echó una mirada rápida a su compañero antes de dirigirse a Ingrid.

–Eso no puedo decírselo así sin más. No cuento con la información suficiente: cómo son sus hijas, la historia familiar, las costumbres de las niñas. Además, tengo que hablar con los niños que han visto a Kamilla y a Hanna antes de que desapareciesen.

–¿Qué quiere saber de mis hijas?

–Nos ayudaría mucho una foto para que tanto mis compañeros como conozcamos su aspecto físico. Descríbanme la ropa que llevaban cuando salieron de casa. He oído que se fueron en bici, ¿es así?

Agnar asintió.

–La bicicleta de Kamilla es turquesa, su color favorito. La bicicleta de Hanna es rosa y fucsia. Las dos llevan una cesta de mimbre blanca en el manillar. A Hanna le gusta llevar en ella a sus muñecas preferidas y algún que otro peluche. Kamilla casi siempre lleva utensilios para recoger plantas e insectos. –Agnar se calló un momento. Miró primero a Lykka Olsen y luego al

compañero de esta–. ¿Quiere que siga con lo que llevaban puesto las niñas?

Lykka la dedicó una sonrisa comprensiva.

–Para serle sincera, preferiría que anotase la descripción de la ropa. A poder ser con la marca y, si hubiese alguna foto de las prendas, mejor que mejor. En caso de que haya que publicar un aviso de desaparición en los medios, nos gustaría mostrar también las prendas. Suele ser de gran ayuda.

Agnar miró consternado a Ingrid.

–Es tu turno. No conozco con exactitud la ropa que llevan nuestras niñas. Solo podría describirla.

Ingrid cogió aire.

–¿Se cambiaron después del colegio?

Agnar asintió con la cabeza.

–Hanna aun llevaba el vestido nuevo, el bonito, y las mallas con dibujos. Yo no quería que se manchase con la grasa de la bicicleta, esas manchas luego no salen, así que se puso los vaqueros azul oscuros, los de las mariposas en la pantorrilla. Ya están rotos en la rodilla. Llevaba unos tenis marrones, si mal no recuerdo. Y una sudadera también azul oscura con corazones plateados. Y la chaqueta de peluche, la que tiene un caballo en la espalda. Es de color azul claro y el dibujo de la espalda es blanco. Y Kamilla… –Se detuvo para pensar–. Lleva un chándal lila, el de las flores. Y tenis negros con una cazadora vaquera azul oscura. –Se levantó y salió de la cocina sin pronunciar ni una sola palabra más.

Ingrid se lo quedó mirando con gesto aireado. Pero luego oyó cómo se abrían y cerraban las puertas del armario de la sala de estar y entendió que Agnar estaba buscando fotos recientes. Se dirigió a los policías.

–Yo estaba en Sogndal. Me fui hacia el mediodía. Hoy es el día libre de mi marido y fue idea suya que yo me fuera de compras. –Notó cómo se le llenaban los ojos de lágrimas, se interrumpió y bajó la mirada. Al notar que alguien la estaba tocando, se sobresaltó y alzó la vista.

Lykka Olsen le dedicó una mirada compasiva.

–También hubiese podido ocurrir estando usted en casa.

–Lo sé –balbuceó Ingrid–. Es solo que imaginar que tal vez no vuelva a…

Se detuvo e hizo un gesto de negación con la cabeza. No, Agnar tenía razón. No debía pensar, y mucho menos articular en voz alta, algo tan terrible. Volvería a ver a sus hijas. A las dos. Las abrazaría durante tanto tiempo y tan fuerte, que las niñas tendrían que insistirle para que las soltase.

Miró a la comisaria.

–¿Quiere que le haga una lista con los nombres de las niñas con las que se fueron mis hijas? Mi marido me las ha nombrado.

Lykka Olsen asintió.

–Eso nos sería de gran ayuda, sí. ¿Ya las han llamado?

–Primero mi marido y luego yo. Lo único que saben es que se despidieron en Leikanger o un poco antes. Hanna y Kamilla tenían pensado volver a casa, pero aquí no llegaron.

–Y ustedes, ¿han recorrido el trayecto?

Ingrid asintió.

–Agnar ha recorrido todo. Ha buscado por todo Leikanger y Hermansverk. Ha estado en los sitios favoritos de las niñas. Y nada. Es como si se las hubiese tragado la tierra.

Lykka volvió a asentir.

–¿Puedo ver la habitación de las niñas?

Ingrid se levantó.

–¿Quiere que la acompañe?

–Por favor.

Los tres subieron al siguiente piso que era donde se encontraban las habitaciones de las niñas.

–Por cierto, ¿sus hijas tienen móvil? –quiso saber Mikkel.

Ingrid se detuvo en mitad de la escalera y se giró hacia él.

–Me temo que no. Es culpa mía. Agnar quiso regalarles un smartphone las navidades pasadas, pero yo me negué. ¡Tanta tecnología! Lo único que hace es impedir que los niños sean niños. Pasan demasiado tiempo delante del ordenador, de la televisión, con el móvil. Lo que yo quiero era que mis hijas crezcan como lo hice yo en su día.

Al ver cómo la miraban los policías, suspiró.

–Están pensando en la opción de rastrearlas por la señal del móvil, ¿verdad? Si tuviesen móvil, podría hacerse.

Lykka hizo una mueca.

–No se preocupe por eso. No pasa nada porque sus hijas no tengan móvil. Si yo tuviera hijos, actuaría igual.

Ingrid tragó, se giró y siguió subiendo las escaleras. Al llegar a la habitación de Kamilla, no fue capaz de abrir la puerta y entrar.

Finalmente fue Lykka Olsen quien entró de primera en la habitación, no sin antes pedirle a su compañero que él se encargase de la habitación de la hija menor. Mikkel asintió y le echó una mirada interrogativa a la madre. Ingrid le indicó la puerta a la derecha de la habitación de Kamilla y dio un paso atrás. Respiró aliviada al ver llegar por fin a Agnar con un montón de fotos en la mano.

–¿Podrías dárselas a la señora comisaria? Yo no puedo… –dijo señalando con mano temblorosa la habitación de la hija mayor.

Agnar la abrazó brevemente.

–He encontrado esto –dijo al tiempo que se acercaba a la Lykka.

Ella cogió las fotos, las estudió con calma y luego miró a Agnar muy seria.

–Tiene dos niñas preciosas.

Él asintió incómodo.

–¿Han tratado ustedes con sus hijas el tema de los desconocidos?

Agnar se estremeció e Ingrid, que se dio cuenta, explicó:

–A ninguna de las dos se le ocurriría meterse en el coche de un desconocido –y acabó entrando en la habitación y yendo hacia los dos. Miró a la comisaria–. He hablado largo y tendido tanto con Kamilla como con Hanna sobre ese tema. Y por eso estoy completamente convencida de que jamás se irían ni entablarían conversación con un desconocido.

Lykka asintió comprensiva.

–¿Y qué tal se llevan las dos hermanas? ¿Suelen pelearse? Nos sería muy útil que nos hablase un poco del carácter de sus hijas.

Ingrid tragó.

–Kamilla tiene doce años, por lo que se ha vuelto un poco difícil. Es muy madura para su edad. Ya está en la pubertad y empieza a preocuparse por su físico. Se ha hecho vegana. Ya le gusta un chico. Se llama Jona y va al mismo colegio que ella. Y es la razón de que haya empeorado en casi todas las asignaturas. Suele estar pensando en las musarañas. Cuando algo le molesta, alza la voz y no le asuntan los enfrentamientos. Es más, los busca. Pero mi marido se entiende muy bien con ella. Ella y yo, sin embargo, solemos chocar de vez en cuando. En cuanto

a la peque … Hanna es más tranquila. Es tímida, reservada y muy lista para su edad. Aprendió a leer con tan solo cuatro añitos. Y desde entonces devora los libros. A veces hay que insistirle para que salga de casa, porque, si por ella fuese, se pasaría día y noche con la nariz metida en los libros. Como es tan reservada no tiene muchas amigas y por eso le insistimos a Kamilla para que se la lleve con ella.

Ingrid se fijó en la manera sistemática en la que la mujer inspeccionaba los armarios y los cajones de su hija mayor. Incluso la vio mirar debajo del colchón. Se sorprendió al ver un librito allí escondido.

–¿Eso es un diario?

La comisaria lo cogió, lo abrió y asintió.

Se volvió hacia la madre y le preguntó:

–¿Sabía que Kamilla llevaba un diario?

–No.

–Sus hijas, ¿reciben una paga con la que comprar lo que quieran?

Ingrid asintió.

–Yo suelo darles lo establecido, pero sé que mi marido, de vez en cuando, les da algún billete a mayores.

–¿Entonces sería posible que su hija se hubiese comprado este diario con su dinero?

–Eso parece. –Ingrid se giró hacia Agnar, que estaba igual de sorprendido por el hallazgo bajo el colchón.

–¿Parto de la base entonces de que ninguno de los dos ha leído este diario?

Ingrid puso los ojos como platos.

–¡Aun sabiendo de su existencia, jamás traicionaría la confianza de mi hija leyendo su diario!

Lykka frunció el ceño y cerró el libro.

–No tenemos tiempo para cuestiones de confianza –les explicó–. Voy a llevarme el diario para ver si contiene algo relevante. –Carraspeó–. ¿Saben si hubo alguna pelea entre ellas? Me refiero a recientemente.

Ingrid miró primero a su marido y luego a la comisaria.

–Por supuesto que se peleaban. Eso es algo completamente normal entre hermanas.

–¿Y con ustedes? ¿Alguna discusión más seria de lo normal entre ustedes y Hanna o Kamilla?

Ingrid negó con la cabeza y luego le preguntó a Agnar.

–¿Contigo?

–No –respondió este–. Todo como siempre.

–No he encontrado nada que nos pueda servir –dijo Mikkel, que se había unido a ellos desde atrás. Se fijó en el libro que sostenía su compañera–. ¿Un diario?

Lykka asintió con la cabeza.

Luego miró a Agnar.

–Gracias por las fotos. –Dirigiéndose a Ingrid dijo–: ¿Sería tan amable de anotarme los datos de contacto de las amigas de sus hijas? Y las marcas de la ropa. Pediré que busquen en internet y esta misma noche les mando un correo electrónico. Si las prendas coinciden, dígannoslo y arrancamos.

–¿Qué tienen pensado hacer exactamente? –quiso saber Agnar.

–Vamos a contactar con las amigas y hablar con cada una de ellas. Vamos a interrogar a los vecinos, a la gente que vive cerca de la carretera general. Y vamos a mandar un equipo a inspeccionar la zona de Leikanger en un radio de cinco kilómetros. También movilizaremos un

grupo de voluntarios, pero a ustedes les pediría que se queden en casa, por si surge algo.

–¿A qué se refiere? –soltó Ingrid sin poder contenerse.

Lykka pareció dudar. Luego miró a Ingrid con expresión seria.

–Es posible que las niñas regresen de repente y estarían bien que estuviesen ustedes dos presentes para recibirlas. Y luego, pu... –Se interrumpió para coger aire.

–Alguien tiene que quedar cerca del teléfono. –Ingrid frunció el ceño.

–En caso de que pidan un rescate –la ayudó Agnar.

Ingrid no pudo evitar desfallecer.

–¿Piensa que han podido secuestrar a mis hijas?

–Yo no pienso nada –contestó Lykka Olsen–. Tenemos que estar preparados para todas las eventualidades, ¿entiende? De momento no pienso nada porque hay un sinfín de razones posibles para la desaparición de sus hijas. Pudo haber sido un accidente. O que se hayan perdido. Puede que a su hija mayor le pareciese emocionante embarcarse en una aventura. Un secuestro, le aseguro, no ocupa los primeros lugares de la lista. Por favor, confíe en mí.

Una vez se hubieron marchado los policías, Ingrid se dirigió a su marido.

–La verdad es que mucho más tranquila no me he quedado.

–¿Crees que yo sí? –Le espetó Agnar, salió corriendo al pasillo y arrancó de un tirón su chaqueta del perchero.

–¿A dónde vas? La comisaria dijo que nos quedásemos aquí.

–Te quedas tú –fue la orden de Agnar–. Yo no puedo quedarme de brazos cruzados, ¿lo entiendes?

Ella le rogó:

–¡No puedo quedarme sola! Por favor, no te vayas.

Agnar hizo un gesto de negación con la cabeza y cogió las llaves del coche colgadas en el armarito al lado de la puerta.

–Lo siento. No te queda otra. ¿O acaso prefieres a un marido que se quede aquí de brazos cruzados tratándose de sus propios hijos?

Ella lo miró rendida y asintió.

–Tienes razón. Venga, vete. Ya me las arreglaré.

La soledad le impedía concentrarse en algo. No fue capaz de poner la mesa porque consideraba que era un mal presagio. Tenía los nervios a flor de piel y ansiaba tomarse una copa de vino, pero temía que el alcohol le paralizase los sentidos. Tampoco era capaz de sentarse y mirar la televisión porque todo el cuerpo le temblaba por culpa de los nervios y el miedo. A eso había que añadir que, por alguna extraña razón, se sentía culpable. Como castigo se impidió a sí misma distraerse.

Haciendo acopio de fuerzas se arrastró hasta la habitación de Hanna, se tiró en la cama de la peque y rompió a llorar.

No sabía cuánto tiempo había estado así, pero cuando sonó el teléfono en el piso de abajo, tuvo la sensación de que había sido una eternidad. Le dolían los ojos y la cabeza y se preguntó cuánto tiempo más aguantaría sin perder el control por completo. Ya pasaba de la medianoche y la esperanza de abrazar a sus hijas disminuía con cada segundo transcurrido.

Corrió escaleras abajo, pero poco antes de descolgar el auricular, se acordó de las palabras de Agnar. ¿Y si era alguien que efectivamente quería extorsionarlos?

Tragó saliva, dispuesta a no descolgar, cuando, en un alarde de valentía, casi arrancó el auricular del aparato.

Al oír la voz de Lykka Olsen, respiró aliviada.

–¿Las han encontrado? –soltó.

–Me temo que no –fue la respuesta a modo de disculpa–. Pero me he topado con algo interesante en el diario de Kamilla. ¿Sabía usted que su hija mayor odia profundamente a Hanna? Está escrito aquí: Kamilla está convencida de que ustedes dos, es decir, usted y su marido, la quieren más que a ella.

CINCO

SOGNDAL/HERMANSVERK

2019

–Por favor, cálmese –trató de tranquilizarla Lykka mientras le echaba un vistazo a su compañero. Este tan solo se encogió de hombros y volvió a concentrarse en el libro que tenía delante.

La mujer al otro lado de la línea se sorbió los mocos.

–No lo entiendo. ¿Pero de dónde ha sacado esa idea? –gritó alterada–. Mi marido y yo las traemos en palmitas, a las dos. Nunca ha habido diferencia entre ellas. Adoramos a las dos por igual.

–La creo –le aseguró Lykka–. Pero ya sabe que los niños, y más los adolescentes, interpretan el lenguaje corporal de los padres de una manera muy diferente a la intencionada. No sé… –Se interrumpió para buscar las palabras adecuadas–. Ya se lo he preguntado antes, pero puede que haya habido algún acontecimiento en el pasado que se le haya atragantado a su hija. No tiene por qué haber sido una pelea, basta con un pequeño malentendido, un conflicto o una discusión. ¿Se le ocurre algo al respecto?

Ingrid Finstad parecía estar reflexionando al otro lado de la línea.

–Bueno –soltó finalmente–. La semana pasada hubo un momento de tensión entre Kamilla y yo. Alzamos un poco la voz. Al final tuvo que intervenir mi marido para calmar las aguas.

–¿Y el motivo?

–El colegio. Kamilla había sacado una vez más una nota mala en un examen, algo muy contrario a lo que nos tenía acostumbrados en el pasado. Antes solo sacaba notazas, pero hace una semana la nota fue bastante mala. Yo solo le dije que en el futuro tendría que ponerse las pilas.

–¿La castigó?

Por un momento silencio, luego un suspiro.

–Le dije que en las vacaciones tendría que estudiar y ponerse al día por lo que no podría pasar tanto tiempo con sus amigas. Se enfadó, pero al intervenir mi marido y darle su opinión, me pareció que se habían arreglado las cosas entre nosotras.

Lykka analizó aquello y sopesó qué decir y qué no.

–Puede que ese fuese el desencadenante de la desaparición de las niñas –dijo finalmente–. No pretendo hacerla sentir mal ni que tenga remordimientos, pero cabe la posibilidad de que Kamilla estuviese planeando este día desde hace ya algún tiempo. Está enfadada con usted, puede que también con su marido, y ahora pretende darles un susto de muerte. Lo que ha conseguido, por cierto. Así que desaparece y se lleva a su hermana pequeña porque su padre así se lo ha pedido.

–¿Pero por qué obligar a Hanna a tomar parte? Si quisiese darnos una lección, podría haberlo hecho cualquier otro día ella sola.

–Por supuesto –replicó Lykka–. Pero puede que no le bastase con darles un susto, sino que,

además, pretendía castigarlos. Cree que sus padres quieren más a su hermana Hanna, de modo que no solo desaparece ella, sino que se asegura de que tampoco regrese su hermana a casa.

–No sé yo –dudó Ingrid–. Kamilla no es así. Al menos no era así. Pero aunque fuese el caso, ¿dónde iban a esconderse? ¿A dónde van a largarse dos niñas sin comida ni dinero?

–Puede que Kamilla haya cogido algunas provisiones.

–Ya he mirado. No falta ropa. Y tampoco ha tocado su hucha. Ni la de Hanna.

–Tal vez la esté ayudando una amiga. Lo dicho, los jóvenes tienden a exagerar.

–¿Qué va a hacer ahora?

–Normalmente me inclinaría a esperar hasta mañana para emprender cualquier otra acción, pero teniendo en cuenta que se trata de dos niñas, y como ya le he comentado antes, vamos a organizar una batida hoy mismo. Además, mi compañero y yo vamos a visitar a las familias de las niñas con las que estuvieron sus hijas. No sé si sacaremos algo en limpio, pero si alguna de ellas estaba compinchada con sus hijas, es muy probable que al interrogarla se contradiga o que titubee.

–¿Y no ha encontrado nada más en el diario que pueda servir de ayuda?

–Desafortunadamente no. –Lykka suspiró para su interior porque era consciente de la impresión que dejaría aquella llamada en la madre de las niñas desaparecidas. No tenían nada a lo que agarrarse, ni la más mínima pista, y aún por encima le echaba en cara haber descuidado a una de sus hijas–. Le prometo que haré todo lo posible por encontrar a Kamilla y a Hanna –le prometió dejándose llevar por un impulso.

Al otro lado, se oyó de nuevo el llanto de Ingrid.

–Gracias –emitió entre dos sollozos–. Si les llega a pasar algo a mis niñas, aunque solo sea a una de ellas, me muero.

Lykka notó que su compañero la estaba mirando, pero fingió no darse cuenta. Lo que hizo fue mirar a Oline, mostrando curiosidad y ocultando su asombro.

–¿Y de dónde sacas eso? –preguntó restándole importancia.

La niña de doce años se encogió de hombros.

–Me lo contó Milli. El otro día, después del cole, de camino a casa. Hanna estaba enferma, y los otros tenían actividades o algo. Creo que quería esperar a que por fin estuviésemos a solas. Quedó súper aliviada por soltarlo por fin. ¿Entiende?

Lykka hizo un gesto de afirmación.

–¿Lo describió?

Oline miró avergonzada hacia abajo. Parecía sentirse muy incómoda con todo aquello.

–Me lo contó en confianza. Ahora seguro que va a cabrearse mucho conmigo.

Lykka le echó una mirada a Mikkel, que estaba igual de tenso que ella.

–Escucha, Oline, tu amiga ha desaparecido, y su hermana pequeña también. Y ahora resulta que Kamilla estaba preocupada por culpa de un hombre que no solo la observaba, sino que también la seguía. Me cuesta creer que se enfade contigo si nos lo cuentas. Quiero decir, ella no está. A saber lo que le ha podido pasar. Estoy segura de que tú también quieres que vuelva sana y salva, ¿no?

A Lykka no le pasó desapercibida la expresión sombría de la madre de la niña, pero la ignoró. Lo que hizo fue clavar la mirada en la cara de la niña que tenía frente a ella, al otro lado de la mesa.

Oline alzó por fin la cabeza y cogió aire.

–Dijo que es viejo. Bueno, no tan viejo como un abuelo, pero eso, no es joven. Tiene ojos malvados y que da algo de miedo. Yo no lo vi, pero Milli dijo que llevaba ya tres semanas cruzándose con él y que estaba asustada. En una ocasión estaban ella y Hanna jugando solas en el parque y apareció él. Y luego lo vio por la ventana de su habitación delante de su casa.

–¿Dijo si lo conocía?

Oline contestó que no.

–¿Habló en alguna ocasión con él?

Negación con la cabeza.

–¿Es posible que se lo haya inventado?

A Oline se le pusieron los ojos como platos.

–¿Por qué iba a hacer eso? Kamilla tenía miedo del de verdad. Si hasta me dio miedo a mí cuando me lo contó.

–¿Entonces cómo es que solo estés enterada tú? Antes de pasarnos por aquí mi compañero y yo, hemos estado con Selma, y ella no sabía nada de ningún hombre que estuviese acosando a vuestra amiga. Lo que sí me contó es que Kamilla había tenido una discusión muy gorda con su hermana. Que si vosotras no llegáis a intervenir, hasta la hubiese atacado.

Oline hizo un gesto para restarle importancia a aquello.

–Selma exagera. No fue para tanto. Milli llegó con Hanna pegada al rabo y estaba de mal humor por eso. Le echó algún que otro grito a Hanna porque iba muy lenta e intentaba hacer piruetas con la bici. Milli le riñó y dijo que parase porque iba a caerse. Entonces Hanna empezó a llorar. Milli la amenazó con que la llevaría de vuelta a casa. Ahí fue cuando se metió Agnes. Quería que Milli dejara a Hanna en paz.

–Entonces según tú, no fue más que una riña de nada.

–Ni eso siquiera. Milli era responsable de Hanna y no quería que hiciese tonterías. Agnes es una agonías porque también tiene una hermana pequeña a la que adora. Aunque Line solo tiene tres años.

–Así que al final Kamilla y Hanna se quedaron y no se fueron antes.

Oline suspiró.

–Sí, se fueron antes, pero no por lo de las piruetas.

Lykka se inclinó hacia delante y le echó una mirada muy seria a Oline.

–¿Cuándo? Y por favor, cuéntanoslo todo. No te guardes nada.

Oline tragó.

–Nos habíamos adentrado unos kilómetros en el bosque detrás de Leikanger y estábamos jugando al escondite. Hanna siempre perdía y se quejaba por eso. Pensaba que estábamos haciendo trampa y eso cabreó muchísimo a Milli. Le gritó, pero enseguida le pidió perdón. Pero Hanna ya no quiso jugar más e insistía en que quería volver para casa.

–Es decir, que no se fueron enfadadas entre sí, porque Kamilla ya le había pedido perdón.

–Sí.

–¿Y por qué no les contasteis esto a los padres de Kamilla y de Hanna? Tengo entendido que siguen pensando que os separasteis en la carretera general de Leikanger.

Oline se ruborizó.

–Nos daba vergüenza –admitió por fin–. Los Finstad estaban tan preocupados por Milli y por Hanna que si les hubiésemos dicho que se habían ido solas… –La niña no siguió.

Lykka le dirigió una mirada a Mikkel y luego a la madre de Oline, Gudrun.

–¿Hay algo más que pueda añadir usted?

La mujer dijo que no.

–Aunque me inquieta bastante saber que por lo visto anda un loco suelto por ahí, vigilando y persiguiendo niñas de doce años.

Lykka hizo una mueca.

–Lo raro es que Kamilla no les haya contado nada a sus padres. Si lo hubiese hecho, hubiésemos estado al tanto de la existencia de ese hombre. No deja de ser un dato relevante para la búsqueda.

Oline miró a Lykka avergonzada.

–Solo me lo contó a mí, ¿vale? Ni a sus padres ni a otra niña. Solo a mí.

–¿Y por qué?

–Pues porque soy su mejor amiga.

–Pero se trata de algo que deberían saber sus padres. Hubiesen podido hacer algo. Denunciar al hombre, por ejemplo. O exigirle que dejase a Kamilla en paz. Podría haber una explicación lógica de por qué se cruzaron Kamilla y ese hombre.

Oline reflexionó sobre aquello, pero no dijo nada. Al cabo de un rato, se irguió y con una actitud casi desafiante se cruzó de brazos y dijo:

–Yo sé por qué Milli no quiso contarles nada a sus padres. Pensaba que no les interesaría. Estaba convencida de que su mamá y su papá quieren más a Hanna que a ella y por eso les da igual lo que pase con ella.

Antes de formular la siguiente pregunta, Lykka caviló si hacerla o no. Le dirigió una mirada penetrante a la niña y se inclinó hacia delante.

–¿Qué crees tú que siente Kamilla por su hermana pequeña?

Con gesto de enfado, Oline miró primero a su madre, luego a Mikkel y finalmente volvió a mirarla a ella.

–No estoy segura. Pero últimamente no parecía muy feliz, y su malhumor casi siempre tenía algo que ver con Hanna.

–¿Qué opinas de las declaraciones de las niñas? –le preguntó Lykka a su compañero poco después, ya sentados en el coche.

–Pues, que les mintiesen a los padres porque les daba vergüenza admitir que las dos se habían largado solas, lo entiendo, la verdad. En cuanto a la relación fraternal, no soy tan pesimista como tú. Es normal que los hermanos se peleen con frecuencia, y más cuando la diferencia de edad es tan grande. Y solo en base a lo que pone en el diario y lo que ha declarado Oline, ponerse a presuponer que Kamilla haya podido haberle hecho algo a Hanna …

–No diría yo tanto –lo interrumpió Lykka–. No digo que Kamilla haya atacado a su hermana o que le haya hecho algo peor. ¿Pero en serio te cuesta imaginar que quiso hacerles pagar a sus padres el hecho de que presuntamente prefieran a Hanna? Trata de meterte en la cabeza de una adolescente. Imagina lo vulnerable que se siente, las hormonas disparadas, la discusión de la semana pasada, luego Hanna todo el rato pegada a ella. Pues a mí no me cuesta nada imaginarme que de repente Kamilla haya estallado, haya cogido a la pequeña y se haya escondido para reivindicar que ella también se merece algo de atención.

Mikkel reflexionó, pero luego negó con un gesto contundente de la cabeza.

–Lo siento. Yo me inclino más hacia otra dirección.

–¿El hombre misterioso?

Mikkel asintió.

–¿Por qué tienes dudas?

–Porque justo eso es lo que pondría un niño en su diario.

–No necesariamente. Y menos cuando desconfía de sus padres.

–Pero a Oline se lo contó.

Mikkel asintió con una sonrisa triste.

–No tienes hijos, así que no sabes cómo les funciona la cabeza. Yo sí.

–Pues instrúyeme.

–Los niños pequeños tienen una fijación con sus padres. Hanna todavía entra en esa categoría. Pero Kamilla ya está en una edad en la que empieza a querer independizarse, y más cuando las cosas en casa no van tan bien como a ella le gustaría. De repente, los amigos se vuelven más importantes que los padres por lo que los retoños ya no acuden a ellos con sus problemas.

–¿Habla la voz de la experiencia? –se interesó Lykka.

Su compañero se rio e hizo un gesto para restar importancia.

–Sí, pero lo de mi hijo son menudencias. Esto … vaya, por primera vez en mi vida, doy las gracias por no tener, al menos de momento, una jovencita en casa. Si me planteo tener a una adolescente de doce años en casa ocultándome algo tan grave … –Se detuvo, completamente desconcertado.

–Vale, vale –lo tranquilizó Lykka–. Hablando en plata: ¿deberíamos tomarnos en serio las palabras de Oline?

La expresión facial de Mikkel se ensombreció aún más.

–¡Sí, por dios, sí!

SEIS

HERMANSVERK

2019

A Kennet lo sobresaltó el timbre agudo del móvil.

Frunció el ceño. Casi nadie lo llamaba, y mucho menos al móvil, dado que muy poca gente conocía su número. Se le pasó por la cabeza dejarlo sonar, pero una voz interior le aconsejó cogerlo, por si era importante.

Bajó, cogió el aparato que había dejado en la mesa de la cocina y le echó un vistazo a la pantalla. Al ver que era la cuidadora de su cuñado, suspiró.

No era la primera vez que se preguntaba qué había hecho para merecer aquel castigo. Cogió aire y aceptó finalmente la llamada.

–Kennet Wiik, diga.

Oyó unos jadeos frenéticos al otro lado de la línea y supo al instante que la tranquilidad del día acababa de irse al garete.

–Cai está muy inquieto –dijo sin andarse por las ramas una mujer joven–. No sé por qué, pero está así desde que ha vuelto de la compra.

Kennet luchó contra la ira que lo estaba embargando.

–¿Le ha dado un tranquilizante?

–Pensé que sería mejor recurrir primero a otros medios. ¿Por qué no se acerca hasta aquí, habla con él y trata de calmarlo un poco?

Kennet negó con la cabeza y cerró los ojos durante una milésima de segundo.

–¿Tan mal? –soltó.

–La verdad es que sí. Es como si algo lo hubiese trastornado muchísimo. Entra y sale de las habitaciones, tiembla de pies a cabeza y no para de murmullar cosas ininteligibles. La primera vez que lo vi así fue cuando la mujer de usted… –Unni se calló en mitad de la frase.

–Vale –dijo Kennet después de dudar un momento–. Me meto en el coche y arranco.

Tras colgar, le entraron muchas ganas de fumarse un cigarrillo y deseó no haberlo dejado. Por un breve instante incluso barajó la posibilidad de parar en un estanco, camino al piso de Cai, pero recordó la promesa que le había hecho a su mujer. De eso hacía siete años. No dejaba de toser, no respiraba bien y acumulaba constantemente flemas, hasta el punto de que ella había insistido en que fuese al médico. Había ido a Sogndal, con el miedo en el cuerpo de descubrir que aquellos síntomas escondían algo grave. Al final resultó que solo era una alergia. El fumar había acentuado los síntomas de la alergia, pero Torja le había hecho ver que, aunque en esta ocasión había tenido suerte, la próxima vez no tendría por qué ser así. Por eso, por ella, había decidido dejar ese estúpido hábito y en muy poco tiempo había conseguido reducir el consumo de veinte cigarrillos diarios a cero. Su salud había salido beneficiada, y sin embargo, en ocasiones como aquella, o el fallecimiento de Torja, un pitillo le habría ayudado a calmar los

nervios.

Suspirando se calzó, se puso la chaqueta, cogió las llaves y se dirigió al coche.

–¡Ha empeorado! –le gritó Unni yendo a su encuentro por el sendero estrecho que llevaba a la casa número dos, que albergaba el pisito de Cai.

–Tiene sangre en los brazos de tanto rascarse, y ahora le ha dado por mesarse el cabello. Ya no sé qué hacer. Puede que sea mejor llamar a urgencias y que lo internen.

Kennet se quedó mirando a Unni y negó con la cabeza.

–Eso queda descartado –sentenció–. Lo que mi cuñado necesita es estabilidad. Si lo internásemos ahora, sería como volver a empezar desde cero. Se ha adaptado muy bien. Se las arregla solo, casi. No vamos a arriesgar todo eso por perder por una sola vez los estribos, ¿a que no?

Unni lo miró con gesto dubitativo.

–Eso es embellecer mucho la situación –replicó ella–. En estos dos años el comportamiento de Cai ha sido llamativo en más de una ocasión, tanto como para tener que llamarle a usted.

–Pero eso fue por lo que le pasó a su hermana. Los dos estaban muy unidos y perderla, para su salud, fue retroceder años.

–Si lo entiendo –dijo Unni con suavidad–. Pero eso no quita que tengamos que andarnos con ojo y que su estado no acabe torciéndose del todo. No puede convertirse en un peligro, ¿vale? Ni para él, y mucho menos para los demás habitantes de las instalaciones.

Kennet la miró sorprendido.

–¿Acaso hay algo que debiera saber?

La joven apartó la mirada y de repente pareció más distanciada que unos momentos atrás.

–Me empujó. Antes, cuando quise impedir que se hiciera sangre con tanto rascarse. Me agarró por los hombros y me apretó contra la pared. –Se interrumpió para buscar las palabras adecuadas–. Pasé miedo, ¿entiende? Y eso no está bien.

Kennet cerró los ojos y dejó caer la cabeza hacia atrás. Luego volvió a mirar a Unni.

–Lo siento muchísimo –dijo–, pero estoy convencido de que Cai no quería hacerle daño. Es más, creo que si me deja hablar con él, al final del día volverá a ser el de siempre. Es posible que haya ocurrido algo durante la compra. Por desgracia, siempre hay alguna pandilla de adolescentes que se mete con él. O de adultos. Cuando se trata de incapacidades la gente es muy poco sensible.

Unni bajó la mirada.

–Ya he averiguado lo que ocurrió.

–Vale. –Kennet se la quedó mirando expectante.

–En la caja del súper había alguien que estaba comentando lo de esas dos niñas desaparecidas. ¿Se ha enterado?

Kennet se sorprendió.

–¿Que han desaparecido dos niñas?

–Se llaman Kamilla y Hanna y tienen doce y siete años.

–¿Ya se sabe lo que ha podido pasar? –preguntó Kennet ocultando a duras penas su nerviosismo.

–Salieron a jugar y no regresaron a casa –le explicó Unni–. Un accidente queda descartado, porque los padres han llamado a todos los hospitales de la zona. Es como si la tierra se las

hubiese tragado. Lo que lleva a pensar en un acto criminal, más que en un secuestro.

Kennet la miró sorprendido.

Ella hizo una mueca y se justificó.

–Bueno, esa es mi hipótesis.

–¿Conoce a las niñas?

–Solo de vista. Igual que a los padres.

–¿Y la policía que está haciendo?

–Ni idea. Pero unos cuantos amigos de la familia y algunos voluntarios han formado batidas de búsqueda, y otros están repartiendo fotos de las niñas. En el supermercado también hay, al lado de la caja. Las señoras que estaban en la cola delante de Cai debieron de verlas y a raíz de ahí la conversación tan acalorada. Acto seguido su cuñado salió disparado de la tienda, sin pagar ni nada.

–O sea, que ha robado.

Unni asintió triste.

–Menos mal que el dueño de la tienda conoce a nuestros residentes y sabe que no lo hizo con mala intención. No va a denunciarlo ni nada, pero aun así, es mi obligación asegurarme de que no vuelva a suceder nada parecido.

–Voy a hablar con él –prometió Kennet–. Tanto por lo del robo como por haberla agredido. Y le garantizo que eso no va a repetirse nunca más.

–Bueno –aceptó Unni a regañadientes–. Por esta vez que pase, pero la próxima vez tendré que notificarlo.

Al entrar por fin en la habitación de Cai, este estaba como paralizado mirándose fijamente las palmas de las manos. Tardó un rato en darse cuenta de la presencia de Kennet, quien a su vez tenía la mirada clavada en un mechón de pelo que Cai se había arrancado de la cabeza. Cai respiraba con dificultad y temblaba de pies a cabeza por lo que en un primer momento Kennet pensó que tal vez la sugerencia de Unni podría ser la única correcta. Se acercó a su cuñado, le colocó la mano en el hombro y presionó con suavidad para volver a traerlo al presente.

Al alzar la cabeza y verlo, el cuerpo de Cai se tensó todavía más.

Kennet puso todo su esfuerzo en mantener una expresión tranquila y amable, pero resultó una tarea ardua.

Oyó una voz interior que le recordaba: “Se lo has prometido a Torja”.

La voz tenía razón.

Había tenido que prometerle a su esposa que, si a ella llegaba a pasarle algo, él se haría cargo de su hermano. Y por mucha aversión que le inspiraba aquel hombre, lo prometido era deuda.

Así que trató de sonreír, ladeó la cabeza y miró a Cai con una expresión casi neutral.

–Me he enterado de que la has liado parda. ¿Quieres explicarme por qué?

Cai parecía atravesarlo con la mirada, pero no dijo nada.

Sus ojos de un color azul agua daban la impresión de estar vacíos. Casi muertos. Tenía la tez pálida y húmeda. ¿Y si simplemente había pillado un virus o algo?

Alargó la mano para tocarle la frente. Al sentir el frío húmedo, apartó la mano de golpe.

Ese hombre no estaba enfermo, sino muy tenso. La cuestión era: ¿por qué?

–Ya sabes que antes de salir del supermercado tienes que pagar la compra. ¿Cómo es que se te ha olvidado?

Nada.

–No soy tu enemigo –dijo Kennet alzando un poco la voz y percatándose de lo cortante y frío que había sonado.

Tragó y se sentó a la mesa donde estaba Cai.

–Perdona, no pretendía echarte una bronca. Mira, da igual lo que haya pasado, no voy a recriminarte nada. Solo quiero… –Cogió aire–. No quiero que tengas que volver a la clínica, ¿vale? Tu hermana quería que vivieses aquí, con nosotros. Pero para eso tienes que cumplir las reglas.

Al ver que Cai seguía sin decir ni pío y mirando fijamente el mechón de pelo en la mano, Kennet perdió los nervios. Se levantó, cogió los pelos, fue con ellos al cuarto de baño y los tiró en el inodoro.

Al regresar, Cai temblaba todavía más.

Kennet se quedó de pie al lado de su cuñado, mirándolo.

Cai y su mujer eran consanguíneos, pero no veía el más mínimo parecido entre Torja y su hermano. Hasta de complexión eran completamente diferentes: su esposa había sido una mujer delgada, casi frágil, pero la complexión de Cai te traía a la mente una esponja gigantesca.

Y fue entonces que Kennet se dio cuenta del olor dulzón que rezumaba Cai. De su sudor, de su cabello grasiento y de su ropa sucia.

No era la primera vez que sentía náuseas al mirar a su cuñado.

¿Sería porque el propio Cai se lo había buscado en su día, porque era responsable de lo que le estaba pasando ahora?

Por aquel entonces aún vivían todos en Oslo. Pero la sombra que arrojaba el suceso era tan larga que seguía extendiéndose hasta el presente. Tan solo recordar lo que Cai había hecho con Torja, le hacía hervir la sangre a Kennet.

Lo miró.

–Lo de las niñas… ¿fue eso lo que te alteró? ¿Te hizo recordar Oslo?

Pasaron los minutos y Cai no reaccionó a ninguna de sus preguntas, pero entonces una sacudida recorrió el cuerpo del hombre y empezó a emitir por fin unos sonidos ininteligibles. Kennet tardó un rato en entender que se trataba de una canción infantil.

La sangre se le heló en las venas.

–¿Conoces a Kamilla y a Hanna? –preguntó con voz muy baja.

Su cuñado enmudeció y lo miró con ojos vacíos.

–¿Tienes algo que ver con su desaparición?

Nada.

Kennet se enfureció. Sin poder evitarlo, la mano le salió disparada hacia delante, agarró la barbilla de su cuñado y lo obligó a mirarlo a la cara.

–¿Qué sabes de su desaparición? –preguntó con un tono de voz más elevado de lo que pretendía.

Cai empezó a respirar con dificultad y su cuerpo se puso rígido. Trató de soltarse, pero Kennet lo seguía sujetando con firmeza. De hecho, apretaba cada vez con más fuerza, hasta el punto de hacerle soltar un grito de dolor. Y fue ahí cuando se dio cuenta de lo que estado haciendo. Dejó caer la mano y miró a Cai, que a su vez lo miraba a él con expresión de pánico.

–Lo siento –articuló, aunque era mentira. No sentía en absoluto el haberle hecho daño. Como tampoco sentía el hecho de odiar a su cuñado desde lo más hondo de su ser. Lo único que sentía era el haber roto la promesa que le había hecho a su difunta esposa.

Una vez más.

Pero estaba lo de las dos niñas.

Niñas.

Y Cai, un niño metido en un cuerpo de hombre, pero no por ello menos peligroso.

–Voy a preguntártelo por última vez –siseó no ocultando su desprecio–: ¿Tienes algo que ver con la desaparición de esas dos niñas?

–Torja… –Cai rompió a llorar y bajó la cabeza.

–Ya sabes que está muerta –le espetó Kennet–. ¡Y ahora contesta, maldita sea!

Y de repente Cai lo miró con una mirada perfectamente lúcida.

–Puede que las niñas estén con ella para que no esté tan sola.

SIETE

HERMANSVERK

2019

–¿Has conseguido dormir algo? –quiso saber Agnar.

Ingrid asintió con un movimiento de la cabeza. Se sentía culpable. Mientras que su marido había estado buscando a las niñas con los muchos voluntarios, ella se había atiborrado de somníferos y se había desplomado en el sofá. No había podido con el hecho de no hacer nada y los pensamientos que no paraban de rondarle la cabeza habían acabado obligándola a desconectar.

Era cierto que ahora se sentía mejor físicamente, pero por dentro seguía con la sensación de que le habían arrancado el corazón.

–¿Alguna pista? –le preguntó a Agnar.

–Desgraciadamente no. Seríamos unos cuarenta y cinco. No dejamos piedra sin remover. Miramos en todos los jardines. Pero nada que nos ayudase a dar con nuestras niñas.

Agnar se dejó caer en el sofá y bostezó.

–No lo entiendo –soltó por fin. –¿A dónde van a ir dos niñas pequeñas en bici? Alguien TIENE que haberlas visto, ¿o no?

Ver a su marido tan desesperado, hizo que a Ingrid se le anegaran los ojos en lágrimas.

–Acuéstate un rato –le sugirió–. Tienes que tratar de descansar un poco.

Agnar la miró con la cabeza ladeada.

–Volveré a dormir cuando te haya traído de vuelta a Kamilla y a Hanna. –Extendió la mano para secarle una lágrima que le resbalaba por la mejilla–. Te lo juro. –Se levantó y ya en la puerta se giró y preguntó–: ¿Quieres que te prepare un café antes de irme?

Ingrid se incorporó como un rayo.

–¿Pero vas a volver a salir?

Agnar se encogió los hombros.

–Quedarme aquí sentado no es una opción. Tengo que hacer algo o me volveré loco.

Aquellas palabras la hirieron en lo más profundo de su ser. La hicieron sentirse todavía más culpable porque, al contrario que su marido, ella sí había buscado algo de calma y distracción para olvidar el dolor.

Apartó la manta y se levantó.

–Voy contigo –decidió con firmeza–. Una ducha y estoy lista para salir.

Al pasar a su lado para dirigirse hacia las escaleras, notó que él le ponía la mano en el brazo.

–Acuérdate de lo que dijo la comisaria. Alguien tiene que quedarse aquí, por si vuelven las niñas.

Ella se soltó y lo miró enfurecida.

–A estas alturas ni tú mismo te crees eso ya. ¿Me equivoco? –Soltó un gemido penetrante y

lo miró como a través de una cortina de humo–. Si estuviesen bien, ya habrían regresado. Pero no lo han hecho, así que… –Dejó la frase sin terminar.

–En el equipo de búsqueda había también dos agentes de la policía. Dijeron que no está mal que no hayamos encontrado nada. Todavía hay esperanza.

–Quieres decir que es bueno que no hayan aparecido sus cadáveres.

Agnar suspiró.

–Es eso lo que quieres decir, ¿no?

La miró, pero a los pocos segundos tuvo que apartar la mirada.

–Sé que no es lo que quieres oír –dijo finalmente–. Pero es un hecho. No tenemos nada. Ningún cadáver. Ningún herido. Y eso es bueno, ¿me oyes? Es bueno porque significa que Kamilla y Hanna siguen ahí fuera en alguna parte. Tal vez no hayan regresado porque alguien las tiene retenidas. O porque están en una situación desesperada. Pero es un hecho que mientras no encontremos sus cadáveres, existe la posibilidad de recuperarlas. ¿Vale? Nuestras niñas siguen ahí fuera. Están bien y ¡eso no lo pongas en duda en ningún momento! ¡No puedes!

Ingrid asimiló las palabras de su marido y se percató de que, efectivamente, era un pequeño consuelo saber que él aún no se había rendido. Lo miró.

–¿Qué sugieres? ¿Qué dice la policía?

– Desde anoche no he visto a Lykka ni a sus compañeros. Me imagino que están siguiendo el programa que tienen para estos casos. Volver a interrogar a las amigas, montar un equipo, informar a los medios. Uno de los policías ha dicho antes que la emisora nacional va a sacar el primer aviso a media mañana. Le seguirán las emisoras nacionales, la prensa y los medios *online*. El país entero estará buscando a nuestras niñas, ¿me oyes? Toda esa gente estará pendiente, con los sentidos agudizados. Yo creo que todo va a salir bien. ¿Tú qué opinas?

–No sé qué pensar –contestó Ingrid, notando cómo su optimismo iba haciendo aguas. Se giró y se encogió de hombros–. Para mí sigue siendo una pesadilla hecha realidad. Quiero despertar, pero no lo consigo.

Agnar se acercó rápidamente a ella y la abrazó.

–No debes perder la fe, ¿me oyes? Ni la esperanza. Ni tú ni yo. Porque si lo hacemos será el principio del fin.

El timbre de la puerta sonó en el instante en el que Ingrid cogía la taza de té. Se sobresaltó tanto que el líquido caliente rebasó el borde de la taza y le quemó la mano. Con un grito ahogado de dolor tiró la taza al fregadero y fue corriendo a abrir la puerta. No eran sus niñas, sino la mujer policía.

–¿Puedo pasar?

Ingrid se apartó hacia un lado.

–¿Sabe que dentro de una hora tendrá lugar una reunión en el centro cívico? –quiso saber Lykka.

Ingrid negó con la cabeza.

–Agnar se pasó por aquí hoy por la mañana, pero estuvo muy poco rato. De eso ya hace horas. Yo no sé nada. Lo único que hago es estar aquí sentada, rezar y esperar a que venga o me llame alguien para contarme cómo está la situación.

Lykka empatizó con ella.

–Sé que les dije que uno de ustedes debía quedarse aquí, pero para serle sincera, me gustaría

que estuviesen presentes en la reunión. Los dos. Hablen con sus conciudadanos. Háblenles de sus hijas. Puede que con eso consigamos más voluntarios para la búsqueda. Tenemos que ampliar la zona de rastreo y para ello necesitamos cuanta más gente mejor.

–¿Y no pueden pedirle ayuda a la policía de los pueblos vecinos? Quiero decir, habrá más cosas que puedan hacerse… –Ingrid se calló al darse cuenta de lo ingratas que sonaban sus palabras.

–Ya lo hemos hecho –le explicó Lykka Olsen–. Pero tengo que…

La mujer se interrumpió y parecía estar reflexionando. Luego la miró fijamente.

–Tengo que hacerle una pregunta, pero quiero que mantenga la calma. ¿Vale? Solo es una pista. Nada que pueda comprobarse al cien por cien. Lo estamos investigando, para ver si conseguimos aclarar todo esto un poco. Pero antes necesitamos conocer su punto de vista.

Ingrid frunció el ceño.

–¿De qué se trata?

–Kamilla. Kamilla le contó a su amiga Oline que últimamente la seguía y observaba un hombre. ¿Usted sabe algo?

–¡Oh, dios mío! –Ingrid notó cómo se tensaba cada músculo de su cuerpo–. No entiendo –soltó–. ¿Que un hombre acosa a mi hija? ¿Qué hombre?

–Eso es lo que me gustaría saber –dijo Lykka–. Me he encontrado antes con su marido y le he preguntado lo mismo, pero él tampoco sabe nada. La cuestión es si ese hombre es real o si Kamilla se lo inventó y se lo contó a su amiga para llamar la atención.

–¡Da igual! ¡Hay que investigarlo!

–Es lo que estamos haciendo –aclaró rápidamente la agente–. ¿Pero estoy en lo cierto al interpretar que es la primera noticia que tiene al respecto?

Ingrid tragó y asintió con la cabeza.

–¿Escribió algo en el diario acerca de ese hombre?

–Precisamente esa es la cuestión. En su diario no pone nada. Nos preguntamos si quería ocultarlo, que usted y su marido no se enteraran, o si no es más que una fantasía infantil.

Ingrid cogió aire.

–¿Y Oline? ¿Qué sabe ella? ¿Ella lo vio?

–Ella sabe lo mismo que usted y que yo. Lo único que sabe es que supuestamente había un hombre que seguía a Kamilla y la observaba. Kamilla se lo contó solo a ella, a ninguna de sus otras amigas. Y por lo que veo, a su marido y a usted tampoco.

–¿Cree que Hanna lo sabía?

–¿Qué le hace pensar eso? ¿Acaso la pequeña estaba asustada últimamente? ¿Le tenía miedo a algo… o a alguien?

Ingrid reflexionó, pero acabó negando desesperada con la cabeza.

–La mañana de la desaparición las dos estaban como siempre. Ni las noté asustadas ni enfadadas ni tramando nada.

Lykka miró a Ingrid e hizo una mueca.

–Vamos a investigarlo y quiero pedirle que no se adelante a los acontecimientos. No hay nada que demuestre que ese hombre exista. De ahí, para no entorpecer la investigación, quiero pedirles que no hablen de esto con nadie.

Media hora después, entraba en el salón principal del centro cívico. Ya estaba lleno. La gente

había formado grupos y estaban hablando entre sí en voz baja, pero al verla dirigirse por el pasillo hacia la tribuna, las conversaciones cesaron. Todos parecían estar observándola. Por el rabillo del ojo vio a alguien acercándose a ella y suspiró. Era la madre de Oline.

–Lo siento muchísimo –dijo casi cantando y la abrazó con fuerza–. La policía y tu marido ya han estado un par de veces en nuestra casa y en serio, ojalá pudiésemos hacer más mi hija y yo.

Ingrid logró soltarse de Gudrun y se la quedó mirando.

–¿Estabas al corriente?¿Sabías algo de ese hombre que supuestamente está obsesionado con Kamilla?

–No. –La respuesta salió como un disparo–. Claro que no. Si no, te lo hubiese dicho.

Ingrid tragó y bajó la mirada. Al volver a alzarla vio que la madre de Oline estaba a punto de llorar.

–Si puedo hacer algo por vosotros… –dijo finalmente.

–Para serte sincera, me sería de gran ayuda poder hablar con tu hija–. Ingrid notó un ligero sobresalto en Gudrun.

–¿Qué pasa? –quiso saber.

–Nada, es solo que... Oline… Todo esto la está afectando mucho. Le he dicho que hoy no fuera al colegio porque apenas ha pegado ojo. No olvides que Kamilla es su mejor amiga.

–¿No quieres que hable con tu hija?

Gudrun trató de esquivar su mirada.

–Preferiría que de momento te conformases con lo que ya ha contado. Tampoco es que tenga mucho más que añadir. Ha dicho todo lo que recuerda. Que Hanna y Kamilla se pelearon. Que por eso tus hijas se fueron antes y que no llegaron a casa. Oline eso ya se lo ha contado varias veces a tu marido y a la policía. ¿Qué más esperas sacar de ella?

Ingrid fue consciente de que su desesperación se estaba convirtiendo en rabia.

–Sé que quieres proteger a tu hija, pero las mías han desaparecido. Sabe dios dónde están, ¿y tú quieres impedirme que averigüe lo que ha podido pasarles?

Ingrid había alzado el tono de voz tanto que las últimas palabras casi las había gritado. Todo el mundo en la sala la estaba mirando. Cogió aire y le pidió perdón a Gudrun.

–Lo siento, pero tengo que agarrarme a cualquier clavo ardiendo que surja. Y si eso significa tener que volver a hablar con Oline, ¡lo haré!

–¿Qué pasa? –se preocupó Agnar, que de repente apareció a su lado.

–Nada. –Ingrid trató de restarle importancia.

–Pues por cómo acabas de gritar, no lo parece. –Agnar carraspeó–. Será mejor que suba yo solo. Pareces bastante alterada y eso no nos ayudará en absoluto.

Ingrid se tragó la crítica del marido y asintió.

–Haz lo que consideres mejor. Pero Gudrun no quiere que hable con Oline. Y por es…

–Acabo de estar con ella –la interrumpió su marido–. He vuelto a hablar con Oline. Después de que la comisaria me hablase de ese hombre misterioso. Quería averiguar qué sabía exactamente Oline y por eso volví. Pero no saqué nada en blanco, excepto… –Se interrumpió.

–¿Qué? –le instó Ingrid–. ¿Excepto qué?

–Oline se derrumbó. Casi. Solo tiene doce años, igual que Kamilla. Está sometida a nuestras preguntas y a las de la policía. Kamilla es su mejor amiga y está igual de preocupada que nosotros.

–¿Sabía algo más? –insistió Ingrid.

–Le pregunté si creía que lo de ese hombre era una invención de Kamilla.

–¿Y qué dijo?

–Fue entonces cuando se derrumbó. Admitió que ella tampoco se había creído el cuento del hombre. Hasta que desaparecieron Kamilla y Hanna. Ahora se culpa por ello. Cree que pudo haber evitado su desaparición si hubiese tomado en serio las palabras de Kamilla. Además, se avergüenza por no habernos contado nada.

–Y luego está lo otro –se inmiscuyó Gudrun.

–¿A qué te refieres? –quiso saber Agnar.

–Oline ha vuelto a repasar todo y ahora está segura de que Kamilla odiaba a su hermana pequeña. Se ve que últimamente no hacía más que hablar mal de ella.

–Bobadas –la recriminó Agnar–. ¿Por qué iba a hacer algo así?

Gudrun hizo una mueca y luego respiró hondo.

–Creía que vosotros ya no la queríais. Que ella no os importaba. Al menos eso es lo que le dijo a mi hija. Y tu marido mencionó que había escrito algo parecido en su diario.

Ingrid miró primero a Agnar y luego a Gudrun.

–¿Qué insinúas? ¿Que mi Kamilla le ha hecho algo a su hermana y que luego se ha largado?

–¡Claro que no! –se consternó Gudrun–. Tan solo quiero decir que parece que Kamilla llevaba una pesada carga sobre sus hombros.

Ingrid volvió a mirar a su marido y sintió cómo algo en su interior se rompía en mil pedazos.

–¿Y si es verdad? ¿Y si efectivamente hemos descuidado a nuestra hija mayor? Sin querer y sin darnos cuenta. Puede que estuviésemos demasiado ciegos como para darnos cuenta de que Kamilla estaba mal. ¿Y si nuestra hija mayor estaba herida y celosa de verdad? ¿Y si su rabia fue creciendo y creciendo hasta acabar estallando por los aires?

Agnar le dirigió una mirada de acero.

–¿Qué quieres decir? ¿Que crees que Kamilla efectivamente pudo haberle hecho daño a Hanna?

Ingrid se encogió de hombros y enmudeció.

–Nadie a excepción de Oline sabía nada acerca de ese hombre. Y Kamilla ocultó ante todos que tenía miedo. No hay ni la más mínima pista sobre el paradero de las niñas. Nada. Nadie las ha visto, ni sabe nada, porque de lo contrario nos hubiésemos enterado. Que Kamilla hubiera hecho algo de lo que ahora se arrepiente sería al menos una explicación plausible de por qué han desaparecido las dos a la vez.

De repente sintió un dolor agudo en su mejilla derecha y vio cómo Gudrun se separaba asustada mirando fijamente a Agnar.

¿Acaso su marido acababa de abofetearla? ¿Le acababa de dar una bofetada delante de todo el pueblo, delante de sus amigos y conocidos? Lo miró dolida, pero Agnar no parecía especialmente sorprendido ni culpable por lo que acababa de hacer. Se acercó más a ella, tanto que casi le rozó la oreja con los labios.

–No vuelvas a hablar jamás así de nuestra hija, ¿me oyes? ¡Jamás!

OCHO

HERMANSVERK/SOGNDAL

2019

Lykka les dirigió una mirada preocupada a los Finstad. Los dos estaban juntos en una esquina del salón y parecían estar discutiendo. Cuando unos minutos antes Agnar le había dado una bofetada sonora a su mujer, el tiempo pareció detenerse. Todos los presentes habían detenido sus conversaciones y dirigido sus miradas a los padres que en aquellos momentos estaban en boca de todos. Ingrid y Agnar, los padres cuyas dos preciosas hijas habían desaparecido. Lykka ya se había percatado de que los habitantes de Hermansverk se habían postulado en dos bandos. Un bando partía de que a las niñas les había pasado algo, y el otro sospechaba que las niñas se habían escapado de casa.

Lykka suspiró. Le costaba entender que en una situación de tamaña tensión la gente no pudiera mantenerse unida.

¿Qué más daba cuál fuera la razón de la desaparición de dos niños? La cuestión era que se trataba de dos seres jóvenes e indefensos a los que había que encontrar ya para volver a reunirlos con sus padres.

A Lykka le parecía una vergüenza que hiciese falta una reunión como aquella para conseguir más voluntarios para la búsqueda. Recordaba aquellos tiempos en los que una catástrofe ponía a todos de acuerdo.

Soltó aire y miró a Mikkel, que estaba igual de afectado que ella.

–¿Tienes idea de lo que les pasa a los Finstad? –le preguntó.

El rostro de Mikkel se ensombreció aún más, pero negó con la cabeza.

Una mujer rubia y delicada se acercó a Lykka, que trató de adoptar una expresión facial neutra. Era Julia Nordby, la madre de Selma, otra amiga de la misma edad de Kamilla. Lykka y Mikkel habían estado en su casa por lo que recordaba con todo detalle la decoración en tonos fucsia, en fuerte contraste con el terrario que les había mostrado una orgullosa Selma ya que en él vivía su querida mascota. El habitante del terrario se llamaba Itzibitzi y era una tarántula. Con solo recordar aquel bicho a Lykka volvían a ponérsele los pelos de punta.

Miró expectante a Julia y leyó en su lenguaje corporal que algo la preocupaba.

–Me he enterado de que parece ser que hay un hombre que supuestamente ha estado siguiendo a Kamilla. ¿Eso es cierto?

Lykka blasfemó por lo bajo, pero trató de controlar su rabia.

–Se supone que esa información es confidencial. ¿Puedo saber cómo se ha enterado?

Julia bajó la mirada sopesando si contestar o no.

–Para serle sincera, lo sé por Selma, mi hija. Y ella lo sabe por Oline. Selma la llamó hoy por la mañana por si iban juntas al colegio, pero Oline de momento no va a ir.

–Quiero pedirle que no lo comente con nadie. No sabemos si hay algo de cierto en eso y

primero tenemos que investigar el asunto. Si los rumores empiezan a extenderse como un reguero de pólvora, lo único que harán es dificultar aún más la investigación.

Julia lo comprendió.

–No lo comentaré con nadie. –Dudó por un instante–. Lo que pasa es que ya se lo he contado a Sölve, mi marido. Al fin y al cabo se trata de algo serio, tras la desaparición de Kamilla y Hanna… Si ese hombre existe de verdad, los padres no deberíamos perder de vista a nuestros hijos.

–Entiendo a dónde quiere ir a parar –le confirmó Lykka–. Y aun así, de momento no hay motivo alguno para preocuparse. Han desaparecido dos niñas, pero eso no significa que los demás niños corran peligro. Puede haber muchas razones. Acabamos de empezar la investigación.

–¿Pero se sabe ya algo? –quiso saber Julia–. Quiero decir, Kamilla y Hanna faltan desde ayer, y ¿no dicen que las posibilidades de encontrarlas disminuyen con cada segundo que pasa?

Lykka le dedicó una sonrisa amable a la mujer.

–No le falta razón en lo que dice, pero no es como si estuviésemos de brazos cruzados. Ya se enterarán dentro de poco de lo que hemos hecho hasta ahora y lo que aún tenemos pensado hacer.

Julia debió de entender que seguir insistiendo no serviría de nada y se fue.

–¿Empezamos? –Lykka se dirigió a su compañero Mikkel y este hizo un gesto de afirmación. Juntos avanzaron hasta el otro extremo del salón. Lykka supuso que a su compañero le rondaba la misma pregunta por la cabeza: ¿por qué había pegado Agnar a su mujer?

Cuando llegaron junto a la pareja, Mikkel se detuvo.

–Nosotros empezaremos y luego le pasaremos el turno de palabra.

–Yo me encargo –le explicó Agnar y siguió a Mikkel hasta la tribuna, lo que le brindó a Lykka la ocasión de preocuparse por Ingrid.

–¿Va todo bien?

–También se ha enterado, ¿a que sí?

–¿Qué ha pasado?

–Dije algo que jamás debí haber dicho. Se trata de Kamilla.

Lykka notaba lo difícil que le resultaba a la mujer hablar de ello, así que le apretó suavemente la mano para infundirle ánimos.

–Usted y su marido tienen que mantenerse unidos. Las cosas ya están bastante complicadas de por sí. Tienen que apoyarse el uno al otro.

–Lo sé. Agnar jamás me había levantado la mano antes. Jamás. Ni siquiera me levantó nunca la voz. Pero la desaparición de las niñas le ha llegado al alma. Lo cierto es que no tuve mucho tacto con lo que dije de Kamilla. Va a recomponerse y todo volverá a ser como antes. Estoy segura.

Lykka admiró a aquella mujer por su comprensión y por aparentemente haberle perdonado al marido su pérdida de autocontrol. Por muy insensibles que hubiesen sido sus palabras, no justificaban ninguna agresión violenta. Si se lo hubiesen hecho a Lykka, ella no lo hubiese tolerado y olvidado así sin más.

–¿Usted también quiere dirigirse a sus conciudadanos? –se interesó Lykka para de paso cambiar de tema.

La mujer rechazó la invitación.

–Para serle sincera, yo no me siento tan fuerte como mi marido. No me veo capaz de ponerme ahí arriba y mover a las masas. Y justo eso es lo que necesitamos para que la gente los

ayude a encontrar a nuestras niñas.

–¿Está segura? En momentos como este suele ser muy útil que la gente vea a la mujer, a la madre que hace todo lo posible por no venirse abajo. ¿De verdad quiere perderse la ocasión de apelar a la compasión de la gente?

–¿Qué me sugiere?

–Suba con su marido a la tribuna. Dirija unas pocas palabras a la multitud.

–Vale –aceptó Ingrid e hizo acopio de fuerzas–. Pues vamos allá.

Al subirse Lykka y Mikkel al escenario, los demás presentes enmudecieron. El móvil de Lykka empezó a vibrar en el bolsillo interior de la chaqueta así que lo sacó y miró la pantalla. Era de la central, pero descolgar ahora que cientos de personas estaban a la espera de oír los avances que había habido en la búsqueda de las niñas desaparecidas era imposible. Le indicó a su compañero que empezaría ella y se acercó al micrófono.

–Estimados habitantes de Hermansverk –arrancó y cogió aire–. La mayoría de ustedes no nos conoce ni a mi compañero ni a mí. Somos de la policía de Sogndal y somos los encargados de llevar el caso de la desaparición de Kamilla y Hanna.

»Yo soy Lykka Olsen y mi compañero se llama Mikkel Sandnes. Nos acompaña un equipo de unas quince personas que trabajan día y noche siguiendo cada una de las pistas que vayan surgiendo a raíz de la noticia de la desaparición publicada en los medios de comunicación. Además, contamos con más de treinta personas de la zona y alrededores que nos ayudan con la batida. Contamos con un equipo de investigadores encargado exclusivamente de las pesquisas, por lo que podrían llamar a la puerta de cualquiera de ustedes de un momento a otro. Quiero pedirles encarecidamente que colaboren.

»De momento nuestros esfuerzos aún no han dado fruto, pero a pesar de ello quiero pedirles que mantengan la calma. Que cunda el pánico no le servirá a nadie de nada, y menos a las niñas desaparecidas.

»Mantengan la calma, actúen con cautela y, sobre todo, no pierdan de vista a sus hijos. De momento seguimos barajando todas las opciones. No sabemos si Kamilla y Hanna han sido víctimas de un crimen ni si han tenido un accidente o si se encuentran en una situación peliaguda. Y por supuesto, resulta frustrante no saber cuánto tardaremos en dar con las primeras pistas. Pero les aseguro que haremos todo lo posible por encontrar a Kamilla y a Hanna.

Permaneció unos momentos en silencio para que sus palabras calaran en la audiencia. Con un breve gesto de la cabeza le indicó a Mikkel que era su turno.

–Quiero agradecerles su atención y le cedo la palabra a Mikkel Sandnes. Él les mostrará unas fotos de las niñas y de las prendas que llevaban puestas en el momento de la desaparición. Por favor, presten mucha atención. Gracias.

Le cedió el puesto a Mikkel y le dirigió una mirada a Agnar, que estaba cerca del telón y parecía estar discutiendo con su mujer. Se acercó a ellos con una sonrisa de ánimo.

–¿Están listos? Tan pronto como Mikkel haya pasado todas las fotos, pueden salir ustedes. Lo mejor sería que usted, Agnar, le explicase a la gente cómo se siente, qué ha hecho hasta ahora para dar con las niñas y qué tipo de ayuda necesita exactamente. La gente tiene que ser consciente de la necesidad que tienen de cada uno de ellos.

Luego se dirigió a Ingrid y le guiñó un ojo.

–Usted puede con esto, ya verá. La gente tiene que verlos como un equipo.

Se dio cuenta de que Agnar se sobresaltó al oír sus palabras.

–Su mujer podrá, confíe en mí.

–Dios le oiga.

Bajando los escalones de la tribuna, aprovechó para darle a la tecla de rellamada. A los dos segundos descolgó un compañero del equipo de llamadas. El joven sonaba excitado y respiraba demasiado de prisa.

–Desde que se emitió el primer aviso, los teléfonos no han parado. Nos está llamando gente de Sogndal y alrededores, algunos solo por cotillear, pero ha habido dos mujeres que afirman que acaban de ver a las niñas en la calle. Estamos comprobándolo. Pero la pista más seria es… –Se detuvo.

–¿Qué? –Lykka sintió sonar todas las alarmas.

–Ha llamado una mujer de Hermansverk. Dice que la tarde de la desaparición vio a las niñas delante de la casa de un hombre que no parece trigo limpio. Le pregunté qué quería decir con eso, y su respuesta fue que la policía ya conoce a ese tipo.

–¿De quién se trata? –quiso saber Lykka, a la que el corazón se le aceleró no solo por excitación, sino también por preocupación.

–Se llama Kennet Wiik –le aclaró el joven llamado Caspar, pero al que todos llamaban simplemente Cas–. Ronda los cincuenta años y vive en las afueras, entre Leikanger y Hermansverk. Tiene una propiedad enorme. Hace años lo denunciaron por agresión física y tuvo que apechugar con una multa y libertad vigilada. Y luego está lo de su esposa, que esa historia también tiene lo suyo. Te mando al móvil todo lo que he encontrado. Incluidas las fotos del archivo.

–Gracias –dijo Lykka y le hizo señas a Mikkel para que se acercara, ahora que acababa de pasarles la palabra a los Finstad.

Al llegar junto a ella, leyó en la cara de Lykka que había novedades.

–Parece que al final lo del hombre puede que sí nos lleve a algún sitio. –Cogió aire, le transmitió lo que le había contado Cas y quedó a la espera.

Mikkel la miró pensativo. Luego sugirió:

–Vamos hasta allí. Echémosle un vistazo al tipejo y veamos si encaja con lo que nos ha contado Oline. Si así es, podría tratarse de nuestra primera pista.

Lykka suspiró.

–Tenemos que disimular. Que no nos noten nada los padres. Sobre todo la madre. Está con los nervios a flor de piel. Si oye que han visto a las niñas delante de la casa de un hombre con antecedentes, la pobre se vuelve loca.

–Vale. ¿Qué tipo de antecedentes? –se interesó Mikkel.

–Agresión física. Pero de eso ya hace años, por lo que no tiene por qué estar relacionado con Kamilla y Hanna. Otro gallo cantaría si estuviésemos hablando de agresión sexual.

La expresión de Mikkel se ensombreció.

–Será mejor que arranquemos cuanto antes. Hablamos con el tipo y averiguamos si conocía a las niñas y si las vio en su propiedad. Y de paso vemos si, bajo presión, cae en contradicciones.

–Suena bien –admitió Lykka–. Pero hay un problema. No tenemos permiso para apretarle las tuercas. Lo único que tenemos es la llamada de una mujer que dice haber visto a las niñas delante de la casa de ese hombre. Lo que puede significar nada de nada. Ya conocemos lo fantasiosa que

se pone la gente cuando está aburrida o busca sus cinco minutos de gloria.

–Pero aun así hay que intentarlo. Y antes de nada le hacemos una visita a la mujer de la llamada para ver si es fidedigna. En cuenta al permiso, a ver, a la jefa la tenemos encima sí o sí. Ella lo que quiere son resultados. ¿Y no crees que, si le decimos que ayer vieron a las niñas en la propiedad de un tío con antecedentes, nos va a dar lo que le pidamos?

NUEVE

HERMANSVERK

2019

Kennet respiró aliviado cuando volvió a meter el coche por la entrada de su casa. No se explicaba cómo había logrado volver sin haber causado ningún accidente, ni haber sido víctima de un ataque de nervios. Aparcó el coche, apagó el motor y soltó el volante.

Las palmas de la mano le ardían como si estuviese sosteniendo brasas en ellas. La tensión acumulada se reflejó también al salir del coche, porque el corazón le latía a mil por hora y las piernas apenas lo sostenían. Parecían de goma. En toda su vida había sentido una necesidad tan grande de una copa.

Una vez dentro de casa, se dirigió decidido al armario de la sala de estar donde guardaba las bebidas alcohólicas. Aunque eran muy pocas las ocasiones en las que bebía, sí contaba con una colección considerable. Finalmente optó por un ron de graduación alta, llenó una copa con la bebida dorada y bebió la mitad de un solo trago. Al asentarse el alcohol en su estómago, lo invadió un calor agradable y calmante. Se sentó en el sofá y apuró lo que quedaba en la copa. Emitió un gemido cuando notó los efectos de la graduación en sus sinapsis.

Se recostó y por mucho que luchara contra ello vio ante sí el rostro de su cuñado.

Los latidos del corazón se le volvieron a acelerar rememorando las últimas palabras de Cai.

De repente le dieron arcadas.

Desde que había salido de la residencia en la que vivía Cai, no había parado de darle vueltas, preguntándose qué demonios había querido decir con aquellas palabras, o, mejor dicho, cómo interpretarlas.

“Puede que las niñas estén con ella para que no esté tan sola.”

De lo más profundo de su ser surgió un gemido.

¿Acaso su cuñado les había hecho algo a esas niñas?

Solo pensar en ello, hacía saltar en él todas las alarmas.

¿Sería posible?

Cerró los ojos y se obligó a pensar en otra cosa. Pero por mucho que lo intentaba, su mente volvía a lo mismo.

Una y otra vez surgía la misma pregunta, hasta que claudicó y se enfrentó a ella: ¿veía a Cai capaz de hacer algo tan terrible?

La respuesta, por muy frustrante y demoledora que fuese, era: ¡SÍ!

Sí, su cuñado era muy capaz de haberles hecho algo a las dos niñas desaparecidas.

No por interés sexual ni por maldad, no. El hermano de su difunta esposa ni era un agresor sexual ni un loco. Él veía a Cai como un error, un descarrilamiento de la naturaleza. Cai tenía buen corazón y solo quería lo mejor para la gente a la que quería, pero precisamente eso era lo que lo volvía tan peligroso. Cai era un niño atrapado en el cuerpo de un hombre, un hombre

fuerte. Y por esa misma razón carecía de la capacidad propia de su edad para controlar sus impulsos. Decía lo que le pasaba por la cabeza, sin filtros y sin pensar en las consecuencias. Y actuaba del mismo modo. Cuando se veía acorralado, podía reaccionar de dos maneras. O bien convirtiéndose en un animal, o llorando como un bebé indefenso. Su incapacidad mental impedía predecir sus reacciones. Kennet seguía preguntándose, cómo la clínica psiquiátrica de Oslo había podido darle el alta a aquel hombre.

Cai no estaba capacitado como para vivir solo y de manera autónoma, por mucho que la gente quisiese creerlo. Empezando por Torja, quien tras el alta había insistido en traerlo para casa. Al principio habían convivido los tres en casa, pero luego, gracias a un golpe de suerte, Kennet había dado con aquel centro y ya no tuvieron que seguir cuidando a un inválido.

Él sabía que Cai no tenía la culpa de haber nacido así, pero aun así no lograba perdonarle lo que había hecho.

Seguía preguntándose cómo su mujer sí había podido perdonar a su hermano. Él jamás podría volver a mirarle a los ojos sin sentir asco y repulsión.

Respiró hondo y se levantó. De camino a la cocina se fijó de repente en el coche de policía aparcado delante de la casa de su vecina. Vio cómo se apeaban una mujer y un hombre y se dirigían decididos a la puerta de Algea Wold.

Kennet frunció el ceño y se preguntó si la visita de la policía no tendría algo que ver con la desaparición de las niñas.

Y entonces se le perló la frente de sudor.

¿Y si esos policías, luego de visitar a Algea, también venían a su casa? ¿Qué iba a decirles si le preguntaban si sabía algo? ¿Debería comentarles sus temores, la posibilidad de que Cai tuviera algo que ver con la desaparición de las niñas? Si lo hacía, ¿estaría traicionando la confianza de Torja?

Un par de semanas antes de su fallecimiento había tenido que prometerle que se ocuparía de su hermano pequeño. Que lo protegería siempre y que evitaría que nada malo le pasase. Pero si culpaba a Cai de estar implicado, no estaría protegiéndolo precisamente, ¿verdad? Por otro lado, él siempre había estado convencido de que Cai debía estar internado. Quien lo dejase andar suelto por ahí era simple y llanamente negligente.

Se encogió al pensar en las niñas. No las conocía, pero estaba seguro de haberlas visto jugar en alguna ocasión. Hasta era posible que hubiesen llamado a su puerta para pedir dinero para algún acto benéfico.

Se las imaginaba como dos seres frágiles e inocentes, con trenzas largas y vestiditos blancos o rosa, ondeando al viento, cuando corrían.

Lo que no quería ni imaginarse era lo que su cuñado Cai podría haberles hecho, si se hubiese topado con ellas. No por querer hacerles daño, ¡por dios! Al fin y al cabo no era un monstruo. Pero aun así era consciente de que, aunque fuese con buena intención, podía hacerles mucho daño. Ya lo había hecho en una ocasión.

Kennet regresó al sofá y se sentó. Tenía una sensación de picor en todo el cuerpo. Pensar que su cuñado podía volver a tener las manos manchadas de sangre, lo hizo temblar de rabia.

¡Pues sí! En aquellos momentos estaba furioso con su difunta esposa. Ella era la responsable de que Cai anduviese suelto por ahí, llevando una vida casi normal. Si por él fuese, su cuñado estaría pudriéndose en aquella clínica de Oslo.

Pero Torja siempre creía en la bondad, y más aún cuando de su amado Cai se trataba. Incluso cuando la policía había descubierto lo que había hecho, ella no se había cansado jamás de jurar y perjurar que lo había hecho con todas las buenas intenciones del mundo. En el juicio había

hablado a su favor, aunque aquello implicase arrastrarse a sí misma por el fango.

A Kennet le costó tragar. Al oír las voces que le llegaban a través de la ventana cerrada, se sobresaltó. Se levantó de golpe y vio a los policías dirigirse decididos a su casa.

–¡Mierda! –murmuró y dirigió la mirada a la foto de su mujer enmarcada en el aparador–. ¿Y ahora qué hago? –soltó en voz alta. Notó lo nerviosa y alterada que había sonado su voz. Si se presentaba así ante los policías, tendría su desconfianza asegurada. De modo que se concentró en respirar. Inspiró y expiró un par de veces ignorando el timbre de la puerta. Antes quería asegurarse de tenerse bajo control. Una vez seguro, abrió la puerta.

Los dos agentes lo miraron con una expresión facial neutra. Y aun así no pudo desprenderse de la sensación de que lo estaban atravesando con la mirada, analizándolo, escrutándolo con recelo.

–¿Qué puedo hacer por ustedes? –preguntó amablemente y con una amplia sonrisa.

–Soy Lykka Olsen –se presentó la mujer–. Y este caballero a mi lado es mi compañero Mikkel Sandnes. Somos de la Brigada criminal de Sogndal y querríamos hablar con usted, si es posible.

Kennet asintió con la cabeza, pero no les franqueó la puerta.

–¿De qué se trata? ¿De las niñas desaparecidas tal vez? –Se dio cuenta de que había cometido un error, nada más emitir aquellas palabras.

La mujer entrecerró los ojos hasta que parecieron dos rayas. Y también su compañero parecía estar de repente alerta.

–¿Podríamos entrar brevemente? –pidió la mujer y a Kennet le vino a la cabeza un animal salvaje al acecho.

Estuvo a punto de negarse, cuando se percató de que eso lo haría parecer todavía más sospechoso.

De repente se dio cuenta de algo.

¡La habitación!

Cogió aire, deseando que no se le notara que pensar en ella lo hacía sudar, y los dejó pasar.

–¿Les apetece un té o un café? –les ofreció instalados ya en el sofá del salón.

–Para mí no –contestó la mujer y su compañero tampoco pareció apreciar la invitación. Tan solo negó con la cabeza, sacó un bloc de notas del bolsillo y lo miró por encima de las gafas.

–Estamos aquí –comenzó Mikkel Sandnes– porque hemos recibido un aviso que le afecta. Un aviso según el cual vieron a Kamilla y a Hanna, las dos niñas desaparecidas, ayer por la tarde en su propiedad. ¿Qué puede decirnos al respecto?

Kennet lo miró muy sorprendido.

–¿En mi propiedad? ¿Y cuándo se supone que fue eso?

–Nuestra fuente no recuerda la hora exacta, pero dice que tuvo que ser entre las cuatro y las seis de la tarde. ¿Hubo algo a esa hora que le llamase la atención? ¿Dos niñas en bicicleta? Puede que hayan entrado en su propiedad de manera ilícita y que se metieran en la parte trasera de su jardín.

Kennet soltó aire.

–Para decirles la verdad, no.

–Entonces, ¿cómo se explica lo que nos ha contado nuestra fuente? Quiero decir, ¿por qué iba a inventarse algo así?

Kennet se encogió de hombros a la vez que le pasaban varias explicaciones por la mente.

–Puede haber unas cuantas razones. Primera: puede que realmente estuvieran en mi propiedad y yo no me hubiera enterado. Ayer pasé gran parte del día en el sótano, reparando

cosas. Además, salí un momento a comprar. Normal que no me enterase si vinieron entonces. –Se detuvo y reflexionó. A continuación soltó un gemido de enfado–. Díganme: ¿fue Algea Wold la que les dijo que las niñas habían estado aquí?

–¿Qué importancia tiene eso?

–Mucha –contestó él–. Algea está furiosa y resentida. Quiso liarse conmigo después de que mi esposa… bueno… soy viudo, ¿saben? Y Algea quería salir conmigo, conocerme, pero yo no tenía ningún interés y le di calabazas. Desde entonces no me habla y me ignora. Con lo dolida que está, la veo capaz de cualquier cosa.

Observó cómo los policías se echaban una rápida mirada y sonrió para su interior, consciente de que había supuesto bien.

–¿Así que no vio a las niñas ayer?

–Como ya les he dicho, no.

La mujer sacó una foto del interior de su chaqueta y se la mostró.

–Estas son Kamilla y Hanna –le explicó–. Kamilla tiene doce años y Hanna siete. Viven con sus padres en Hermansverk.

Kennet asintió con un gesto afectado.

–Me suenan sus caras –admitió–, pero ayer no las vi, y mucho menos por mi casa.

–¿Le importa si echamos un vistazo? –preguntó Mikkel como quien no quiere la cosa.

–¿Por qué? –Kennet frunció el ceño–. ¿Por qué quieren registrar mi casa?

–No se trata de un registro oficial –se defendió el policía–. Sería más bien un favor que nos estaría haciendo. Solo queremos ver si hay alguna pista que indique que las niñas estuvieron en la casa.

–¿Pero por qué?

–¿No es cierto que fueron varias las ocasiones en las que entraron sin permiso niños en su propiedad? –preguntó la mujer.

Kennet hizo una mueca.

–Hace años de la primera vez. Mi mujer y yo acabábamos de mudarnos al pueblo. Se repitió cuando vino mi cuñado de Oslo a vivir con nosotros. No estuvo mucho tiempo, pero una horda de niñatos gamberros lo atacó y lo siguieron hasta aquí. Esa misma noche algunos de ellos se metieron en la casa entrando por el sótano.

–A usted lo condenaron a libertad vigilada por agresión física moderada y tuvo que pagar una indemnización de 150.000 coronas.

–De eso hace diecisiete años –se defendió Kennet–. Unos jóvenes entraron en casa e hicieron pintadas en las paredes llamándome misógino. Por aquel entonces mi esposa se encontraba en una condición muy tensa y la grosería de esos adolescentes la asustó muchísimo. Y por eso le di una tunda a uno de ellos, para que no se les volviera a ocurrir entrar en mi casa.

–Le rompió usted la nariz al joven. Y el coxis.

Kennet asintió con la cabeza.

–Apareció sin más en el dormitorio de mi mujer. Por razones personales dormíamos en habitaciones separadas. Me despertaron sus gritos y lo único que hice fue reaccionar porque pensaba que corría peligro. Así que le di una patada en el culo al chaval y este cayó escaleras abajo. ¿Cómo iba a saber yo que no iba armado y que solo quería hacer una gamberrada? La razón de por qué se me castigó tan severamente fue que el padre del crío era un pez gordo en el ayuntamiento. Tiró de todos sus contactos para que el malo fuese yo. De repente se empezó a decir por ahí que yo maltrataba a mi mujer y que la encerraba en casa y que la controlaba.

–Bueno, hubo muchos testigos que declararon que su mujer solía presentar moratones en los

brazos y la cara. Que había temporadas durante las cuales apenas se la veía y que si, en una de las escasas ocasiones la gente se la encontraba en la calle, ella parecía asustada. Casi que en pánico.

Kennet negó con la cabeza.

–No era a mí a quien le tenía miedo, sino, sobre todo, a todo lo que ocurría de puertas para fuera. Torja era depresiva y padecía graves síntomas psicosomáticos y miedos que se debían todos al hecho de no tener hijos. Solía autolesionarse e intentaba suicidarse y por eso es posible que yo la agarrara de vez en cuando algo más fuerte de lo debido. No para hacerle daño, sino para protegerla de sí misma. Pueden comprobarlo si quieren. La internaron en el pabellón psiquiátrico de Sogndal y también hay informes de la terapia que probó.

–¿Hizo usted internar a su esposa?

Kennet asintió.

–Porque se autolesionaba. Una y otra y otra vez. Quería protegerla, pero no podía pasarme las veinticuatro horas del día a su lado. Tenía que dormir, ir a hacer la compra. Simplemente salir. No sabía qué hacer y ella necesitaba ayuda.

–¿Entonces las cosas que comenta la gente sobre usted no son ciertas? ¿Que es usted un sádico que oprimía a su mujer y que la empujó al suicidio, o que incluso pudo tener algo que ver con su muerte?

Kennet se estremeció y abrió los ojos como platos.

–¿Eso es lo que comenta la gente? ¿Que yo soy el culpable de que Torja…? –Se levantó en mitad de la frase–. Tengo que pedirles que salgan de mi casa –dijo con un tono de voz más abrupto de lo intencionado. –Esto está yendo demasiado lejos. No tengo por qué aguantar este tipo de acusaciones.

–A nosotros solo nos interesa oír la verdad. Conocerle –le aseguró Mikkel con un tono marcadamente amable.

–Vale –replicó Kennet–. Así que la verdad. Ni he matado a mi mujer ni la he empujado al suicidio. Lo hizo ella por su cuenta. Esperó y aprovechó un momento en el que estaba completamente sola en casa. Fui yo quien la encontró. Jamás le puse una mano encima ni le falté al respeto. Ella lo era todo para mí. Jamás hubiese podido hacerle daño, ni con mis manos, ni con palabras ni con acciones.

–O sea, que la gente ve fantasmas.

–Por supuesto. Y a esa conclusión también llegaron en su día sus compañeros, los que investigaron el suicidio de mi esposa. –Se interrumpió para coger aire–. La mayoría de la gente de por aquí, y seguramente también de otros sitios, se deja llevar por rumores, porque son demasiado cómodos como para pararse a pensar por ellos mismos si habrá algo de cierto en lo que se cuchichea por ahí.

–¿Y lo de las niñas? ¿Kamilla y Hanna? ¿No quiere que las encuentren?

–Claro que quiero que las encuentren. Que estén bien y que vuelvan cuanto antes con sus padres. Pero aun así, no entiendo cómo podría contribuir a ello el registro de mi casa. Lo que sí entiendo es que sospechan que yo tengo algo que ver con su desaparición. Y solo porque Algea les ha contado historias sobre mí y, dado que tengo antecedentes y la gente habla, no saben muy bien cómo catalogarme.

»Les gustaría echar un vistazo por mi casa, pero saben que para ello necesitan mi consentimiento. De ahí que hayan intentado acorralarme con la información fragmentada que tienen sobre la muerte de mi mujer.

–¿De modo que se niega a colaborar con nosotros? –fue la pregunta cortante que formuló

Mikkel.

–Para nada –respondió Kennet igual de cortante y dejó bien claro que daba la conversación por zanjada–. Por supuesto que estoy dispuesto a colaborar con ustedes. Tan pronto como me muestren una orden, pueden entrar en todas las habitaciones de esta casa. Pero hasta entonces… –Se levantó y se dirigió hacia la puerta donde esperó a que le siguiesen los policías.

–¿Está seguro? –Esta vez fue ella la que preguntó–. En un caso así siempre resulta sospechoso insistir en que se siga el procedimiento oficial.

–Me importa una mierda –gruñó Kennet y les invitó a salir con un gesto de la mano–. Hace años que me colgaron un sambenito del que no consigo deshacerme. ¡Y ahora largo de aquí!

Tras haber cerrado la puerta, notó cómo una ola de pánico se apoderaba de él. Sabía que aquellos dos regresarían con una orden de registro. No le quedaba otra que asegurarse, hoy mismo, de que no encontrasen nada que pudieran imputarle. Tragó al pensar en la habitación cerrada con llave. Tenía que subir y asegurarse de eliminar el mal olor y todo aquello que lo hiciese quedar mal a ojos de los demás.

"Torja", pensó e hizo una mueca, "en qué lío me has metido…"

Estaba a punto de subir para ponerse manos a la obra, cuando oyó la voz de la comisaria. Parecía excitada y sonaba muy formal, como si no estuviese hablando con su compañero. Presionó la oreja contra la puerta de madera, contuvo la respiración y maldijo lo fuerte que le latía el corazón. Luego miró por la mirilla y descubrió que estaba hablando por teléfono. Solo pudo entender palabras sueltas, pero su lenguaje corporal indicaba que había pasado algo. Finalizada la llamada, miró a su compañero con gesto serio. Kennet volvió a pegar la oreja a la puerta tratando de concentrarse en la voz de la mujer.

Le pareció que decía "han encontrado algo" y aquellas palabras lo asustaron.

Se apartó de la puerta.

Contaba con que de un momento a otro volverían a llamar a su timbre.

Que le echasen la puerta abajo.

Pero no pasó nada.

Luego oyó el ruido de un motor.

Se iban.

¡Lo dejaban en paz!

Respiró aliviado.

Pero no consiguió tranquilizarse del todo. Las palabras sueltas que había captado seguían reverberando en sus oídos. Estaba seguro de que la mujer había dicho que habían encontrado algo.

¿Pero el qué?

¿Los cadáveres de las niñas?

¿Algo que tuviese que ver con él?

¿O con Cai?

Se estremeció.

Se dio cuenta de que con cada segundo que permanecía parado pensando, estaba malgastando un tiempo precioso. Tiempo que tenía que dedicar a eliminar las huellas.

Y entonces se puso en marcha con celeridad.

DIEZ

HERMANSVERK

2019

–Siento lo de la bofetada. –Agnar la miró y extendió la mano para tocarla, pero Ingrid se apartó.

–No dudo que lo sientas –replicó ella–. Es solo que esa reacción tuya me ha llegado al alma. No me refiero a la bofetada en sí, sino que cruzases todas las barreras. –Tragó y bajó la mirada–. Siempre he creído que nuestro matrimonio era perfecto… que tú eras perfecto. Pero ahora que sé hasta dónde estás dispuesto a llegar, ni siquiera sé si lo que teníamos antes era incluso real. Puede que siempre hayas sido así, pero no quise verlo.

–Los dos estamos pasando por momentos muy tensos –dijo él a modo de disculpa–. Las niñas lo son todo para nosotros. Ahora no están y seguimos sin saber qué les ha pasado. Cuando antes hablaste de Kamilla y mencionaste que ella… –Se interrumpió. Al cabo de unos segundos prosiguió–. Perdí los nervios. Kamilla y Hanna son mi vida. Sé que ninguna de las dos se marcharía de manera voluntaria, y da igual lo difícil que pueda llegar a ser Kamilla a veces, jamás le haría daño a su hermana. Apostaría mi vida por ello.

Ingrid miró a Agnar directamente a los ojos.

–Hasta hoy por la mañana yo también hubiese apostado mi vida. Jamás hubiese creído que pudieses pegarme ni humillarme delante de la gente.

Él le sostuvo la mirada y carraspeó.

–Aunque no te guste oírlo: no es lo mismo. Se trata de nuestras hijas, que son sangre de nuestra sangre. Sabemos quiénes son Kamilla y Hanna, las conocemos a la perfección. Y por eso puedo asegurar con total confianza que no es Kamilla quien ha hecho algo.

Ingrid asintió con la cabeza, se giró y se fue para la cocina. Le faltaban las fuerzas y la energía para guerras dialécticas. Ni para discutir con su marido. Lo único que quería era que les devolviesen a sus hijas, costase lo que costase.

Puso la cafetera en marcha y se preparó un expreso doble. Mientras lo iba bebiendo, trató de no pensar en nada, para poder descansar por un breve instante y recuperar la esperanza.

Gracias a la reunión había cobrado algo de confianza y había visto que, aunque las cosas no fueran del todo bien entre ella y Agnar, tenía a gran parte de Hermansverk de su lado.

La comisaria tenía razón. Había sido buena idea estar allí arriba junto a su marido y haber hablado con la gente, haberles descrito su miedo y su angustia. Se presentaron más voluntarios, lo que sirvió para que a partir de aquella misma noche hubiese diferentes turnos y ampliarían el territorio de búsqueda.

–¿Y ahora qué hacemos? –le preguntó a su marido, que la había seguido a la cocina.

–Voy a volver con los chicos. A buscar –le explicó. Ingrid se percató por su voz de lo agotado que estaba–. Sölve debe de estar a punto de llegar. Quería darse una ducha y comer algo. Hoy vamos a inspeccionar el trozo del bosque que está junto a Leikanger.

Lo miró preocupada.

–¿Quieres que te prepare un bocadillo? Seguro que, al igual que yo, no has comido nada desde ayer, y necesitas energía.

Él negó con la cabeza.

–No tengo hambre ni apetito. No soy capaz de probar bocado.

–¿Y una ducha? Puede que te revitalice algo…

–Estoy bien –le espetó, aunque era más que evidente que no era el caso. Agnar estaba agotado, pero ella comprendió que no iba a permitirse ni admitir ningún signo de debilidad. Sus amigos, vecinos y conocidos estaban a punto de llegar para ayudarles a encontrar a sus hijas. No había tiempo para una ducha relajante ni para una siesta.

–¿Quieres que te acompañe? –le preguntó, aunque ya conocía la respuesta.

–No –dijo y de repente ella vio en sus ojos aquel brillo tan peculiar suyo. ¿Acaso seguía enfadado con ella por lo que había dicho de Kamilla?

–Recuerda lo que nos dijo la policía: que alguien tiene que quedarse aquí porque ahora ya… –Titubeó y jadeó. Ingrid se dio cuenta de que apenas era capaz de mantenerse en pie–. Quédate, sin más. ¿Vale?

Ella asintió asustada. Quiso acercarse a él y abrazarlo, pero algo en su postura le indicó que no era el momento.

Abrió los ojos como platos al darse cuenta de que por vez primera él había admitido que empezaba a dudar de que todo fuera acabar pronto y bien.

–No pierdas la esperanza –susurró asustada–. No lo soportaría.

Los dos se estremecieron al oír el timbre de la puerta. Miró preocupada a Agnar, que estaba a punto de desfallecer, pero salió para dejar entrar a los voluntarios. Cuando vio a Julia junto a dos docenas de hombres, frunció el ceño.

–¿Tú también participas en la búsqueda? –le preguntó a la madre de Selma–. ¿Quieres que vaya a buscar a tu hija y que me ocupe de ella? No me importaría. Hasta puede que me distraiga un poco.

Julia la miró algo incómoda.

–Ya la recoge Gudrun. Oline necesita los deberes y así matamos dos pájaros de un tiro. No me lo tomes a mal, Ingrid, pero tú no estás ahora para estar con niños. Además, yo no voy a salir a buscar, sino que voy a repartir carteles por la zona.

Observó a aquella mujer rubia de aspecto frágil y asintió.

–A mí también me gustaría hacer algo, ¿entiendes? No me siento bien aquí sentada sin hacer nada de nada.

Ingrid vio cómo Sölve le daba un ligero codazo en un costado, como para recordarle algo.

–Otra cosa –balbuceó Julia a la vez que tiraba nerviosa de un mechón de pelo.

–¿Qué? –preguntó Ingrid, que se apartó de golpe al darse cuenta de que no los había invitado aún a entrar.

Una vez en el pasillo, volvió a mirar a Julia y repitió:

–¿Qué?

La mujer inspiró, pero parecía indecisa.

–Antes, cuando hablaste con la gente, tú y Agnar –empezó–, yo estaba junto a la barrera, cerca de los policías. Estaban hablando y no me vieron.

–Vale. –Ingrid frunció el ceño. Notó cómo se le iba encogiendo el estómago–. ¿De qué hablaban?

–La mujer recibió una llamada. Parecía de la centralita. Se ve que hubo una pista. Alguien

vio a las niñas. Las vieron en la ciudad y en la propiedad de un tipo raro del pueblo.

A Ingrid se le heló la sangre de repente. Sus sinapsis establecieron una conexión entre lo que acababa de oír y lo que había dicho Oline.

–¿Qué tipo? –preguntó Agnar, que se había acercado a ellos sin que se hubiesen dado cuenta.

–De eso no pude enterarme –admitió Julia–. Pero puede que sepas que tengo un ex que trabaja en la policía de Sogndal. Es verdad que solo hace trabajo administrativo, pero se entera prácticamente de todo.

–Ve al grano –le recriminó Sölve poniendo los ojos en blanco.

–Mi ex -prefiero no decir su nombre para no meterlo en ningún lío- dice que vieron a Kamilla y a Hanna en la propiedad de ese hombre ayer por la tarde. Dice que se llama Kennet Wiik. –Se detuvo, como si supiese más cosas, pero no se atreviese a mencionarlas.

–El hijo de puta tiene antecedentes –soltó Sölve–. Por eso no quería decir nada el ex de Jule. Y eso no le pega. Cuando está con Jule le cuenta todo, porque sigue colado por ella. Pero en esta ocasión su comportamiento fue bastante raro.

Ingrid estaba confusa.

–¿A qué te refieres con raro?

–Pues que le pregunté si sabía cómo se llamaba el tipo ese. Y me dio su nombre sin problema. Pero cuando le pregunté si era trigo limpio, si era peligroso o un pervertido tal vez, el ex de Jule se calló de repente. Dijo que no estaba autorizado a dar ningún tipo de información sobre Kennet Wiik. Que ya había dicho demasiado y colgó sin más. ¿Entiendes? Nunca había hecho nada igual. ¡Nunca!

Ingrid notó cómo se le ponía el vello de punta.

–¿Podría ser que Oline estuviese refiriéndose a ese tal Kennet? ¿Podría ser el hombre que las observaba?

Agnar asintió con un gesto sombrío.

De repente Ingrid se vio superada. Cayó de rodillas tratando de coger aire.

–¿Pero qué tipo de madre soy? –sollozaba–. Sospeché de Kamilla, de que pudo haberle hecho algo a su propia hermana. Cuando en realidad mi niñita estaba muerta de miedo por culpa de un hombre que existía de verdad. –Clavó las uñas en la alfombra y ni notó el dolor punzante al romper una uña.

–Levántate –le dijo Agnar y la ayudó a ponerse en pie. Cuando estuvo a su altura no fue capaz de mirarlo a los ojos.

–Tenías razón –balbuceó.

–Eso no tiene importancia –contestó él–. Sea lo que sea lo que esconde ese tipo, voy a averiguarlo. ¡Y que dios le pille confesado como les haya tocado un solo pelo a nuestras nenas!

Ingrid vio entre lágrimas la furia reflejada en los ojos de Agnar.

–¿Qué pasa? ¿Acaso lo conoces?

Él negó con la cabeza, pero estaba apretando los puños.

Algo no iba bien.

¿Le estaba mintiendo?

¿Sí conocía a Kennet Wiik?

Había nacido allí y conocía prácticamente a todos de la zona.

–Me estás ocultando algo –soltó antes de poder impedirlo.

Pero Agnar no reaccionó. Se quedó paralizado mirando fijamente una mancha que había en la pared. De repente se sacudió. Primero miró a su mujer y luego a los demás allí presentes.

–Sölve, acompáñame. Y vosotros, id al punto de partida de la batida.

El pasillo se llenó de murmullos.

–Colega, ¿qué vas a hacer? –soltó Peta, un amigo que no tenía hijos.

–Sölve y yo vamos a ir a casa de Wiik. Vamos a observar y ver si esconde algo o si hay algo sospechoso. Y vosotros ni mu. ¿Entendido? No digáis que el colega que tiene Julia en la policía se fue de la lengua. Vosotros no sabéis absolutamente nada de un tal Wiik. Y mucho menos que Sölve y yo nos dirigimos a su casa. –Miró primero a Julia y luego la miró a ella–. Vosotras dos, tratad de hablar con Selma y Oline. Llamadlas tan pronto vuelvan del colegio. Averiguad si hubo algún contacto con Wiik. Si a las niñas les dio por hacerle alguna broma.

–¿Por qué iban a hacer algo así? –preguntó Ingrid recelosa.

–Hazlo y no preguntes –le espetó su marido.

–El tipo da un poco de miedo, eso es cierto –comentó Kirstan Espeland, el padre de Agnes–. Dicen que mató a su mujer.

El corazón de Ingrid se detuvo por un segundo.

–¿Qué? ¿Ese hombre es un asesino?

Kirstan negó con la cabeza.

–No se pudo demostrar nada. La versión oficial es que ella se colgó en el sótano. Pero a ver, seamos sinceros, cuando una mujer se quita la vida voluntariamente, lo que suele hacer es tomar pastillas o cortarse las venas. No ahorcarse.

–Eso es cierto –le dio la razón Julia–. Eso me lo dijo mi ex. Hace años tuvimos una discusión sobre cuál era el método de suicidio más habitual. En los hombres encabezaba la lista el ahorcamiento, pero las mujeres prefieren los somníferos para acabar con sus vidas.

ONCE

HERMANSVERK

2019

–Mierda.

–Y que lo digas. –Mikkel vio el gesto de desagrado de Lykka–. Podría ser de una de las niñas.

Ella asintió sin decir nada y se dirigió al hombre que había encontrado la bicicleta tirada en el agua y llamado a la central.

–¿Y dice que estaba pescando aquí abajo cuando vio la bicicleta?

–Al principio no la vi, para ser sincero. El anzuelo se enganchó en algo así que me puse las gafas para ver mejor. Llamé cuando descubrí que era una bicicleta infantil.

Era un hombre mayor y estaba afectado. Tras suspirar preguntó:

–¿Cree que podría ser la bicicleta de una de las niñas desaparecidas?

Lykka se encogió de hombros.

–Lo siento, pero no puedo hacer ningún comentario.

El hombre lo entendió.

–¿Puedo irme? Ya no tengo el cuerpo para una sesión de pesca relajante, como podrán imaginar.

Lykka le sonrió.

–Por supuesto. Váyase. Si surge alguna pregunta más, contactaré con usted. Tenemos su número de teléfono.

Mikkel y ella esperaron hasta que el hombre estuvo lo bastante lejos como para no poder oírlos. Fue Lykka quien rompió el silencio.

–Vista desde aquí, parece de color fucsia, o rosa, por lo que podría coincidir con la descripción que hicieron los padres de la bicicleta de Hanna. ¿Qué opinas?

El rostro de Mikkel se ensombreció.

–Creo que vamos a encontrar las dos bicis ahí abajo. O bien ha sido un accidente o alguien tenía prisa y por eso las tiró al agua, sin tener en cuenta que por las estribaciones de la pendiente se cuela el agua y que por eso aquí hay poca profundidad.

–¿Y crees que las niñas también…? –Lykka no prosiguió al ver lo pálido que se había puesto su compañero–. Está bien. No adelantemos acontecimientos. Esperemos a que lleguen los compañeros de la Científica. También he avisado a los de Salvamento marítimo. Van a mandar un equipo de buzos. A ver qué más hay ahí abajo.

Mikkel suspiró.

–Me cuesta creer que se trate de un accidente. –Miró a su alrededor y extendió los brazos–. Es verdad que el sendero que baja hasta aquí tiene bastante pendiente, pero aún está la calle, el bordillo y un poco de campo. Habría que estar muy, muy borracho para llegar al agua sin haber

pisado el freno. Las niñas son de la zona. Conocen esta ruta. ¿Por qué iban a accidentarse precisamente aquí y aun por encima las dos juntas?

Lykka lo miró.

–¿Así que crees que se trata de un crimen?

–Pero no desde ahora. Las bicicletas tiradas en el agua tan solo confirman mi sospecha. Llevo todo el tiempo pensando que la desaparición está relacionada con algo malo.

Ahora fue Lykka la que suspiró.

–Si la bici resulta ser de una de las niñas, será mala señal. Cuando se entere la gente del pueblo, va a cundir el pánico. Por no mencionar a los pobres padres. Así que tenemos que asegurarnos de que esto de momento quede entre nosotros. ¿Le has avisado al señor de que no cuente nada?

Mikkel se lo confirmó.

–Otra cosa ya es si va a cumplir su palabra. Luego está que esta zona se ve desde la carretera. La llegada de la Científica y de los buzos que van a llegar a raudales no va a pasar desapercibida. Por mucho que nosotros acordonemos la zona.

–¡Maldita sea! –maldijo Lykka al darse cuenta de que su compañero tenía razón–. Aun así, no quiero que cunda el pánico entre los Finstad. No antes de que hayamos sacado la bicicleta de ahí y sepamos si es la de Hanna o no.

Cuando a las dos horas volvió a la oficina seguida de su compañero, ya la estaba esperando Jenna, la joven que se encargaba de las pesquisas individuales.

–He encontrado algo muy interesante –les explicó–. Se trata del señor Wiik. ¿Quiere que se lo mande por fax?

–¿Qué ha encontrado exactamente?

–Pues un montón. He desempolvado los expedientes antiguos del caso de agresión. Pero en el archivo había más cosas relacionadas con la difunta esposa y el hermano de esta.

Lykka alzó las cejas.

–¿Su esposa y el hermano de esta?

–Sí. Hay una anotación antigua en el expediente del señor Wiik según la cual se le acusa de violencia doméstica. Quien lo denunció fue un médico del hospital de aquí, de Sogndal.

–¿Que lo denunció un médico? Pero si están obligados a guardar secreto profesional.

Jenna asintió con gesto entusiasmado.

–Y por eso se montó bastante lío en su día. Y poco después el médico retiró la denuncia. Menos mal que aún estaba en el expediente. Y por eso he llamado antes al hospital para hablar con ese médico. Pero estaba con un paciente. Nos llamará luego.

–A saber si aún se acuerda del incidente con Wiik. Al fin y al cabo hace una eternidad de eso.

–El médico se llama Dr. Linus Martensen. Pudo haber perdido su licencia. Es solo gracias a que el propio Wiik no quiso dar seguimiento al asunto que pudo seguir ejerciendo.

–Vale. ¿Y sabemos por qué el bueno del doctor retiró la denuncia?

–Porque la propia Torja Wiik juró y perjuró que su marido jamás la había atacado. La mujer tenía hematomas en los brazos y en la cara, además de un corte. Estaba completamente apática cuando la vio el Dr. Martensen. Y por eso denunció al marido. Pero Torja insistía en que las lesiones se las había causado ella misma.

Lykka frunció el ceño y miró a Mikkel, cuyo rostro volvió a ensombrecerse.

–¿Qué opinas?

–A ese tío parece que le cuesta bastante controlarse. –Se dirigió a Jenna–. La denuncia del médico, ¿fue por agresión física?

–Sí, unos cuantos años después de la primera.

–¿Quién era el chico de la primera agresión, por cierto? –se interesó Lykka.

Jenna tragó saliva.

–Es que eso es lo raro. El propio Kennet Wiik también puso una denuncia. Por allanamiento de morada. Y esa es la razón de por qué salió tan bien parado en su proceso por agresión física. Le metieron un par de meses de libertad vigilada y una sanción económica, pero no le salió cárcel. Su víctima era uno de los que le habían entrado en casa. Agnar Finstad.

A Lykka se le aceleró el corazón.

–¡Espera! ¿Qué? ¿El hombre por culpa del que condenaron a Wiik es Agnar Finstad?

Jenna asintió con la cabeza.

–Agnar y unos cuantos de sus colegas entraron en la casa de Wiik. Pensaban que no había nadie. La idea era hacerles pintadas en las paredes. Según ellos, la familia Wiik eran unos raritos y les pareció gracioso darle un toque nuevo a la decoración. Pero los Wiik sí estaban en casa. Wiik se despertó y le dio una paliza a uno de los chavales porque lo consideró una amenaza. Los demás pudieron huir, pero Finstad no. Ingresó poco después en urgencias. Wiik le había atizado bien.

Lykka hizo un gesto de desaprobación con la cabeza y miró a su compañero.

–¡Qué fuerte! Y más teniendo en cuenta que las niñas desaparecidas son las hijas de Finstad. –Suspiró.

–¿Qué pasa con el hermano de la mujer de Wiik? –quiso saber Mikkel.

Jenna hizo una mueca.

–Ahí sí que hay chicha. Di con ello por casualidad. Porque empecé la búsqueda de Wiik y su mujer mirando en internet. Los dos son de Oslo y se mudaron aquí hace unos veinte años. Se ve que había una razón de peso para que Kennet y Torja Wiik dejasen atrás su antigua vida.

Jenna guardó un silencio teatral. Miró primero a Mikkel y luego a Lykka.

–¿Os suena el nombre de Cai Borgen?

Lykka negó con la cabeza y le preguntó a Mikkel

–¿A ti?

–No.

–Cai Borgen se cargó a un niño –les explicó Jenna–. Mejor dicho, a una niña, de siete años.

–¿Y quién dices que es ese Cai Borgen? –quiso saber Lykka.

–El hermano de la difunta Torja Wiik.

Mikkel gruñó.

–¿Que el cuñado de Wiik mató a una niña?

–No, no la mató –especificó Jenna–. Secuestró a la pequeña Elna. Lo que pasa es que no sabía que era asmática y que justo ese día la niña había olvidado el inhalador en casa. De algún modo consiguió engañarla para meterla en el coche de su hermana y a saber a dónde querría llevarla. Se ve que durante el trayecto la niña debió de darse cuenta de que el hombre iba a hacerle algo malo. Se asustó tanto que le dio un ataque de asma y se ahogó. En el juicio dijo había cogido a la niña para llevársela a su hermana.

–¿A su hermana? ¿Y eso por qué?

–Para eso tenemos que remontarnos en el tiempo. Cai nació con una discapacidad mental que se hace evidente sobre todo en forma de una inteligencia mermada lo que a su vez se refleja en

una limitación en su comportamiento social. Por culpa de esas deficiencias mentales Cai sufrió de niño acoso escolar. Se metían con él e incluso le pegaban. En una de esas palizas, acudió su hermana a ayudarle, pero la hirieron gravemente, a raíz de lo cual no podía tener hijos. Torja cayó en una depresión muy profunda. Y se ve que al secuestrar a la niña, su hermano quiso compensarla. Pensaba que si le llevaba un niño servido en bandeja de plata, todo volvería a estar bien y ella volvería por fin a ser feliz.

Lykka se quedó mirando perpleja a Jenna.

–Y esa niña, Elna, ¿tenía siete años?

Jenna se lo confirmó.

–Y además, se parecía a Hanna.

–Uf. –Lykka tragó–. Pues sí que es un giro interesante, sí. –Reflexionó unos segundos–. ¿Condenaron a Cai?

–El caso fue a juicio, por supuesto, pero por culpa de la discapacidad del hombre y el pasado de los hermanos, lo consideraron no culpable. Lo internaron durante quince años en una institución y luego se mudó aquí.

–Qué fuerte –opinó Mikkel–. Considerándolo todo, es posible que ese tal Cai se haya montado una película en su cabeza. Puede que crea que la muerte de su hermana tuvo algo que ver con que Agnar Finstad allanase su casa. El secuestro de las niñas sería una especie de castigo tardío.

–Pero su hermana ya no vive –objetó Lykka–. ¿Por qué iba Cai a secuestrar a las niñas ahora?

–Puede que culpe a Agnar del suicidio de su hermana. A saber lo que le pasa por la cabeza a un hombre así. Y precisamente eso es lo que me preocupa.

DOCE

HERMANSVERK

2019

–Mierda, joder –murmuró Kennet al ver el operativo policial en el carril izquierdo. Moderó la velocidad, lanzó una oración al cielo pidiendo que no lo mandasen parar ni viesen lo que llevaba en el coche. Poco a poco, casi que a paso de tortuga, pasó al lado de la zona marcada y echó un vistazo a la orilla del río donde estaba a punto de meterse en el agua un grupo de buzos. Uno de los policías le indicó con la mano que siguiera adelante. Kennet respiró aliviado y aceleró. Al mirar por el retrovisor y ver que las luces de los coches policías quedaban ya lejos, soltó un grito. "¿Qué habrá pasado?", pensó. ¿Tendría aquella concentración de policías algo que ver con las niñas desaparecidas? ¿Habrían encontrado algo en el agua?

Si resultaba que las niñas se habían ahogado mientras estaban jugando, se habría librado de una buena. ¡No es que desease que las niñas estuviesen muertas! ¡Por dios, no! Le gustaban los niños, y le hubiese gustado tener hijos, pero en este caso le importaba más su propia seguridad. Es más. En caso de que las niñas hubieran perdido la vida por culpa de un accidente, también su cuñado dejaría de ser sospechoso. Solo pensarlo fue como librarse de una gran carga.

Por culpa de Cai ya había perdido la vida una niña. Una tragedia que ni Torja ni él habían podido superar jamás. Su querida esposa había deseado tanto tener un hijo... Saber que Cai había secuestrado a aquella niña para dársela a ella, que como quien dice la niña murió por su culpa, no había hecho más que empeorar las cosas.

Y fue por eso por lo que la había convencido para se fueran de Oslo y empezaran de nuevo en otro sitio, lejos del espanto que Cai había sembrado.

Kennet suspiró. Él nunca había creído del todo a su cuñado.

¿Secuestrar por amor fraternal?

Puede… o puede que no.

El intelecto de Cai era demasiado simple como para entender de verdad lo que significaba para Torja jamás poder ser madre.

Lo que Kennet sí creía era que Cai había cogido a esa niña por otra razón. Y cuando la pequeña Elna se le ahogó en el coche, lo primero que hizo, llevado por el pánico, fue llamar a su hermana. Había sido ella la que le había puesto esa excusa en la boca.

Tuvo que haber sido así; estaba convencido. Y por eso nunca podría sentir ningún tipo de afecto por Cai. Había sospechado desde el principio que detrás de aquella máscara de inocencia, o falta de malicia, se ocultaba algo tenebroso. Nada sexual, ni sed de sangre ni nada de eso, sino una fascinación enfermiza por el miedo, el dolor y la muerte.

Respiró aliviado al ver por fin la salida que daba a su cabaña junto al mar. Torja se la había regalado por su cumpleaños hacía unos años. Se la había comprado a escondidas a un anciano que ya no la usaba.

Torja lo había animado a sacarse el permiso de navegación, pero él se había negado. A él le bastaba con tener su propio refugio al que poder retirarse cuando en casa las cosas estaban patas arriba. Solía usar aquella casita pintada de rojo y blanco como cabaña de pesca. Siempre que le apetecía, se acercaba, sacaba el sillón cómodo, se sentaba en el muelle y disfrutaba de las vistas sobre el fiordo, mientras trataba de pescar algo para la cena. Pero hoy… Kennet suspiró. Hoy no había venido para desconectar ni cargar las pilas. Hoy había venido para protegerse de las miradas indiscretas.

Tras aparcar el coche delante de la cabaña, respiró hondo y luchó contra las lágrimas que amenazaban con anegarle los ojos.

Tiene que ser, le aseguró una voz interior. No podía quedar en la casa.

Se apeó del coche y fingió echar un vistazo casual alrededor. Estaba oscureciendo, pero todavía había gente paseando por la zona. O paseantes o turistas, el caso es que era gente que más adelante se acordaría de un tipo que llevaba un paquete alargado con un contenido indefinible. Que lo había metido en la cabaña y que luego se había vuelto a marchar. De modo que para ir sobre seguro, debía guardar las apariencias. Se metió en la cabaña y sacó el sillón para colocarlo junto al agua. Los observadores pensarían que iba a sentarse un rato junto al agua para disfrutar de las vistas.

En el peor de los casos le contarían a la policía: “Lo vi sentado en el muelle. Estuvo mirando fijamente el agua durante una hora por lo menos. Y luego se fue.” Eso sería lo que recordarían y, con un poco de suerte, no lo que tendría que hacer antes de regresar a casa.

Resistió la necesidad de darse la vuelta para ver si había alguien observándole. Lo que sí hizo fue fingir parecer lo más relajado posible.

Cuando de repente, salido de la nada, se le metió aquel olor en las fosas nasales, se estremeció. Tuvo que armarse de valor para no salir corriendo y comprobar si alguien estaba manipulando el maletero de su coche.

Te estás imaginando ese olor, le susurró la voz que tenía en la cabeza. Los nervios te están jugando una mala pasada.

“Vale” susurró para tranquilizarse. “Concéntrate en los olores que realmente hay: la sal, la tierra, la hierba.” Inspiró, cerró los ojos y soltó el aire.

Repitió el proceso.

Sal, tierra, hierba.

Tierra…

¡La tumba!

Se sobresaltó.

Hoy no tenía ningún sentido. Nadie sería capaz de desconectar bajo aquellas circunstancias. No le quedaba otra que ver qué pasaría y rezar.

Se levantó. Encartó el sillón y volvió a la cabaña. Luego abrió el maletero despreocupadamente, sacó el paquete alargado, cargó con él y lo llevó al interior de la cabaña. Allí lo depositó en el suelo, delante de las estanterías. Le echó un último vistazo con la esperanza de poder perdonarse aquello algún día.

Poco después estaba de vuelta en casa. Respiró aliviado. En el camino de vuelta también había tenido suerte y ningún policía lo había parado. Le habían sonreído amablemente e indicado que circulase. Ni se imaginaban que, si poco antes le hubiesen revisado el maletero, hubiesen

encontrado algo que usar en su contra.

Sonriendo se encaminó hacia el piso superior para encargarse del cuarto de baño. Antes de salir, había vertido generosamente lejía en la bañera y en el lavabo y la había dejado actuar. Cuanto más se acercaba ahora al baño, más le costaba respirar por culpa del olor penetrante.

Cogió aire, abrió la puerta de golpe y entró. Se remangó delante de la bañera y se puso a fregarla con ímpetu.

Mientras estaba en ello, recordó que aún tenía que poner sábanas nuevas en la cama de Torja y deshacerse de las viejas.

Cuando unas cuantas horas antes había tenido que abrir, después de mucho tiempo, la habitación de Torja, había retrocedido por el susto. La había visto sentada en su mecedora, parecía estar viva. Su preciosa esposa con su vestido favorito, el de las florecitas. No estaba seguro de si habían transcurrido segundos o incluso minutos antes de percatarse de que no era Torja la que estaba allí sentada sonriéndole, sino las muñecas que ella tanto amaba.

Le costó apartar los ojos de la mecedora y hacer lo que tenía que hacer. Le partió el alma coger el fardo estrecho que yacía en la cama, envolverlo en plástico, atarlo, asegurarlo con un cordel y llevarlo al coche.

Pero no había otra opción. La policía regresaría con una orden que les daba permiso para registrar toda su casa.

Un timbre lo trajo de vuelta al presente.

Durante una milésima de segundo permaneció petrificado, luego metió las sábanas sucias bajo el brazo, fue con ellas al cuarto de baño, que ya estaba limpio, y las metió en la lavadora.

Tras arrancar la máquina, cogió el cubo con el agua de limpiar y se dirigió hacia la puerta de casa. Al abrirla se encontró cara a cara con la comisaria y su compañero.

–¿Podemos pasar? –preguntó la mujer.

Kennet negó con la cabeza.

–Lo siento. Acabo de fregar. El suelo está mojado. Preferiría que hablásemos de lo que sea que los ha traído aquí mismo. A no ser que hayan venido con la orden prometida. –Sin esperar su respuesta, pasó con el cubo a su lado, tiró el contenido en el sendero de gravilla que bordeaba la casa, con cuidado de no verter nada en el césped. Luego volvió junto a los policías y sonrió despreocupadamente–. ¿En qué puedo ayudarles?

–Se trata de su cuñado. –La mujer -Kennet creyó recordar que se llamaba Lykka o algo parecido- fue directamente al grano–. ¿Por qué no nos comentó antes que había secuestrado a una niña y que esta falleció durante el secuestro?

Él se encogió de hombros.

–¿Qué tiene que ver esa vieja historia con que hayan desaparecido dos niñas aquí en el pueblo?

–No se haga el tonto –le espetó el compañero de Lykka.

Kennet no se dejó intimidar y volvió a encogerse de hombros.

–El secuestro de la niña en Oslo no tiene nada que ver con los sucesos del pueblo. Además, no recuerdo que me hubiesen preguntado antes por Cai. De lo que se trataba más bien era de acusarme a mí, ¿no?

–Se han encontrado las bicicletas de las niñas en el fiordo de Sogne. No hay ninguna duda de que son las bicicletas de Kamilla y Hanna. ¿Entiende?

–¿Qué tengo yo que ver con todo eso?

–La niña que su cuñado secuestró tenía la misma edad que Hanna.

Kennet asintió con la cabeza e hizo una mueca.

–Lo sé –dijo por fin–. ¿Pero por qué iba a hacer Cai algo así? Si leyeron el expediente de entonces, y sé que lo han hecho, tienen que conocer la razón de por qué mi cuñado secuestró en su día a Elna.

–Claro que estamos al corriente del caso y conocemos las razones de por qué hizo lo que hizo –le explicó Lykka–. Pero aun así no dejo de preguntarme si en este caso que nos ocupa ahora Cai no podría tener otros motivos. Por ejemplo, castigar a Agnar Finstad.

Kennet resopló y bajó la mirada.

–Estaba preguntándome cuánto tardarían en averiguar que fue a Agnar a quien le rompí la nariz entonces.

–Y también sabemos por qué lo hizo. Agnar y sus amigos entraron a la fuerza en su casa y usted solo quiso proteger a su mujer y a sí mismo.

Kennet asintió con gesto sombrío.

–Exactamente. No me merecía ningún castigo, pero el padre de Agnar era un pez gordo e hizo todo lo posible para que me condenaran. Agnar y sus amigos fueron condenados según la Ley de protección a menores, y eso que habían sido ellos los que pusieron todo en marcha.

Lykka hizo un gesto de comprensión y admitió:

–Hubo muchas cosas que no se hicieron bien. –Le dirigió una mirada penetrante–. Aun así, me pregunto si de verdad es casualidad que sean precisamente las niñas de Agnar las desaparecidas. Después de haber sido vistas en su propiedad.

TRECE

HERMANSVERK

2019

Ingrid cogió el móvil con manos temblorosas. Identificó el número como el de la comisaria y se le heló la sangre en las venas.

–¿Qué ocurre? –quiso saber Julia, que se había quedado con ella mientras que los hombres se dirigían a casa de Wiik.

–Es Lykka Olsen –balbució Ingrid–. Me da miedo hablar con ella.

Julia entendió.

–¿Quieres que lo haga yo?

Ingrid hizo un gesto mudo de negación y aceptó la llamada.

–¿Hay novedades? –preguntó sin más rodeos.

Al otro lado del teléfono reinó por unos instantes el silencio, al que le siguió un pequeño suspiro.

–Sintiéndolo mucho, pero sí.

–¡Oh dios mío! –soltó Ingrid, palideciendo y sintiendo que el suelo cedía bajo sus pies–. ¿Han encontrado a las niñas? ¿Están vivas?

La voz de Lykka titubeó ligeramente.

–Hemos encontrado algo. Las bicicletas de sus hijas. Al menos creemos que son las suyas. ¿Puedo mandarle al móvil una foto de las bicis? Cuando usted y su marido las hayan visto, avísenos.

A Ingrid todo le daba vueltas.

–¿Dónde las han encontrado?

–En el fiordo de Sogne. Las encontró un pescador tras enganchársele el anzuelo en la bicicleta más pequeña.

Ingrid tenía la boca seca. De repente tuvo la sensación de no poder tragar nunca más.

–Imaginemos que son las bicicletas de mis hijas, ¿qué significaría?

Una vez más, silencio al otro lado. Y otro suspiro.

–Podría significar cualquier cosa –dijo la otra mujer.

–Quiero la verdad. –La voz de Ingrid apenas era un susurro.

–No sería una buena señal –admitió Lykka–. Aun así, quiero insistirle en que mantenga la calma. Hace horas que un equipo de buzos está buscando el fiordo en esa zona. Hasta ahora no hay señal alguna de las niñas, lo que es bueno porque significa que podrían seguir vivas.

Ingrid cerró los ojos y respiró hondo.

–¿Y si las arrastró la marea mar adentro? ¿Sería posible?

–En principio, sí –dijo Lykka–. Pero hasta ahora no hay indicio alguno de que las niñas estén en el agua.

–¿Van a seguir buscándolas? ¿No van a cancelar las batidas?

–¡Claro que no!

El móvil de Ingrid vibró.

–Creo que acaba de llegarme algo. –Ingrid apartó el móvil de la oreja, abrió el mensaje y quedó mirando fijamente la primera foto. Al reconocer la cesta blanca sujeta al manillar, empezó a llorar y pasó a la siguiente imagen.

–Son, sin lugar a duda, las bicicletas de mis hijas –balbuceó a través del teléfono que volvía a sujetar con fuerza contra la oreja.

–Vale –dijo Lykka e Ingrid comprendió que era la respuesta con la que había contado.

–¿Puede enseñarle las fotos también a su marido? Solo para asegurarnos al cien por cien.

–Agnar ha salido con los voluntarios a buscar a las niñas –mintió Ingrid–. No sé cuándo va a regresar.

–No pasa nada –le aseguró Lykka–. Cuando vuelva, muéstrele la foto y llámeme, por favor.

–Tengo mucho miedo –articuló Ingrid sin poder controlar las palabras que salían de su boca–. Cada vez que cierro los ojos, las veo. A mis niñas. Me imagino qué pasaría si no volviesen nunca más a casa. Me moriría, ¿lo entiende?

–Todavía no se sabe qué ha pasado –trató de tranquilizarla Lykka, pero Ingrid sabía que aquellas no eran más que palabras hueras.

–Tengo que colgar –murmuró–. Mi marido también debe enterarse de lo que ha pasado. Puede que tenga suerte y me coja el teléfono.

Finalizada la llamada, Ingrid dejó caer el móvil. Ella cayó de rodillas y con la cabeza entre las piernas lloró desconsoladamente. Una mano tocándole suavemente el hombro la hizo recordar que no estaba sola. Al alzar los ojos se encontró con los de Julia, que la miraban con una mezcla de preocupación y lástima.

–¿Puedo hacer algo por ti? –le preguntó Julia.

Ingrid hizo un esfuerzo para levantarse.

–Han encontrado las bicis de las niñas.

–Me he enterado.

–¿Qué opinas?

–Deberíamos llamar a Agnar. –Julia esquivó la pregunta.

Ingrid asintió, recogió el móvil del suelo y marcó el número de su marido. Ingrid contuvo la respiración mientras el móvil daba llamada. Al ver que Agnar no descolgaba, volvió a soltar el aire.

–¿Podrías probar con Sölve?

Julia cogió su móvil y llamó a su marido, pero tampoco él descolgó.

–Puede que no lo oigan.

Ingrid suspiró.

–No sé qué hacer.

–¿Cuándo fue la última vez que dormiste o comiste algo? No quiero que desfallezcas ahora.

–No tengo ni hambre ni sueño –bufó Ingrid. Al darse cuenta de su dureza, se disculpó con Julia.

–No te preocupes. Te entiendo –le aseguró esta. Forzó una sonrisa–. ¿Y si salgo en busca de Agnar? Creo que sería mejor que te acompañase él en estos momentos.

Ingrid hizo un gesto de negación con la cabeza.

–Déjalo. Está haciendo lo que tiene que hacer.

De repente oyeron pisadas fuera. Ingrid corrió aliviada hacia la puerta y la abrió de golpe.

Agnar, que estaba a punto de meter la llave en la cerradura para abrir, la miró sorprendido.

–¿Qué pasa?

–Ha llamado esa mujer –le explicó a su marido–. Han encontrado las bicicletas de nuestras niñas. Quiere que mires tú también las fotos, pero no hay duda de que son las suyas.

No fue hasta ese momento que Ingrid se fijó en la ropa de su marido. Su pantalón, la camisa, incluso las manos, estaban embarrados. Miró a Sölve que tenía un aspecto similar.

–¿Qué habéis hecho, maldita sea?

Sölve bajó avergonzado la mirada.

–Estuvimos en casa de Wiik –gruñó Agnar–. Primero nos escondimos en los arbustos y luego debajo de la terraza para poder observar la casa. Tardamos bastante en darnos cuenta de que el hijo de puta no estaba. Cuando por fin regresó, vi enseguida que ese cerdo se traía algo entre manos. La mala conciencia le salía por los poros. No hacía más que mirar por encima del hombro y se metió en casa a hurtadillas.

Ingrid hizo un gesto de desaprobación.

–¿Hablasteis con él? ¿Habéis descubierto algo?

–Estuvo limpiando la casa. –Esta vez fue Sölve quien habló–. Y cuando vino la policía, se negó a dejarles entrar. A mí eso me parece muy sospechoso.

Agnar asintió sombrío y miró a Ingrid.

–Y luego Sölve y yo timbramos a la puerta de todos sus vecinos y les preguntamos si habían visto algo. La vecina de enfrente nos contó que la policía ya había estado en su casa y se ve que Wiik los echó de allí. Además, la mujer jura que poco antes de desaparecer nuestras niñas, las vio en el jardín de Wiik.

Ingrid vio una ola de pánico dirigiéndose hacia ella.

–¿Y timbraste en su casa?¿Le preguntaste si había visto a nuestras hijas?

–Lo intentamos. –La respuesta vino de Sölve–. Pero no nos abrió.

Ingrid agarró a Agnar de la mano y lo arrastró hacia el interior de la casa. Luego le mostró las fotos de las bicicletas.

–Es la de Hanna ¿a que sí?

Su marido observó durante unos segundos la foto en el móvil y acabó asintiendo con la cabeza.

–Cuando se haga de noche voy a volver a casa de Wiik. Y esta vez no pienso tener la deferencia de timbrar amablemente.

–¿Qué quieres decir? –Ingrid se alarmó.

A Julia tampoco le gustó lo que acababa de oír.

–Hay que probarlo todo. Las batidas hasta ahora no han dado resultado. Implicar a los medios de comunicación tampoco fue la panacea esperada. –Trató de buscar las palabras adecuadas mientras la miraba con gesto serio–. Wiik es lo único que tenemos de momento, ¿vale? Sabemos que vieron a las niñas delante de su casa y que la policía ya lo ha ido a visitar varias veces. Que se niegue a cooperar con ellos lo hace aún más sospechoso. Cuando salió antes del coche llevaba escrito en la cara que había hecho algo malo, que oculta algo. Y si sí tiene algo que ver con Kamilla y Hanna, quiero saberlo.

–Así que vas a entrar en su casa a la fuerza –constató Ingrid consternada.

–A no ser que tú tengas la llave –le espetó de mala manera. Luego tragó, se acercó a ella y la abrazó–. No quería gritarte, pero tienes que comprender que no nos queda otra. La policía tiene que ir por lo legal, pero eso lleva su tiempo. Además, yo ya lo he probado por las buenas. Llamé al timbre de Wiik, llamé a su puerta como un loco y lo llamé a gritos. No me abrió y eso que

estaba en casa. Ese cobarde simplemente me ignoró.

–¿Pero por qué? –Ingrid no entendía–. Tendría que saber que ibas por lo de las niñas. ¿Por qué no abrió? Tiene que saber que eso ofrece una imagen muy rara de él.

–Y lo sabe. Créeme –gruño Agnar.

–¿Y tú? –Ingrid no ocultó sus sospechas–. ¿Tú qué me ocultas? Sé que entre tú y ese hombre hay algo. ¿Qué es? ¡Dímelo de una vez!

–Eso tendrá que esperar –se defendió Agnar–. No tiene importancia. Lo único que importa ahora son Kamilla y Hanna.

–¿Y qué tienes pensado hacer cuando te hayas metido en su casa? ¿Hablar con él? ¿Decirle, "Oye, perdona por entrar así en tu casa, pero estoy buscando a mis hijas"?

Agnar se la quedó mirando y se encogió de hombros.

–Más o menos, sí. Y quiero registrar la casa. Si las niñas estuvieron allí, tiene que haber alguna prueba. Algo. Y si se le ocurre negarse otra vez a hablar conmigo, pues tendré que insistir de manera más convincente.

–¿Pegarle, quieres decir?

Agnar la miró.

–Lo que haga es cosa mía. Cuanto menos sepas, mejor.

–Si tuviese a las niñas escondidas en algún sitio, tu acción sería contraproducente y, lo que es peor, podría perjudicarlas.

–Quedarme sentado de brazos cruzados tampoco es una opción. Tengo que hacer algo y lo mejor es empezar por ese hijo de puta.

Ingrid se sobresaltó cuando de repente sonó un móvil.

–Es el mío –se disculpó Julia. Miró la pantalla y dijo–: Es Selma. Tengo que cogerlo.

Se fue al salón para aceptar la llamada.

Mientras tanto Ingrid dividía su atención entre Sölve y su marido.

–¿Y tú qué opinas del fabuloso plan de mi marido?

Sölve la miró incómodo, pero admitió:

–Yo estoy con él. Agnar es mi mejor colega. Si se tratase de Selma, él también lo haría por mí. Lo sé.

–¿Y qué pasará si Wiik llama a la policía? Podrían deteneros. ¡Podríais acabar en la cárcel!

Sölve se encogió de hombros.

–Por eso no te preocupes. Wiik no va a tener ocasión de pedir ayuda. De eso ya me he encargado yo.

Ingrid frunció el ceño.

Sölve sonrió.

–Hay un aparato que bloquea la señal de los móviles. Y la línea fija también la hemos cortado, claro.

Ingrid se dio cuenta que algo iba mal al ver regresar a Julia.

–Tengo que irme ahora mismo –dijo la esposa de Sölve y parecía sentirse muy incómoda por ello–. Me encantaría seguir haciéndote compañía, pero mi peque me necesita. Tiene mucho miedo por su amiga. Está llorando desconsolada. Ni Gudrun ni Oline son capaces de calmarla. Por cierto, acabo de preguntarle si conoce a Wiik. Selma no recuerda si estuvo con las otras niñas alguna vez en su casa.

CATORCE

HERMANSVERK

2019

Se despertó al oír unos crujidos. Aunque no es que estuviese durmiendo, lo que se dice durmiendo, porque no había parado de dar vueltas en la cama. Los acontecimientos de los últimos días estaban empezando a hacer mella. No lograba tranquilizarse. Cada vez que se sentaba para tomar una copa de vino, o de algo más fuerte, para calmar los nervios, los veía. Primero a las niñas cuyas caras ya conocía gracias a internet y los carteles colgados por toda la ciudad. Luego a Cai. Y por último a su esposa. Cuando por fin lograba quedar dormido, soñaba con ella. Siempre el mismo sueño. Parecía querer decirle algo, pero él no lograba entender ni las palabras ni su sentido. Fuese lo que fuese, debía ser importante porque en cada sueño Torja se iba enfadando más por no lograr llegar hasta él.

Igual que ahora.

Había estado con él poco antes de oír aquel extraño crujido. La había tenido muy cerca, su preciosa cara, tan cerca que hubiese podido tocarla si no lo hubiese despertado el ruido.

Gimió y volvió a cerrar los ojos preguntándose si valdría la pena levantarse para ir a mirar. El revestimiento interior de la casa era de madera en su práctica totalidad. Torja y él lo habían decidido así porque en esta parte del país los inviernos eran más fríos que en Oslo.

El crujido bien habría podido ser de la madera que con los constantes cambios de temperatura tendía a expandirse.

Se dio la vuelta y volvió a cerrar los ojos.

Con un poco de suerte recuperaría el sueño de Torja. Sabía que eso era imposible, pero por qué no probar…

Ya casi había vuelto a adormilarse cuando oyó un leve chirrido. Venía de atrás. De la puerta tal vez.

Fue como si le hubiesen dado un mazazo cuando por fin entendió qué estaba pasando.

¡Alguien había entrado en su casa!

Es más…

En su dormitorio.

Se le tensaron todos los músculos del cuerpo y le costó una fuerza sobrehumana no saltar de la cama y demostrarles a los intrusos que sabía que estaban ahí.

No.

Tenía que mantener la calma.

Tenía que seguir haciéndose el dormido.

Se concentró en su respiración para que fuese regular. Volvió a sonar un chirrido. Pasos sobre la tabla suelta a pocos metros de su cama.

Los músculos se le endurecieron todavía más debido a la tensión.

Contó hasta diez, y de repente se incorporó y salió disparado hacia la puerta.

Un dolor agudo en el pecho lo obligó a detenerse. No fue capaz de respirar. Se desplomó. Todo le daba vueltas.

Dio con la cabeza en el suelo y tuvo que luchar contra el deseo de cerrar los ojos para así rebajar la intensidad del dolor. Su cuerpo quería oscuridad y la nada liberadora, pero sabía que si se dejaba ir, corría el riesgo de no despertar nunca más. Así que le hizo frente al dolor y se preguntó qué diablos le habían hecho sus atacantes.

–Cuánto tiempo sin vernos –dijo una voz masculina. Era una voz fría como el acero, pero no contenía maldad.

–¿Qué quiere? –logró preguntar a duras penas.

No obtuvo respuesta.

Pero notó cómo lo cogían de las piernas y tiraban de él y luego sintió una presión muy fuerte. Por el murmullo de voces distinguió que eran dos personas.

No se movió porque era consciente de que contra un atacante tal vez hubiese podido defenderse, pero contra dos no. Lo arrastraron por los tablones fríos y duros del suelo hasta llevarlo al pasillo, donde el parqué del dormitorio daba paso a una alfombra.

Dado que en el pasillo había algo más de claridad, consiguió vislumbrar la silueta de dos hombres. Los dos llevaban pasamontañas, lo que lo hizo respirar aliviado. Si hubiesen querido matarlo, no habrían ocultado sus rostros. Se relajó un poco hasta que empezaron a volver a tirar de él. Tragó porque comprendió que querían llevarlo a rastras hasta el cuarto de baño.

¿Qué tenían pensado hacerle?

–Por favor, chicos, llevaros lo que queráis e iros. –Se detuvo a pensar–. En el sótano hay una caja fuerte empotrada. Guardo mucho dinero en efectivo en ella. Os lo doy todo, ¿vale?

Un dolor sordo, casi demoledor, le atravesó el cuerpo. Se encogió, jadeó.

–¿Por qué…? –Le costaba mucho hablar–. ¿Qué queréis?

–En primer lugar, que te calles, ¿entendido? Como grites, te mato.

El otro atacante se acuclilló junto a él, le cogió el dedo índice y lo dobló con rabia hacia atrás.

Kennet cogió aire y cerró los ojos.

–Las niñas –siseó una voz–. ¿Dónde están?

–Ni idea –soltó–. ¿Cómo voy a saberlo?

¡Crac!

Un dolor agudo le subió desde la falange del dedo hasta el cerebro, donde pareció estallar como una bomba. Le costó un esfuerzo descomunal no gritar.

–Siguiente intento. Y esta vez dinos la verdad.

–Tío, ¿no será mejor que lo metamos primero en el baño?

Su atacante se detuvo por un momento para pensar.

–Quiero acabar cuanto antes con esto, ¿vale? –dijo por fin y volvió a dirigir su atención a Kennet–. Así que, ¿qué tienes que decir?

Kennet dijo entre sollozos:

–Por favor, juro que no sé nada.

Otro crac.

Esta vez el dolor estalló en el dedo corazón y el cerebro.

El dolor era tan fuerte que a Kennet le costó mucho no vomitar allí mismo.

–Si vuelves a mentirme, el próximo te lo corto. ¿Me has oído?

A través de la oscuridad logró identificar el contorno de unas tijeras podadoras.

–Sé quién eres –logró articular entre jadeos–. Eres el padre de las niñas. Agnar, ¿no?

El atacante se detuvo durante una milésima de segundo.

–¿Por qué apesta toda la casa a cloro? ¿Qué has hecho aquí dentro?

–He estado limpiando –jadeó Kennet sin poder reprimir una rabia repentina–. ¿Acaso está prohibido?

Otro dolor agudo en el dedo. Y luego algo caliente resbalándole por la mano.

–¿Les has hecho algo a las niñas y luego has eliminado las huellas? –La voz era puro odio–. ¿Eres uno de esos pervertidos a los que les van las niñas pequeñas?

–Estás loco, gilipollas –sollozó Kennet antes de sentir la presión en el dedo y luego un dolor incomparable con nada que hubiese sentido antes–. No les he hecho nada a las niñas –dijo entre arcadas–. Sé que no me crees porque crees que es por lo de antes, pero es la verdad. Yo no las tengo.

–¿Y esa habitación al final del pasillo? ¿Por qué está cerrada con llave? ¿Y dónde tienes la maldita llave?

–Es la habitación de Torja. Mi mujer. No entro casi nunca. Está todo igual que antes de… –No pudo seguir.

–¿La mataste tú? –quiso saber el otro hombre–. Yo creo que sí. Nadie se cree el cuento de que lo hizo ella sola.

–Mi mujer… estaba enferma. Mentalmente enferma. Yo jamás le hubiese tocado ni un solo pelo. Como tampoco atacaría a ningún niño.

Kennet notó algo metálico en la piel. Esta vez en la del dedo meñique.

–¿Dónde está la llave de la habitación?

Aquella voz no toleraba ninguna objeción.

–En el bolsillo de mis vaqueros. Están en mi habitación. En el suelo.

El hombre le preguntó a su compinche:

–¿Te encargas tú?

Sin mediar palabra, el otro se fue al dormitorio. Regresó unos segundos más tarde con la llave en la mano. A la altura de Kennet miró hacia abajo y le preguntó:

–Si entro ahí, ¿qué voy a encontrarme exactamente?

Kennet suspiró y guardó silencio.

La presión en el dedo era casi insoportable.

–Algo que no vas a entender.

El hombre no dijo nada y se dirigió hacia el fondo del pasillo. No habían transcurrido ni tres segundos cuando se abrió la puerta y Kennet vio el reflejo de una linterna.

–¿Qué demonios es esto? –El hombre se giró y lo deslumbró con la linterna.

–¿Qué ves? –quiso saber el hombre que seguía agarrándole el dedo con las tijeras. Su voz indicaba que estaba muerto de miedo. Kennet sabía que esos son los más peligrosos. No tenían nada que perder.

Observó cómo el otro volvía a girarse hacia la habitación de Torja.

–Aquí dentro apesta como en el culo de un mandril –gritó y desapareció en el interior de la habitación–. Como si hubiese un bicho muerto tirado por algún sitio.

–¿Ves algo que pueda ser de las niñas?

–Para ser sincero, no, pero deberías echarle un vistazo a todo esto. ¡Qué fuerte!

El hombre que estaba sobre Kennet parecía indeciso, pero entonces Kennet notó que la presión en el dedo se aflojaba. El hombre se incorporó y le dio un puntapié.

–No te muevas ni un solo milímetro, ¿me has oído? Si lo haces, te mato. ¿Entendido?

Kennet cerró los ojos dando a entender que sí.

–Joder –dijo al poco su torturador–. ¿Qué es todo esto?

–Estas cosas me dan miedo –comentó el otro–. Me siento observado.

–¿Has averiguado ya el origen del olor?

–Aquí no hay nada. Ya he mirado en todas partes. Debajo de la cama, en el armario. Todo normal. Bueno, a excepción de las miles de caras que te miran a través de esos ojos muertos.

Los hombres regresaron junto a Kennet.

–¿Qué significa esa habitación? –preguntó el torturador.

–Era la habitación de mi esposa. Ya he dicho que estaba enferma.

–¿Coleccionaba esas cosas?

Kennet asintió.

–¿Por qué?

–No tengo ni idea –resopló, aunque sabía muy bien de dónde procedía esa macabra pasión de Torja.

–Esa peste –Se inmiscuyó el otro–. ¿Qué es?

Kennet suspiró. No podía contarles la verdad. Ni siquiera ahora que su vida dependía de ello. Si lo contaba, pensarían lo peor y a saber lo que le harían.

–No sé de qué me estás hablando –espetó, sin tener en cuenta el hecho de que ese tono de voz podría desencadenar más dolor.

–¿Y ahora qué? –quiso saber el otro.

Sonó un zumbido.

El tío que tenía sobre él suspiró y sacó el móvil del bolsillo.

–¿Qué pasa? –gruñó y esperó.

Kennet distinguió la voz histérica de una mujer.

El hombre se puso rígido.

–¿Cuándo?

Durante un rato, silencio. Kennet se dio cuenta de que el cuerpo del hombre empezaba a temblar.

–Vale –dijo, esta vez con una voz cálida y cariñosa, en completo contraste al temblor de su cuerpo–. Estoy ahí dentro de un rato. Prometido. –Guardó el móvil. Se giró hacia su compinche y carraspeó–. Era… –Se interrumpió. Parecía estar pensando qué podía o debía decir–. Mi mujer. Está histérica. Dicen que acaba de llamar alguien a casa pidiendo un rescate.

QUINCE

SOGNDAL

2019

Lykka había repasado tantas veces los apuntes tomados durante la entrevista a Kennet Wiik que se los sabía de memoria. Le picaban los ojos y le dolía la cabeza porque la noche anterior apenas había pegado ojo. Y aun así no era capaz de apartar la vista de los apuntes, como si esperase ver de repente la respuesta a todas sus preguntas.

Se levantó para dirigirse a la oficina de Mikkel. Llamó a su puerta.

A pesar de no percibir ningún ruido en el interior, la abrió y miró dentro. Estaba vacía, claro. Llamó a la puerta de al lado y metió la cabeza por la rendija.

–¿Has visto a Mikkel? ¿Sabes si ya ha llegado?

Brianna, una joven que llevaba poco tiempo con ellos, negó con la cabeza.

Lykka miró nerviosa la hora, cogió su móvil y marcó el número de Mikkel.

Al no cogerle este la llamada, decidió que iría sola a la casa tutelada ubicada en la otra punta de la ciudad. Estaba ansiosa por hablar con ese Cai. La idea era que a esa hora de la mañana no se le ocurriría a nadie más ir a visitarlo. Sobre todo, a Wiik.

Sentada poco después en el coche, recordó que el hombre sufría una discapacidad mental por lo que tendría que emplear una estrategia completamente diferente a la hora de interrogarlo.

Puso el motor en marcha y arrancó, con la intención de idear un plan durante el trayecto para penetrar en la cabeza confusa de Cai. Desde que había descubierto que ese hombre era en parte responsable de la muerte de una niña pequeña, a Lykka la perseguía la idea de que tal vez también tuviera algo que ver con la desaparición de Kamilla y Hanna. Con cada hora que pasaba, aumentaban sus sospechas. Ni las batidas que seguían peinando la zona de Hermansverk y Leikanger, ni el aviso emitido por los medios de comunicación a nivel nacional habían dado resultado alguno. No había ni rastro de las niñas.

El padre también había identificado las bicicletas encontradas en el agua, añadiendo al asunto otro sabor amargo más. Lykka no había querido ser tan explícita con la madre, pero la aparición de las bicicletas, y aun por encima en el fiordo de Sogne, no era buena señal. Había solicitado más buzos para poder ampliar la zona de búsqueda bajo el agua, esta vez con cadáveres en mente. De hecho, Lykka empezaba a creer que pronto los encontrarían.

Y si así era, el hallazgo originaría más preguntas. ¿Cómo podía haber sucedido? Según los padres, tanto Kamilla como Hanna sabían nadar. Aunque había días en los que la corriente era muy peligrosa, sobre todo en la zona costera. ¿Podría tratarse de un accidente trágico, un ahogamiento de dos niñas a la vez?

Una explicación más plausible sería que alguien hubiese tirado las bicicletas, y a las niñas, al agua para ocultar con ello una acción tenebrosa.

Alguien cuyo intelecto mermado le había impedido ver que las bicicletas no se hundirían en

aquella zona.

Por supuesto durante la investigación también había barajado la opción de los padres. Había investigado tanto a Agnar como a Ingrid, pero esa línea de investigación no había dado ningún resultado. La madre había estado de compras en Sogndal y el padre llevaba horas esperando a las niñas. Había testigos que la habían visto en la ciudad y muchos vecinos habían confirmado haber visto al padre buscar a sus hijas desesperadamente.

La reacción de Agnar, cuando había abofeteado a su mujer durante la reunión por creer ella que todo era cosa de Kamilla, no hacía más que confirmar que ese hombre era súper protector con sus bebés. Las protegía incluso de su entorno más cercano. Lykka había investigado en intranet para localizar los agresores sexuales de la zona y le había encargado a su equipo ir a hablar con ellos y comprobar sus coartadas. Otro callejón sin salida. Habían dado con las direcciones, pero uno de los hombres tenía sesenta y ocho años y padecía demencia senil. Quedaba por lo tanto descartado como sospechoso. El otro era un tipo al que su ex lo había acusado de haberla violado. Lykka había ordenado que lo investigasen, pero había sido mero formalismo. No encajaba en el perfil. La verdad era que ya no le quedaba mucho más de qué tirar, excepto esperar a que se abriera inesperadamente alguna otra puerta. Y bueno, Cai Borgen podía ser esa puerta.

Aceleró y respiró aliviada cuando apenas cinco minutos más tarde estacionó el coche en el aparcamiento de las instalaciones. Se apeó y echó un vistazo alrededor.

El ayuntamiento no había podido escoger un sitio más bonito para una institución de ese tipo. El edificio principal estaba compuesto por una construcción baja de dos pisos, pintada de rojo con bordes blancos en los ventanales. Las unidades residenciales eran diminutos bungalós situados alrededor de la casa principal. No recordaba en nada a las típicas residencias para ancianos y enfermos. Más bien un *resort* vacacional. Había unas espléndidas vistas sobre la bahía y los fiordos de poniente. El entorno resultaba tan idílico que la propia Lykka olvidó por un instante el motivo de su visita.

Dio media vuelta y se dirigió al edificio principal. Entró en el recibidor y respiró aliviada al ver que ya había una recepcionista en el mostrador. Lykka puso la mejor de sus sonrisas y se dirigió a la mujer.

–Querría visitar a Cai Borgen. ¿Sería tan amable de decirme dónde puedo encontrarlo?

La mujer hizo una mueca de lamento.

–No se reciben visitas hasta después del desayuno –le explicó–. Es cierto que nuestros residentes llevan una vida bastante independiente, pero eso no quita que haya que respetar ciertas normas. Entre ellas: nada de visitas antes de las nueve.

Lykka asintió con la cabeza. Luego se encogió de hombros y dejó con un sonoro golpe su placa policial sobre el mostrador.

–No tengo tiempo. Quiero hablar con él. ¡Ahora! –Era muy consciente de lo dura que sonaba, pero dado que la amabilidad no le había servido de nada, pues habría que tirar de esta vía.

La mujer palideció, se fijó en la identificación que yacía ante ella y miró casi incrédula a Lykka.

–El caso es que la… cuidadora de Cai no está. Solo viene tres veces a la semana y hoy no le toca.

Lykka sonrió.

–Es que no quiero hablar con la cuidadora. Lo que quiero es ver a Cai Borgen. Quiero hacerle unas preguntas, e incluso diría que es mejor que estemos solos para ello.

La recepcionista suspiró aún más fuerte.

–A veces Cai se pone un poco difícil –admitió por fin–. No todo el mundo se las arregla bien con él. A veces surgen problemas y no sé cómo va a reaccionar con usted.

Lykka arqueó las cejas.

–Me las arreglaré, prometido.

La mujer aceptó, tecleó algo en el ordenador y volvió a mirarla.

–La segunda casa a la izquierda. Letra A. Vive en la planta baja, pero ándese con ojo. No necesitamos más dramas esta semana.

–¿Es que hubo algún problema hace poco? ¿Con él?

–Sí, la última vez tuvo que venir su cuñado. Se meó en los pantalones y luego se negó a cambiarse. Incluso nos levantó la voz. Tuvimos que sedarle. Y hacía tiempo que no lo hacíamos. Como siga así vamos a tener que internarlo.

Lykka tragó.

–Cai, ¿es el único joven que tienen aquí?

Negación con la cabeza.

–Somos un centro que cuida a gente que no puede estar sola las veinticuatro horas del día. El ayuntamiento nos dejó el terreno por un módico precio, pero el resto lo financia el sector privado. Y por esa razón aquí no hay restricciones de edad o historial.

–Entonces, ¿todo esto lo paga el señor Wiik?

La mujer se lo confirmó.

–Y además, se ocupa de Cai. Suele venir varias veces a la semana. Y eso que la relación entre ambos debe de ser complicada.

–¿Conocía usted a la esposa de Wiik? ¿A Torja?

La recepcionista mudó de semblante.

–Torja Wiik era una mujer muy afable. Y adoraba a su hermano. Y viceversa. Siempre que venía a visitar a Cai, él después estaba mucho mejor. Pero desde su muerte es como si se hubiese muerto también algo dentro de Cai. Está muy triste. Se pasa horas ido. Apenas habla. La verdad es que el pobre me da mucha pena.

–¿Está usted al tanto de su pasado? –Lykka no pudo contenerse.

La otra mujer la miró sin comprender bien.

–Nació con una discapacidad. Tuvo un pasado muy complicado. Esa es la razón de por qué Kennet y Torja lo sacaron de Oslo cuando fallecieron sus padres, que eran quienes lo cuidaban.

Lykka abrió mucho los ojos.

–¿Esa es la historia que difundieron los Wiik? –Soltó una risa amarga.

La mujer frunció el ceño.

–¿A qué se refiere?

Lykka reflexionó unos instantes y luego inspiró hondo.

–Cai Borgen es el responsable de la muerte de una niña de siete años. La secuestró y la pobre niña falleció en el coche durante el transcurso de la acción. Lo encerraron por ello en una institución en Oslo. Los Wiik se lo trajeron para aquí cuando le dieron el alta. Para tenerlo cerca. Y yo he venido porque desde anteayer faltan dos niñas. Eso y el pasado de Cai me hacen suponer que podría resultar muy útil mantener una conversación intensiva con el señor Borgen.

A los dos minutos estaba llamando a la puerta de Cai, preguntándose si había sido buena idea ir de prepotente y revelar quién era en realidad Borgen. Por la expresión consternada de la recepcionista, la noticia estaría pronto en boca de todos. Eso por un lado, y luego el hecho de que había ido para hablar con él sobre Kamilla y Hanna.

Al primer toque a la puerta no ocurrió nada. Volvió a llamar y respiró aliviada cuando oyó pies arrastrándose. Había despertado a Borgen. Llevaba puestos unos gayumbos con dibujitos de coches de carreras y una sudadera con el logo de un súper héroe. Al ver el aspecto arrugado de aquel hombre rubio de ojos azules y verlo bostezar, sintió algo parecido a lástima.

Aquel hombre ni daba miedo ni parecía peligroso, sino más bien un bebé enorme que quería que lo abrazasen.

Se dio cuenta de que el plan que había perpetrado no serviría para llegar hasta Cai.

–Tú debes de ser el hermano de Torja –dijo y le dedicó una amplia sonrisa–. Soy una vieja amiga de tu hermana –le mintió descaradamente.

A Cai se le iluminaron los ojos al oír el nombre de su hermana.

–¿Puedo pasar? –preguntó Lykka. Cai se apartó sin ofrecer resistencia alguna. El diminuto piso olía a limón. La sala estaba amueblada con muebles de Ikea. Y todo, incluida la cocina, estaba limpio como los chorros del oro.

–¿Eres tú el que se encarga de limpiar el piso? –preguntó Lykka sorprendida.

Cai asintió entusiasmado.

–Me enseñó Torja. Dice que el orden y la limpieza lo son todo.

–Eso es cierto. –Lykka se rio–. La echas de menos, ¿verdad?

Él no dijo nada, pero asintió con la cabeza.

–¿Y Kennet cuida bien de ti? Porque es lo que ella quería, ¿a que sí? Ella solo quería que tú estuvieses bien. Me lo dijo ella misma.

Él la miró y con una sonrisa de oreja a oreja dijo:

–Era mi mejor amiga.

–¿Sabes lo que le pasó?

Cai bajó la mirada y al volver a alzarla, Lykka vio que estaba llorando.

–Estaba enferma, dijo Kennet. Muy enferma. Y dice que murió por mi culpa.

Lykka lo miró sorprendida.

–¿Y por qué iba a ser culpa tuya?

Cai se estremeció.

–Dice que yo la hice enfermar. Que ella odiaba lo que yo había hecho. Y que ojalá me hubiese muerto yo y no ella.

–¿Y qué hiciste? –preguntó Lykka con cuidado.

Cai se encogió de hombros y volvió a bajar la mirada.

–¿Qué hiciste, Cai?

Él hizo un gesto de negación con la cabeza. Finalmente susurró:

–Nada.

Lykka no supo cómo catalogar la respuesta. ¿Estaba mintiendo? ¿Lo había olvidado todo? ¿Había borrado aquel suceso de su mente? ¿Tendría que ver con su discapacidad?

Y de repente a Lykka la sobrevino una ola de rabia al pensar en Kennet Wiik. Una cosa era que este hombre que estaba ahora frente a ella fuese el responsable de la muerte de una niña pequeña, pero eso no le daba ningún derecho a machacarlo aún más por culpa del fallecimiento

de su esposa.

–Yo creo que Torja simplemente se cansó de vivir –supuso Lykka. Y por decir algo añadió–: Pero no tuvo nada que ver contigo.

Él asintió triste.

–Siempre quiso ser mamá. Y Kennet tenía muchas ganas de jugar al fútbol con su hijo. Me lo dijo Torja. Ella tenía mucho miedo de que Kennet la dejase por no poder tener hijos.

–¿Y por eso te llevaste a esa niña? –Lykka habló sin pensar.

El hombre se la quedó mirando fijamente y empezó a temblar. Luego negó con la cabeza repetidas veces.

–Kennet se va a enfadar conmigo –murmuró con una voz muy aguda–. Me va a odiar. A lo mejor me abandona para siempre… –Mientras iba murmurando para sí, balanceaba el cuerpo hacia delante y hacia atrás, mirándola sin verla.

–¿A qué te refieres? –preguntó Lykka con un hilo de voz–. ¿Por qué va a odiarte? ¿Por las niñas?

Pero Cai ya no le hacía caso. Parecía haberse retirado a su propio mundo.

Lykka suspiró y se levantó para dirigirse a la puerta. Ya casi había salido, cuando le llamó la atención algo que entreoyó en el murmullo de Cai. Se giró despacio y se lo quedó mirando fijamente.

–Pobre niña muerta –repetía en un susurro casi cantado, y con los brazos en una postura como si estuviese meciendo un bebé.

A Lykka se le pusieron los pelos de punta.

–¿De qué niña hablas? –le preguntó nerviosa, pero ya no hubo manera de llegar a Cai. Se había ido. Muy lejos…

DIECISÉIS

HERMANSVERK

2019

Ingrid había perdido la noción del tiempo. No sabía si habían pasado segundos, minutos u horas desde la llamada. Lo que sí sabía era que aquella llamada lo cambiaba todo. Alguien tenía a las niñas en su poder, eso estaba claro. Alguien que pedía dinero para que ella pudiera recuperarlas.

Cinco millones de coronas era lo que había exigido aquella voz susurrada.

Cinco millones y nada de policía.

La voz había afirmado tenerla vigilada. Que ni se le pasara por la cabeza pedir ayuda a las autoridades.

A Ingrid le faltaba el aire.

El mero hecho de imaginar a su Kamilla y su Hanna en poder de gente sin ningún tipo de escrúpulos provocaba en ella una sensación de pánico como nunca había sentido.

Obviamente le había suplicado a aquella persona que la dejara hablar con sus hijas, pero no le había hecho ni caso.

Lo único que le quedaba era rezar para que sus niñas estuviesen bien, estuviesen donde estuviesen.

Ni quiso imaginarse el miedo que estarían pasando.

¿Tendrían hambre?

¿Sed?

¿Estarían heridas?

Ingrid tragó aire al darse cuenta de que las niñas seguramente se habían resistido y defendido y que podían haber resultado heridas en el intento.

Miró hacia la puerta y luego su reloj de muñeca.

¿Por qué demonios estaba tardando tanto Agnar?

Ya hacía un buen rato que lo había llamado para informarle. ¿Y si había salido algo mal al intentar hacer hablar a Wiik? Se le revolvió el estómago. Si Agnar y Sölve realmente habían entrado en la casa de Wiik, bien podría ser que este hubiese tenido tiempo de llamar a la policía. No quería ni pensar en las consecuencias que eso tendría para la situación de sus hijas. ¿Y para ella? Quedaría completamente sola a la hora de decidir cómo continuar.

¿Y si Kennet había neutralizado a Agnar y a Sölve?

¿Estarían su marido y el mejor amigo de este tirados por ahí, atados de pies y manos mientras que ella temía por la vida de Kamilla y Hanna?

Soltó un grito de susto -¿o fue de alivio?- al oír unos pasos acercándose a la casa. Ni diez segundos después oyó también el ruido de la llave en la cerradura. Saltó de la silla y salió corriendo al pasillo. Directa a los brazos de Agnar. Sölve, que estaba a su lado, parecía haber visto un fantasma. La noticia debió de impresionarlo también mucho a él.

Su marido la mantuvo abrazada durante una milésima de segundo, pero luego la apartó y la miró.

–Explícame lo de la llamada. Sin omitir nada. Empieza por el principio.

Ella asintió y cogió aire.

–Fue apenas una hora después de iros tú y Sölve. Fue una llamada al fijo. No indicaba el número.

–¿Qué ponía exactamente en el teléfono? ¿Número desconocido? ¿Oculto?

Ingrid suspiró.

–No me fijé –admitió–. Pensé que sería alguien de los equipos de búsqueda o la policía.

–La llamada aún tiene que estar en la lista –dijo Agnar–. Dame el auxiliar con el que cogiste la llamada.

Ingrid le precedió hasta la cocina y le entregó el aparato.

Lo vio manipularlo, pero acabó soltando un suspiro apenado.

–No hay manera de llegar a la llamada.

Le devolvió el aparato y prosiguió:

–¿Qué dijo exactamente? ¿Qué voz tenía? ¿Le dijiste que querías hablar con las niñas?

Ingrid estaba nerviosa.

–No pude distinguir si era un hombre o una mujer porque la voz no era más que un susurro distorsionado. Claro que le rogué que me dejase hablar con las niñas, pero no me hizo caso. Lo único que dijo fue nada de policía y que tenemos hasta mañana por la tarde para conseguir cinco millones de coronas. Nos volverá a llamar para comunicarnos el punto de encuentro. La voz dijo que si cooperamos y hacemos lo que nos dice, a las niñas no les pasará nada.

Agnar la cogió por los brazos.

–¿Qué dijo exactamente, qué les pasó a las niñas? Quiero sus palabras exactas.

Ingrid soltó aire.

–La llamada solo duró unos segundos. Yo descolgué y él o ella empezó a hablar directamente. La voz dijo que tiene a mis hijas y que si no quiero que les pase nada, que me las arregle para conseguir cinco millones hasta mañana. Le pregunté si las niñas estaban bien, si podía hablar con ellas, pero la voz solo dijo que nada de policía y que nos tendría vigilados. Y luego silencio.

Agnar la soltó y miró a Sölve.

–Yo no tengo esa cantidad de pasta. Ni de lejos. Al menos no a mano. Tenemos casi todo metido en inversiones fijas.

–Pues tendrás que cancelar los contratos –intervino rápidamente Ingrid–. Lo mejor será que saquemos todo lo que tenemos en las cuentas y para el resto, cancelamos algún fondo.

–Las cosas no son así de fáciles –le explicó Agnar–. Al menos no de un momento para otro. Hace falta un período de espera.

–Pues pedimos un préstamo. Hemos invertido mucho dinero en acciones y mierdas de esas. Deberían concedernos un préstamo sin problema.

–Eso también lleva su tiempo –se inmiscuyó Sölve–. Y más tratándose de cantidades tan grandes.

–¡Tiene que ocurrírsenos algo! –gritó Ingrid desesperada–. ¡Quiero que me devuelvan a mis bebés! A saber dónde las tienen retenidas. Puede que se estén muriendo de frío o de hambre. Y tienen que estar muertas de miedo.

Agnar la miró con una expresión que no supo interpretar.

–¿Así que estás dispuesta a entregarles el dinero? ¿A dejar a la policía al margen?

Ingrid lo miró incrédula.

–¿Acaso tú no?

Él se encogió de hombros.

–¿Tienes idea la de veces que esas entregas salieron mal porque la gente pensaba que sería inteligente cumplir las exigencias de esos criminales malnacidos?

Ingrid le presentó una hipótesis.

–Imaginemos que llamamos a la policía para que nos ayuden. ¿Serías capaz de perdonarte alguna vez en la vida si por culpa de eso a las niñas les pasa algo? ¿Y si esos criminales efectivamente están oyendo lo que estamos hablando aquí? ¿Y si nos observan y se enteran de que aparece la policía por casa?

–¿Y tú podrías perdonarte si les entregas a esos hijos de puta el dinero y aun así les hacen daño a las niñas? ¿Solo para asegurarse de que no cuenten nada? –Se detuvo y la observó fijamente–. Yo solo puedo hablar por mí, cariño, y sé que te odiaría si a una de mis hijas, o a las dos, le pasase algo, solo porque nosotros no lo intentamos todo por ser unos cobardes. –Se dirigió a Sölve–. ¿Tú qué opinas?

–No tengo ni pajolera idea, tío. Sabes que no tengo pasta, así que para mí la única opción sería meter a la policía en el asunto.

Agnar carraspeó y miró a Ingrid.

–Avisamos a la policía, ¿vale?

–¡No! –A Ingrid se le hincharon las venas del cuello–. Volvamos a pensar otra vez con calma en las opciones que hay. Por favor.

Agnar soltó un gemido de impaciencia y miró a Sölve, que parecía estar a punto de desmayarse.

–¿Podrías dejarnos un momento a solas?

Sölve asintió.

–De todos modos yo …. No debería dejar a Julia tanto tiempo sola.

–Gracias por tu ayuda –dijo Agnar.

–Llámame si hay algo más que pueda hacer, ¿vale?

Agnar hizo un gesto de afirmación y acompañó a su amigo hasta la puerta. Regresó junto a su mujer, llevando escrito en la cara que había tomado una decisión.

–Hay algo que me da mala espina en todo esto –le explicó.

–¿A qué te refieres? –Ingrid lo miró fijamente.

Agnar se encogió de hombros.

–¿Por qué precisamente ahora? Quiero decir, las niñas ya llevan dos días desaparecidas, ¿por qué llama justo hoy para pedir el rescate? Y después de que hayan aparecido las bicis en el fiordo de Sogne. ¿Y si esa gente lo único que quiere es aprovecharse de la situación y timarnos?

–¿Qué estás queriendo decir? –La ira se estaba apoderando de Ingrid–. ¿Que no quieres gastar el dinero, pero sí arriesgar la vida de tus hijas?

Agnar hizo un gesto de negación.

–Cariño, en serio, por favor. Párate a pensar. Nuestras niñas llevan desaparecidas varios días. ¿Por qué esta llamada precisamente ahora?

Ingrid tragó.

–Y por eso mismo quiero involucrar a la policía, ¿entiendes? Si alguien entiende de peticiones de rescate, esa es la Brigada criminal.

–¿Qué pasa con Wiik? ¿Ha dicho algo? ¿Pudo haber sido él?

–¿La persona que llamó? No creo. –El rostro de Agnar se ensombreció–. Hemos registrado

toda la casa y le hemos presionado. Dice no saber nada y Sölve cree que dice la verdad. Pero yo… –Dejó la frase sin terminar.

–¿Qué?

–Tendrías que ver aquello –gruñó Agnar–. Hay una habitación en la primera planta que te pone los pelos de punta.

–¿Por?

–Para empezar huele muy raro. Como a podrido. Hemos puesto todo patas arriba, pero no hemos encontrado nada. Y luego las muñecas esas. Tiene que haber cientos de ellas, repartidas por toda la habitación. Te miran fijamente, ¿entiendes? Daba miedo.

Ingrid hizo una mueca.

–¿Que Wiik tiene cientos de muñecas en su casa?

–En la casa no. En esa habitación. Allí están por todas partes: en las estanterías, encima del armario, sentadas en sillas a una mesa, en la mecedora. Algunas hasta están metidas en cama. Y llevan ropa de bebé de verdad. Nada de ropita de muñecas, no, peleles y esas cosas…

–¿Y Wiik qué explicación da?

–Dice que es la habitación de su mujer y que estaba enferma.

–¿Y el olor?

–Para mí que Wiik sabía muy bien a qué me refería cuando se lo dije, pero se negó a hablar. Hizo como si solo fuesen imaginaciones mías y de Sölve. El caso es que… –Agnar resopló–. Toda la casa olía a lejía. A algún detergente fuerte. Como si acabase de pulir el suelo de la casa. Excepto esa habitación tan rara.

–O sea, ninguna pista que indique que las niñas hayan podido estar en su casa.

Negación.

–Pero salió por la tarde. Ya te lo conté. ¿Y si se las llevó entonces?

–Ya, ¿pero y la llamada? Vosotros estabais con él cuando me llamaron.

–Ya sé que no pudo haber sido él, pero podría tener un cómplice.

Ingrid le dedicó una mirada de incredulidad a su marido y suspiró.

–O puede que no tenga nada que ver con todo esto. ¿Has pensado en esa opción? Puede que te estés emperrando con la persona equivocada. Es posible que Wiik sea completamente inocente en lo que respecta a nuestras hijas.

Agnar desvió la mirada.

–Me estás ocultando algo.

Su marido guardó silencio.

–¿Qué le hiciste? –insistió Ingrid.

–No va a decir nada. Prometido.

–¿Le hiciste daño?

Agnar hizo un gesto de afirmación.

–¿Y si llama a la policía? Vendrán a buscarte y te encerrarán. Yo no puedo con esto sola.

–No va a decir nada.

–¿Acaso le habéis…?

–No –la interrumpió Agnar–. Dadas las circunstancias se puede decir que está bien. Solo le hemos dejado claro que eso cambiará si va a la policía. Y creo que lo ha pillado.

Ingrid tragó. Los pensamientos se agolpaban en su cabeza.

–Por favor –soltó finalmente–. No vayas a la policía. Que sea el destino el que decida qué debemos hacer.

Agnar frunció el ceño.

–¿Qué? ¿Quieres dejar la vida de nuestras hijas en manos del destino?

Ingrid negó con un movimiento fuerte de la cabeza.

–Tengo una idea. Tan pronto abra el banco, llamamos. Preguntamos cuánto tiempo lleva juntar tanto dinero. Si lo conseguimos, que así sea. Entonces lo intentamos. ¿Vale? Le entregamos el dinero a esa gente y recuperamos a nuestras hijas. Y si el banco se niega, pues aún estamos a tiempo de buscar otra solución.

–Cariño –insistió Agnar– Sé que estás muy asustada, pero eso… Eso no es lo correcto. Tenemos que avisar a la comisaria y contarle lo que ha pasado. Que decida ella.

–¡Que son nuestras hijas! –gritó Ingrid–. ¡Las quiero de vuelta, sanas y salvas! Si les pasa algo, me muero.

–Lo sé. A mí me pasa lo mismo.

–¿Qué pasa si esa gente ha puesto micrófonos en nuestra casa y están oyendo lo que estamos hablando? Entonces sabrán si contactamos con la policía.

–¿Micrófonos? ¿Pero cómo iban a meter micrófonos en casa si no hemos salido ni un solo momento?

–Cuando lo de la reunión. La casa quedó sola. Además, a las niñas las han secuestrado a plena luz del día. ¿En serio crees que les costaría meterse aquí sin ser vistos? Esa gente se las sabe todas. ¿No entiendes que, si se enteran de que avisamos a la policía, matarán a Kamilla y a Hanna?

–Así que tu idea es quedar aquí sentados, esperando a que abran los bancos. ¿Y luego?

–Luego vas e intentas sacar nuestro dinero y lo traes. Cuando esa gente vuelva a llamar para decirnos el punto de encuentro, arrancamos. Hacemos lo que nos piden y nos devuelven a nuestras hijas. Así de sencillo.

Agnar se la quedó mirando sin decir nada en un principio. Luego dijo:

–¿En serio quieres hacerlo?

–Hay algo que me dice que es la mejor manera de recuperar a las niñas.

–Y a mí hay algo que me dice que lo mejor es ir a la policía.

–Agnar, por favor, deja que lo intentemos al menos. ¿Qué vale el dinero en comparación con la vida de nuestras niñas?

–¿Crees que me importa el dinero? –El rostro de Agnar se había convertido en una máscara furiosa.

Ingrid le sostuvo la mirada sin decir nada.

–¿Estás loca? Lo daría todo, hasta mi vida, con tal de recuperarlas. ¡La pasta me importa una mierda! Es solo que este asunto me huele mal. ¿No lo ves?

–¿Por qué? –soltó Ingrid–. Esa petición de rescate es lo único que por fin le da algo de sentido a la desaparición de las niñas. Quiero decir, ¿por qué si no iban a secuestrarlas?

–Hace poco estabas convencida de que era cosa de Kamilla. Pensabas que le había hecho daño a Hanna y que por eso no se atrevía a volver a casa.

–Eso fue un gran error –admitió Ingrid–. Lo pensaba por lo que había escrito en el diario y por lo que había dicho Oline. Estaba completamente desesperada y necesitaba dar con una explicación para todo esto.

–¿Y ahora qué te hace creer que la persona que ha llamado y pedido el rescate también tiene a las niñas? ¿Por qué no te dejó hablar con ellas? ¿Acaso cuando se pide un rescate, lo normal no es dar una señal de vida, demostrar que los secuestrados siguen vivos?

–¿Una señal de vida? –Ingrid se sobresaltó–. ¿De dónde has sacado eso?¿De la tele?

Agnar se encogió de hombros.

–¿Y eso qué más da? Tiene su lógica. Si realmente tienen a nuestras hijas, ¿por qué no pudiste intercambiar ni una sola palabra con ellas?

–Porque la realidad no es una película. Puede que lo hayan planeado todo hace mucho tiempo. Alguien que, por la razón que sea, no nos quiere bien. Alguien con quien hayas tenido problemas en el trabajo, por ejemplo. Alguien que sabe que tienes dinero. Porque el secuestrador sabe que vamos a ceder, llevados por el pánico. Por eso tardó tanto en contactarnos. Quería mantenernos en vilo, ponernos nerviosos, que el pánico escalase, para que no dudásemos ni un solo segundo a la hora de entregarles el dinero.

Agnar se paró a pensar en los argumentos de su mujer.

Acabó cediendo.

–Vale, esperemos a que abra el banco y ya veremos qué se puede hacer.

Eran las tres de la mañana pasadas e Ingrid seguía sin poder pegar ojo. Agnar le había insistido para que tomase un somnífero, para descansar al menos un poco, pero no había servido de nada. El corazón seguía latiéndole a mil por hora mientras que en su cabeza repetía una y otra vez la llamada. Sí, había convencido a Agnar para entregar el dinero, en caso de que el banco colaborase, pero empezaba a dudar de la viabilidad de su plan. ¿Y si su marido estaba en lo cierto y esos monstruos acababan matando a sus hijas a pesar de todo? ¿Y si ya estaban muertas? La sola idea le rompía el alma.

El dolor de la pérdida era peor que cualquier cosa que hubiera sufrido hasta ahora.

La cesárea de Hanna, el parto relámpago de Kamilla – un paseo comparado con lo que estaba sufriendo en estos momentos. Decían que si a los hijos les pasaba algo, los padres lo sentían en sus propias carnes, pero no era cierto. No sentías nada de nada. Sentía dolor porque sus bebés no estaban con ella y porque no sabía si seguían con vida o no, o si volvería a verlas. La petición del rescate al principio le había devuelto la esperanza de que podría haber un final feliz, pero las dudas de Agnar la habían hecho dudar también a ella.

Se sobresaltó al oír un leve crujido.

¿Qué había sido eso?

Buscó en la oscuridad el interruptor de la luz. La claridad repentina la deslumbró al principio.

¿Había alguien en el pasillo?

Recordó que Agnar había insistido en que no quería dormir.

Suspiró aliviada.

Había sido él. ¿Quién si no? ¿Y si no?

Una voz en su interior la hizo estremecerse.

–¿Agnar? –Lo llamó con apenas un susurro de voz.

Nada.

–¿Cariño, eres tú?

Silencio.

Si es tu marido, ¿por qué no contesta?

El corazón se le aceleró.

Apartó las mantas y sacó las piernas de la cama, pero luego dudó.

Su cuerpo le estaba pidiendo a gritos volver a meterse en cama y esconderse bajo las sábanas.

Se armó de valor y se levantó.

¿Y si era la persona que había llamado por teléfono?

El secuestrador de sus hijas, que se había enterado de que, al menos de Agnar, no podía fiarse?

El pánico se apoderó de ella.

La paralizó.

Quería… no, tenía que bajar y ver si su marido estaba bien.

Se acercó a hurtadillas a la puerta, la abrió un poco e inspeccionó el pasillo.

Nada.

En silencio, fue dando pasitos. Se fijó en que la puerta que daba a la habitación de su hija mayor estaba abierta. El corazón se le detuvo. Estaba completamente segura de que antes de acostarse estaba cerrada.

Miró dentro y respiró aliviada al comprobar que estaba vacía.

Seguramente se habría equivocado.

O puede que Agnar hubiese subido para comprobar si todo estaba en orden.

–¿Cariño? –volvió a llamarlo en voz baja–. ¿Estás aquí?

El silencio resultaba casi doloroso.

Tragó saliva y bajó las escaleras. A primera vista abajo también parecía todo en orden. El pasillo estaba vacío; la puerta de la entrada, cerrada.

De repente oyó unos gruñidos.

Procedían del salón.

Ingrid se armó de valor, se dirigió decidida hacia los ruidos y abrió la puerta de golpe.

Era Agnar, que se había quedado dormido en el sofá.

Se le pasó por la cabeza dejarlo seguir durmiendo, pero entonces recordó el crujido de antes.

Tenía la boca como un estropajo.

Si Agnar estaba dormido aquí abajo, ¿qué demonios había causado aquel ruido?

Un tintineó atravesó el silencio de la noche.

¿Había venido de abajo?

Ingrid gritó.

–¿Qué ha sido eso? –preguntó Agnar. El grito lo había despertado.

Durante una milésima de segundo Ingrid no fue capaz ni de moverse ni de hablar.

–Hay alguien en casa –soltó de repente–. Antes arriba y ahora en el sótano.

DIECISIETE

SOGNDAL/HERMANSVERK

2019

El médico lo miró incrédulo.

–¿Un accidente dice?

Kennet asintió.

–Estaba trabajando en mi taller.

El médico arqueó las cejas.

–¿En mitad de la noche? ¿Y se rompe usted de golpe dos dedos y se corta otro a la altura de la primera falange?

Kennet soltó un suspiro de impaciencia.

–¿Cuándo hará efecto la inyección?

–Tardará un poco. Es por eso por lo que le he ofrecido la morfina.

–He venido en mi coche y no quiero quedarme ingresado –explicó Kennet–. Haga lo que tenga que hacer, que quiero volver a mi casa.

–¿Y se puede saber con qué se hizo tamaña lesión?

–Con unas tijeras de podar –replicó Kennet–. ¿Podrá salvar el dedo?

–Tengo que dejar el hueso expuesto y limpiarlo bien. Luego tengo que subir la piel por encima del hueso y coser todo. El dedo tendrá un aspecto bastante aceptable, pero será un poco más corto y ya no tendrá uña, claro. En cuanto a los otros, tengo que aplicar un vendaje rígido. Tendrá que mantener reposo absoluto durante al menos cuatro semanas. Le va a doler mucho. Mejor será que tome algo y a poder ser combinado con un antiinflamatorio.

Kennet cerró los ojos resignado.

–Estoy listo. Haga lo que tenga que hacer.

Mientras que el médico y la enfermera empezaron con las curas, Kennet repasó mentalmente las opciones que tenía. Esos hijos de puta le habían amenazado con prenderle fuego a la casa en caso de que acudiese a la policía. Kennet no tenía la menor duda de que cumplirían la amenaza. Era verdad que no les había visto las caras, pero estaba seguro de que había sido el padre de las niñas con uno de sus colegas.

Hasta cierto punto entendía a ese Agnar. En su día le había dado una paliza más que justificada, y lo habían castigado por ello. Inmerecidamente. Cabía suponer que el hombre le guardase rencor y siguiese furioso con él. Ahora que habían desparecido sus hijas, lo lógico era buscar gente en su entorno que lo odiase o le quisiese hacer algún daño. Y había pensado en él.

Un dolor agudo recorrió el brazo de Kennet.

–Lo siento. Hago lo que puedo –se disculpó el médico–. ¿Seguro que no quiere que le dé algo más fuerte?

Kennet rechazó la oferta con un gesto de la cabeza.

¿Cómo iba a demostrarle a Agnar que él no tenía a sus hijas? Que ni se le pasaba remotamente por la cabeza hacerle daño a un niño inocente.

Tragó al percatarse que él mismo había contribuido a ser sospechoso. Torja siempre había dado la impresión de estar asustada. La gente la veía siempre por la calle con la cabeza gacha, sin mirar a nadie. Porque no era capaz de mirar a la gente a los ojos. Ese comportamiento extraño de ella le había resultado inexplicable incluso al propio Kennet, hasta que había llegado a la conclusión de que tenía que ser por vergüenza por no poder tener hijos. Por no ser capaz de hacer feliz a su marido.

En una ocasión ella le había confesado que no se sentía como una mujer de verdad por carecer de algo tan importante en su vida.

Suspiró y alzó los ojos para toparse con la mirada extraña de la enfermera. Lo miraba con recelo y de repente Kennet se dio cuenta de que la población entera sospechaba de él.

Las miradas raras de la gente ya le habían llamado la atención ayer mientras hacía la compra.

Los vecinos cuchicheando sin saber que él estaba observando desde la ventana de la cocina cómo miraban de hurtadillas para su casa.

¿No sería mejor colaborar con la policía, permitir que esa Lykka Olsen pusiera su casa patas arriba y así disipar las dudas de una vez por todas?

¿Pero y si le llamaba la atención el olor?

¿Cómo se lo explicaría?

–Listo –dijo el médico–. La enfermera Lisbeth va a aplicar ahora el vendaje y le dará las indicaciones necesarias.

Una vez se hubo marchado el médico, Kennet le dedicó una mirada desafiante a la mujer.

–¿Quiere decirme algo? –le preguntó con tono cortante.

Ella se encogió de hombros y fingió no saber a qué se refería.

–Cree que tengo algo que ver con lo de las niñas, ¿no es eso?

Ella abrió los ojos muchísimo.

–¿De dónde saca eso?

–Tengo ojos en la cara. He visto cómo me mira.

La mujer se ruborizó.

–Lo siento. Es que… La gente de Hermansverk… pues habla.

–¿Es usted de Hermansverk?

–De Leikanger. Vivo en las afueras. En la colina.

–¿Y qué dice la gente?

La mujer se encogió de hombros.

–Venga. Suéltelo ya.

–He oído hablar a dos hombres y uno le decía al otro que a usted habría que cortarle algo si resulta que efectivamente le hizo algo a las niñas…

Se detuvo y se centró en la mano de Kennet.

Kennet soltó una risa.

–¿Y cree que uno de esos dos me hizo esto? –Kennet negó con la cabeza–. Esto fue un accidente. Y en cuanto a esas niñas, yo no tengo nada que ver.

–Si ya lo sé –confirmó vehemente la mujer.

Kennet abrió los ojos muchísimo.

–Le conozco de vista. Y conocía a su mujer. Vi en más de una ocasión con qué cariño la trataba usted. Jamás se me pasaría por la cabeza que usted podría hacerle daño a ningún niño.

De camino a casa, y a pesar del dolor que era casi insoportable, decidió a comprar algo. Dejó el coche en el parking de Coop, entró en la cooperativa y se dirigió sin rodeos a la sección de conservas.

Estaba a punto de dejar unas latas de guiso en la cesta cuando le llamaron la atención dos mujeres que lo miraban con expresión hostil.

Les devolvió la mirada y pasó a su lado con la cabeza bien erguida. En la sección de verduras cogió menestra y fruta. De ahí se dirigió a la caja. A punto de dejar las cosas en la cinta, le llamó la atención la mirada de la cajera. La conocía. Sabía que vivía cerca de su casa.

También ella lo miró recelosa.

A Kennet se le pasó por la cabeza que sería mejor dejarlo como estaba e irse sin más, pero luego cogió aire y se paró. Hizo caso omiso de los cuchicheos y las miradas y se imaginó lo mansos que se volverían cuando se descubriese lo injustos que habían sido con él.

Kennet tragó. Resultaba tan fácil manipular a la gente. Hoy en día ya nadie se molestaba en pensar por su cuenta, de usar la sesera.

Lo que hacían era vivir en su mundo de color rosa. Y cuando surgía alguna nube oscura, lo único que les importaba era restablecer el orden lo antes posible. Al precio que fuera.

Cuando por fin hubo pagado y de vuelta en su coche, tomó la decisión de llamar a la comisaria. Iba a cantarles la cuarenta, a ella y a su estúpido compañero, decirles qué opinaba él de que todo el mundo creyese que era un pedófilo.

A él, que nada había deseado más en esta vida que ser padre.

A él, que amaba a los niños.

De repente le vino una idea muy aventurera a la cabeza.

¿Y si hacía las maletas y se largaba sin más?

Es verdad que la policía le había pedido que no se alejara, pero nadie podía obligarlo a vivir en aquel sitio donde todos lo tenían por loco.

¿Pero y Cai? ¿Qué sería de él?

Si huía, estaría faltando a la promesa que le había hecho a Torja.

Y una huida, ¿no lo haría parecer todavía más culpable?

Soltó un grito y se estremeció al oír el odio acumulado reflejado en su voz.

Al final decidió que no. No se largaría así más. Este era su hogar. Él no le había hecho daño a nadie. Se quedaría. Le haría frente a lo que viniese, incluso a lo peor.

Al meterse en su calle, vio de lejos la aglomeración de gente que se había reunido delante de su casa. La mayoría eran desconocidos, pero reconoció a algún que otro rostro entre la multitud. Al salir del coche oyó las voces insultándole, llamándole hijo de puta y asesino. Luego sonó un golpe. Alguien había lanzado un huevo contra el parabrisas del coche, aunque dirigido a él.

–¿Pero os habéis vuelto todos locos o qué? –les gritó y barajó la opción de coger al primero que pillase y darle una buena tunda. Pero recordó la lesión de su mano.

Con la rabia ante el descaro de la gente había olvidado por un momento el dolor.

–¿Dónde tienes a las niñas escondidas? –gritó un hombre de entre la multitud.

–A ese habría que cortarle la polla –gritó otro.

Una mujer con numerosos piercings salió de entre la horda y le escupió en la cara.

La mano sana de Kennet salió disparada y la cogió por el cuello.

De repente alguien tiró de él y lo lanzó contra su coche.

–¡Voy a matarte, cerdo pedófilo! –le gritó un joven con el puño en alto.

–¡No! –Una mujer impidió en el último momento el puñetazo.

Kennet logró a duras penas llegar hasta el portal del jardín y respiró aliviado cuando por fin se vio a salvo en su casa.

Acababa de cerrar la puerta cuando oyó ruidos procedentes del sótano.

“Se me han metido en casa” pensó y entró corriendo en la cocina. Cogió un cuchillo y agarrándolo con fuerza bajó las escaleras. Pasó de encender la luz por lo que avanzó a tientas. Y entonces, a poca distancia, la silueta de un hombre.

–¡No se mueva! –gritó a pleno pulmón–. Tengo un cuchillo.

Oyó un gimoteo.

Un gimoteo que conocía demasiado bien.

–¿Cai? ¿Eres tú? –Kennet se acercó a la sombra hasta reconocer la cara familiar de su cuñado–. ¿Qué estás haciendo aquí? Y ¿cómo has entrado?

–La puerta del garaje estaba abierta –explicó Cai y Kennet recordó que, en efecto, antes había salido precipitadamente.

–¿Qué quieres? –le preguntó.

–La gente está enfadada contigo.

Kennet suspiró.

–No son más que idiotas. Creen que tengo algo que ver con la desaparición de las niñas.

Cai empezó a llorar así sin más.

–¿Qué tienes? –quiso saber Kennet usando un tono de voz más irritado que preocupado.

–Dije que yo no he sido –soltó Cai y Kennet se percató del temblor que recorría el cuerpo de su cuñado.

–¿Qué no has sido tú? ¿Lo de las niñas?

Cai empezó a tararear por lo bajo.

–¿A qué te refieres, Cai? ¿Y por qué has venido?

–Todo el mundo está enfadado conmigo porque no he dicho la verdad. Tú y Torja. Dicen que fui malo, pero no es verdad. Yo no fui…

–¿De qué demonios estás hablando, joder?

–Yo no le hice daño.

–¿A quién? ¿A Kamilla o a Hanna?

Cai permaneció en silencio.

–¿O te refieres a Elna? Cierto, no le hiciste daño, pero aun así murió por tu culpa.

Cai temblaba con más fuerza y de repente salió disparada su mano para agarrar a Kennet por la camisa.

–Fuiste tú. ¿Me oyes? Tienes que decírselo, sino van a meterme en la cárcel.

DIECIOCHO

HERMANSVERK

2019

–¿Puedo hablar un momento contigo? –Mikkel metió la cabeza por la rendija de la puerta. A Lykka le pareció un poco estresado, casi enfadado.

–¿Qué pasa?

Mikkel entró en la oficina. Parecía indeciso.

–Siéntate –le ordenó Lykka y dio unos golpecitos en la carpeta que tenía delante de ella–. Este es el tipo al que hemos hecho investigar. Hace unos años tuvo que apandar con una denuncia por agresión sexual. Lo denunció una compañera de trabajo. Al final resultó que los dos tenían un lío y ella quería algo más. De ahí lo de la denuncia.

El rostro de Mikkel se ensombreció.

–Me imagino que la comprobación tampoco dio resultados.

Lykka suspiró.

–Dije desde el principio que íbamos a perder el tiempo con eso.

–Acabo de recibir una llamada muy agradable. Jesse Konradson. Es el gerente de la institución que revolucionaste ayer. Gracias por habérmelo contado, por cierto. Acabo de quedar como el culo.

–Lo siento –se disculpó avergonzada Lykka–. ¿Qué quería ese hombre?

–Llamó por ese tal Cai Borgen. Todo el personal está muy preocupado a raíz de lo que soltaste tan alegremente. Están planteándose cancelar el contrato con Cai. No sabían lo de Oslo. Y creen que piensas que es el culpable de la desaparición de las niñas.

–¿Acaso no lo pensamos? Quiero decir, a Cai Borgen lo juzgaron en Oslo por secuestrar a una niña que a raíz de eso murió. Lo encerraron en una institución y nadie de su entorno actual lo sabía. Nadie excepto Kennet Wiik. A mí personalmente me gustaría saberlo, si es que vivo puerta con puerta con alguien así.

–Tendrías que haberme avisado.

–Sí –reconoció Lykka–. Pero tenía que actuar rápido y tú no estabas. Luego tuve varias reuniones. Una con el jefe de vigilancia marítima. Quieren suspender la búsqueda porque no sirve de nada. Han salido cuatro equipos de buzos y ninguno ha encontrado nada. Lo mismo con las batidas. Han peinado casi todo el territorio alrededor de Hermansverk y Leikanger. La cuestión ahora es: ¿ampliamos el radio de búsqueda? ¿Podemos costeárnoslo?

–¿Qué pasa con los medios de comunicación?

Lykka gruñó.

–Solo han llamado idiotas y gente que quiere dárselas de importante. Seguimos comprobando cada llamada, por supuesto, pero creo que la jefa nos va a meter caña. Estamos costándole demasiado para los resultados que le traemos.

–No es culpa nuestra.

–Ya, pero eso allá arriba les trae sin cuidado. Y a los padres de las niñas menos. Lo único que importa es que demos por fin con el paradero de las niñas. Y por eso mismo he solicitado la patrulla canina. Llegarán hoy por la tarde o mañana por la mañana más tardar. A ver si así obtenemos por fin algún resultado y avanzamos en el caso.

–¿Qué quieres que le diga a Konradson?

–¿Qué quiere saber?

–Si Borgen es peligroso o no. Tiene al personal preocupado.

Lykka tragó.

–Si tenemos en cuenta lo que hizo en Oslo, sí. Pero he estado con él, he hablado con él y a mí me ha parecido más bien un niño atemorizado. Que lo traten con cuidado. Lo que no deben hacer es cambiar ni la rutina ni la actitud, bajo ningún concepto. Que lo traten igual que siempre. Y con respecto a lo de cancelarle el contrato, creo que eso sería exagerar. Al menos por ahora.

–Cuando hablaste con él, ¿tuviste la impresión de que conocía a las niñas?

–Creo que sí. Al menos ha oído hablar de ellas porque ahora mismo es el único tema del que se habla. Si lo que quieres saber es si lo veo capaz de haberles hecho algo… –Lykka se interrumpió para reflexionar un momento. Luego miró muy seria a su compañero–. Para serte sincera, no. No sé por qué, pero algo me dice que no tiene nada que ver. –Suspiró mientras hizo un gesto de negación con la cabeza–. Sabrías de qué te hablo si lo hubieses visto y oído. Se le notaba muy afectado, casi triste. Por un momento pensé que le estaba dando un ataque o algo así. Me dio pena y de vuelta en el coche incluso pensé que no hay nada en él que indique que cargue con una vida sobre su conciencia. Parecía tan frágil. Es más, me cuesta incluso creer que secuestrase a aquella niña.

Mikkel estaba a punto de replicar algo cuando oyeron un griterío confuso en el pasillo. Al segundo se abrió la puerta de golpe y entró Agnar Finstad. Estaba pálido y le costaba mantenerse en pie. Miró primero a Mikkel, luego a Lykka y acabó mirando al suelo. Al alzar de nuevo los ojos, vieron que los tenía inundados de lágrimas.

–¿Qué ha pasado? –quiso saber Lykka tratando de ignorar el mal presentimiento que se le estaba formando en la boca del estómago.

El hombre echó la cabeza hacia atrás, cogió aire y de repente le sobrevino un escalofrío.

–No sé si estoy haciendo lo correcto –empezó a decir, pero cedió al llanto.

–¿Qué ha pasado? –preguntó Lykka mientras le dirigía una mirada preocupada a Mikkel.

–Han pedido un rescate –soltó Finstad por fin.

Lykka no daba crédito.

–¿Cuándo?

–Anoche. Yo había salido con mi equipo de búsqueda cuando avisaron a Ingrid.

–¿Por teléfono?

–Sí.

–¿Y por qué ha esperado a hoy para decírmelo?

El hombre trató de evitar su mirada.

–Porque hasta hace un rato ni yo mismo sabía qué hacer. –Cogió aire–. Y sigo sin saberlo.

–¿A qué se refiere? –intervino Mikkel.

–Bueno. –El hombre carraspeó–. Ingrid está en contra de avisar a la policía. Ella quiere pagar el rescate y hacer todo lo que piden los secuestradores. Mi mujer cree que ahora mismo estoy en el banco para conseguir el dinero. –Se detuvo y guardó silencio.

–¿Cuánto piden?

–Cinco millones de coronas.

–Y su mujer piensa que está usted tratando de reunirlas ahora mismo.

–Sí.

–¿Y qué le ha hecho cambiar de opinión?

Agnar se encogió de hombros.

–Desde el principio esto me ha dado mala espina. Yo ya quise llamarlos anoche, pero Ingrid me rogó que no lo hiciera. Así que hoy a la mañana temprano me fui al banco. Estaba en la cola y ya casi era mi turno cuando me di cuenta de que no era capaz de hacerlo. No puedo coger ese dinero y esperar que todo salga bien y que esos… monstruos nos vayan luego a devolver a nuestras hijas. Es que todo esto me huele mal, apesta, pero Ingrid no quiere ni oír hablar de ello.

Lykka lo miró fijamente.

–¿A qué se refiere exactamente, qué es lo que le parece raro?

–Bueno… –El hombre trató de dar con las palabras exactas–. Para empezar tengo que admitir que el mero hecho de hacer un trato con esos criminales me revuelve el estómago. Para eso está la policía, ustedes tienen otras alternativas y también más experiencia. Y luego están mis dudas. ¿Por qué ahora? Al fin y al cabo, las niñas llevan desaparecidas varios días. ¿Y por qué esa gente no dejó que mi mujer hablara con sus hijas para saber que aún están vivas? Porque es así como funciona esto, ¿no?

Lykka suspiró y se inclinó sobre la mesa.

–Así que su esposa no pudo hablar con las niñas.

–No.

–¿Y quién llamó? ¿Era un hombre o una mujer?

–Ingrid dice que no era más que un susurro y que no pudo distinguirlo.

–¿La amenazaron?

Agnar asintió.

–Según Ingrid, la persona dijo que nos tenía vigilados y que si queríamos que nos devolviesen a las niñas sanas y salvas, tendríamos que cooperar. Dijeron que hoy volverían a llamar para darnos más instrucciones.

Lykka tragó.

–Entonces tenemos que ir ahora mismo a su casa y hablar con su esposa. Llevaremos a un par de compañeros con nosotros para que registren la casa. Así sabremos si efectivamente hay micrófonos o algo por el estilo. Intervenimos su teléfono e ideamos un plan de ataque.

Agnar palideció.

–¡No pueden venir a casa! Si lo hacen, mi mujer sabrá que he acudido a ustedes. Tiene los nervios destrozados. Desde la mañana temprano no aparta los ojos del teléfono y…

–¿Y qué? –insistió Lykka.

–Está completamente convencida de que los secuestradores estuvieron anoche en nuestra casa.

–¿Y qué la hace pensar tal cosa?

–Se despertó con un ruido y estaba convencida de que había alguien en el sótano. Pero bajé a mirar y no había nadie. Todo parece normal. Yo creo que los nervios le están jugando una mala pasada.

–Es posible –admitió Lykka–. ¿Y hay algo que le haya llamado la atención?

–¿Se refiere a micrófonos escondidos?

–Por ejemplo. O algo cambiado de sitio.

Agnar hizo un gesto de negación con la cabeza.

–En nuestra casa no ha entrado nadie. Estoy seguro. E Ingrid no salió en ningún momento, excepto para la reunión en el centro cívico. Ella, sin embargo, está convencida de que el secuestrador aprovechó justo ese momento para esconder algo en casa y así estar al tanto de lo que pasa.

–Pero usted no ha visto nada inusual.

–Nada de nada.

–¿Y su mujer? ¿Ella qué dice?

–Que sigue teniendo miedo. Lo que es comprensible. Pero si se entera que estoy aquí, me mata.

Lykka se lo quedó mirando.

–¿Y no va a enterarse de todos modos si vuelve a casa sin el dinero?

–Oh, pero si el dinero lo tengo. Está en el coche. No quería volver a casa con las manos vacías, así que, aun sabiendo que no voy a hacerlo, retiré la pasta y me vine aquí. Aunque sea con su ayuda, tal vez sí deberíamos llevar a cabo la entrega. ¿No cree? Es la única manera de saber quiénes son y cómo podemos acabar con ellos y liberar a las niñas.

Lykka le echó un vistazo a Mikkel y luego volvió a mirar a Agnar.

–Si le soy sincera, comparto su opinión. A mí también me parece altamente sospechoso que no hayan salido con la petición del rescate antes. Creo que no se trata de la misma persona responsable de la desaparición de sus hijas. Creo que es un oportunista que ha aprovechado las circunstancias. Sabe que su preocupación por las niñas los ha colocado en una posición vulnerable. Así que quieren sacar tajada. Lo dicho, están aprovechando la situación, nada más.

–¿Entonces no quiere que se realice la entrega?

–Antes tengo que hablar con Ingrid –dijo Lykka–. Y tan pronto llamen y sepamos dónde y cuándo tendrá lugar todo, ya veremos.

Llevaban horas en casa de los Finstad. Tal como era de esperar, Ingrid se había puesto como una furia con Agnar. Habían tardado una media hora en calmar a la pobre lo suficiente como para poder hablar con ella. Ingrid les había contado todos los detalles de la llamada así como sus sospechas de que anoche alguien había estado en su casa.

La única manera con la que Lykka consiguió calmarla al final un poco fue pidiéndole al equipo que había traído consigo que revisase la casa y que buscasen micrófonos en todos los rincones posibles.

Obviamente no habían encontrado nada, cosa que no sorprendió a nadie, excepto a Ingrid. Era verdad que se había calmado un poco, pero seguía aferrándose a la esperanza de que los secuestradores llamarían de un momento a otro para aclarar los detalles de la entrega.

Sin embargo, Lykka y Mikkel estaban seguros de que quien estuviese detrás de la llamada ya estaría al tanto de la presencia policial en la casa de los Finstad. No llamaría nadie. Al final del día nadie se haría rico gracias a unos padres desesperados.

Lykka no solo estaba segura, sino también convencida, de que el supuesto secuestro de las niñas y la subsiguiente petición de rescate no eran más que una farsa. Si la persona que había llamado hubiese tenido a las niñas, no se hubiera negado a dejar a Ingrid hablar con sus hijas. Se lo hubiese concedido para convencerla de que estaban bien y de paso reforzar la presión y ganar credibilidad. Que él, o ella, no hubiese aprovechado la oportunidad, solo podía significar que la persona había llamado para desplumarlos. Alguien que estaba al tanto de que las niñas faltaban,

que tal vez conociese a la familia y que se olía un dinero fácil.

Aun así habían tomado algunas medidas de precaución.

El teléfono estaba pinchado; unos cuantos policías vigilaban la casa escondidos en el exterior.

Lykka miró su reloj y suspiró.

–A mí me da que hoy ya no va a llamar nadie –compartió Mikkel en voz alta.

Ingrid cogió aire.

–Los secuestradores seguramente saben que la casa está plagada de policías. –Sollozó, miró a su esposo, a Mikkel y luego a Lykka–. Si les pasa algo a mis hijas, solo porque todos ustedes se han creído más listos que esos criminales…

–Tranquilízate, cariño –trató de calmarla Agnar–. Eso ya lo hemos repasado mil veces. No existe ningún secuestro. Nunca ha existido.

–¿Entonces dónde están las niñas? ¡¿Dón-de-es-tán?! –gritó su mujer– Si lo de la llamada y el rescate y todo lo que dijo la voz al teléfono, si todo eso no eran más que mentiras, ¿dónde están mis hijas?

La voz de Ingrid había sonado completamente desprovista de emoción y eso hizo que algo en el interior de Lykka se partiera en dos. Miró a Ingrid y fue como si pudiese mirar directamente dentro de ella. Ingrid Finstad estaba acabada. Destrozada. Sin ilusión. Y de repente lo entendió.

El supuesto secuestro le había devuelto las fuerzas y la esperanza a aquella mujer. Y al aparecer toda esa gente en su casa intentando convencerla de que solo se trataba de un estafador y un aprovechado, le había robado lo poco que le quedada.

Su fe.

La esperanza de un final feliz.

El imaginarse poder volver a abrazar a sus hijas.

Lykka tenía la lengua como un estropajo.

Quiso decir algo, pero no supo qué.

Se rindió, cerró los ojos para evitar mirar a Agnar o a Ingrid. Al involucrar a la policía, el marido había abusado de la confianza de su mujer. Le costaría mucho volver a ganársela. Lykka vio en los ojos de aquella mujer que tardaría mucho en poder perdonar a su marido.

Lykka se sobresaltó al vibrarle el móvil que había guardado en el bolsillo. Al sacarlo y ver la pantalla se disculpó con los allí reunidos:

–Tengo que cogerlo –y salió al pasillo.

Era Rhea, la telefonista que había empezado hacía poco con ellos.

–Tengo una muy mala noticia –le comunicó.

–¿Qué pasa?

–Acaba de entrar una llamada –explicó Rhea–. Un matrimonio alemán estaba haciendo senderismo y se perdió.

Estaban en *shock*. Dicen haber encontrado un cadáver bajo unos arbustos. Que podría ser un niño. Una niña… de unos doce años.

Poco después estaban en el coche dirigiéndose al punto de encuentro donde los estaban esperando los excursionistas. Lykka notó los ojos de Mikkel posados sobre ella.

–¿Te duele mucho? –preguntó señalando la mejilla de Lykka.

Lykka se encogió de hombros.

–Dio con ganas la mujer. Pero el marido salió peor parado. Le dio tiempo de ponerle el ojo morado antes de desplomarse. Hasta la comprendo. Tanto Agnar como nosotros no creímos en ningún momento en lo del secuestro y tratamos de convencerla de su error. Ahora pensará que a Kamilla le ha pasado algo solo porque el marido no quiso seguir las reglas. –Lykka dudó por un instante–. Si es que el cadáver encontrado es realmente el de su hija.

–Teníamos que haber insistido en que se quedaran en casa.

Lykka se encogió de hombros.

–Menos mal que no conducen ellos. A saber de lo que sería esa mujer capaz de hacerle al marido. Así nuestros compañeros al menos pueden controlarla.

–¿Y si es Kamilla? ¿Cómo vas a justificar ante la jefa lo que acaba de pasar?

Lykka le lanzó una mirada a Mikkel.

–No sé a qué te refieres. No veo que haya hecho nada malo. Hice todo lo que debe hacer un policía responsable. Que haya muerto una de las niñas, o las dos, no es culpa nuestra, y mucho menos mía.

–Ingrid Finstad no está de acuerdo. Y puede que su marido ahora tampoco. ¿Te has fijado en su mirada antes? Ahora mismo se está planteando que todo esto pudo haber sido culpa suya.

–No nos adelantemos a los acontecimientos –dijo Lykka–. Para ser sincera, creo que vamos a encontrarnos con un cadáver que ya lleva algún tiempo allí. Ya verás.

–¿Cuándo has empezado a creer que no vamos a encontrarlas con vida?

–Hace mucho que mi subconsciente me lo ha dicho, pero, al igual que todos los demás, no quise hacerle caso.

Era un matrimonio joven. Treinta y pocos si es que llegaban a ellos. La mujer, una belleza rubia, estaba pálida y temblaba. Estaba sentada en un banco del área de descanso. Su marido, un tío de aspecto sureño, parecía estar a punto de vomitar.

Lykka se acercó a ellos y se presentó en inglés.

–¿Pueden indicarme el lugar exacto? –les preguntó y echó un vistazo alrededor.

El hombre alzó el brazo y señaló en dirección al bosque espeso que tenían delante.

–Siempre recto, a unos cinco kilómetros. Puede que algo más. No teníamos cobertura allí arriba, por eso tuvimos que bajar hasta aquí. Estoy completamente seguro de que solo corrimos en línea recta, por eso, si se meten en el bosque y siguen rectos, van a dar con el sitio. Hemos marcado el lugar con el pañuelo de mi mujer atándolo a un tronco. Al bajar, hicimos muescas en algunos árboles para señalar el camino.

–Bien pensado –los elogió Lykka–. ¿Y esa niña? ¿Han podido verle la cara?

La mujer empezó a llorar.

–No –dijo entre sollozos–. No hemos tocado el cadáver ni nos hemos acercado, para no contaminar las pruebas.

–Espero que hayamos actuado bien –intervino el marido.

Lykka asintió agradecida.

–¿Entonces qué vieron exactamente?

El hombre cogió aire, como para centrarse.

–Vimos un brazo que salía de entre los arbustos. Y una pierna. Busqué un palo y desde lejos intenté ver algo más. Y de hecho conseguí levantar un poco las ramas. Al ver que se trataba de un niño muerto, cogí a mi mujer y salimos corriendo.

–¿Está completamente seguro de que se trata de una niña?

El hombre asintió con la cabeza.

–Pude ver una melena rubia y un cuerpo muy delicado.

Al oír la descripción que hacía aquel hombre, Lykka se giró sin poder evitarlo hacia los Finstad, que se encontraban junto a sus compañeros y no apartaban unos ojos atemorizados de ella.

–¿Quiénes son? –preguntó de repente la joven.

Lykka estaba a punto de contestar que no podía decir nada cuando cambió de parecer. Qué más daba ya.

–Han desaparecido sus hijas. Dos niñas. Una de ellas rubia, de doce años, y la otra de pelo oscuro, un poco más joven.

La mujer abrió los ojos muchísimo y se tapó la boca con las manos.

–¡Oh, dios mío! ¡Qué horrible! –articuló.

Su marido la abrazó tratando de calmarla. Lykka supuso que se trataba de un matrimonio recién casado, de luna de miel en Noruega.

Un viaje que no olvidarían jamás. Miró primero a una y luego al otro.

–Mis compañeros van a hacerles unas cuantas preguntas más, si no les importa. Puede ser ahora mismo, pero si tienen que seguir su ruta, pueden venir hoy por la tarde a la comisaría de Sogndal. Lo que ustedes prefieran.

–Nos quedamos, por supuesto –dijeron al unísono.

Lykka sonrió y se dio la vuelta para llamar a uno de sus colegas de trabajo.

–Ocúpate de ellos, mientras, nosotros vamos a practicar un poco de senderismo.

El joven colega asintió solícito.

–Anota sus datos personales. Repasa todo con ellos, paso a paso, hasta el momento en el que se toparon con el cadáver. Quiero saber dónde pisaron, qué tocaron, si recuerdan algo más que les llamase la atención por el camino. Que te cuenten toda la historia y tú anota todo para el acta luego.

El agente asintió, señal de que podían arrancar.

El ascenso hasta el sitio descrito no resultó fácil, y más por tener que cargar con todo el equipamiento de los de la Científica. El sitio descrito no estaba junto a un sendero ni a un camino, sino en mitad del bosque. A medio camino de la cima, desde donde se podía disfrutar de un paisaje impresionante.

Era el sitio perfecto para dejar un cadáver. Eso estaba claro.

Tardaron casi dos horas en llegar, y al final fue Mikkel quien encontró el pañuelo rojo.

Ni ella ni Mikkel habían podido persuadir a los padres de las niñas para que quedaran abajo, por lo que fue el padre el primero en lanzarse sobre el lugar marcado.

–¡No! –gritó Lykka–. No queremos que destruya ninguna pisada ni cualquier otro tipo de huella.

El hombre dudó, pero se detuvo y se giró hacia ella con el rostro petrificado por el miedo.

Regresó junto a su esposa, quiso cogerla de la mano, pero ella no dejó que él se le acercara.

Tras llegar Lykka, Mikkel y los compañeros de la Científica junto al árbol marcado, lo primero que hizo Lykka fue repartir patucos y guantes, también a los padres de las niñas. Luego los miró muy seria y les dijo:

–Solo puedo imaginarme cómo deben de sentirse, pero tengo que apelar a su comprensión. No toquen nada, hagan exactamente lo que les digamos mis compañeros y yo. ¿Entendido?

Los dos asintieron y Lykka se percató de cómo temblaba Ingrid. Agnar quiso abrazarla, pero ella lo apartó.

Él suspiró, pero no insistió.

Mikkel fue el primero en acercarse con cuidado al brazo que sobresalía por debajo del arbusto. Le hizo un gesto a Lykka para que se acercara también ella.

Lykka mantuvo instintivamente la respiración. Era muy consciente de las miradas clavadas en su espalda.

–Ha sido un error garrafal haber traído a los padres –siseó.

–Tú lo intentaste –replicó Mikkel–. Ni diez caballos hubiesen podido impedírselo.

Mikkel se inclinó hacia delante, apartó una rama gorda y se estremeció al ver aquel cuerpo tan delgado bajo un cúmulo de ramas y hierba. Lykka tragó saliva y apartó las ramitas de encima del torso sin vida. En una milésima de segundo supo que, efectivamente, se trataba de Kamilla, que era su cadáver el que estaban contemplando. Suspiró y bajó la cabeza, muy consciente de que los Finstad estarían interpretando su lenguaje corporal, que sabrían que todas las esperanzas y oraciones habían sido en vano. Se levantó, se giró hacia ellos y asintió levemente con la cabeza.

Sonó un grito.

Luego Ingrid Finstad cayó de rodillas y vomitó sobre el suelo mojado por la lluvia. Su marido, al lado, permaneció petrificado, incapaz de hacer nada. Al cabo de una eternidad, Ingrid volvió a incorporarse. El *shock* y el dolor se convirtieron en ira.

Empezó a correr hacia ellos.

–¡No! –la avisó Lykka, pero no había manera de frenar a Ingrid Finstad.

–¡Esto es culpa suya! –gritó como una poseída y Lykka distinguió a distancia el olor a vómito.

La mujer se detuvo a pocos centímetros de Lykka y le escupió en la cara.

–Usted mató a mi hija al inmiscuirse. Usted y el hijo de puta ese con el que me casé.

Lykka se apartó de aquella mujer furiosa.

–Señora Finstad –intentó intervenir Mikkel mientras trataba de alejarla, pero no había manera de dominarla. Quería pasar al lado de Lykka para llegar hasta su hija muerta.

Entre los dos tuvieron que emplear todas sus fuerzas para evitar que destruyera cualquier posible huella.

–¡Está usted equivocada! –gritó finalmente Mikkel imponiéndose con su vozarrón a todos.

Ingrid se giró y se lo quedó mirando.

Mikkel le ordenó que no se moviera del sitio. Luego apartó la enorme rama para que pudiera ver bien el cuerpo muerto de su hija.

–Kamilla lleva días muerta –dijo con un tono de voz neutro y le dedicó una mirada compasiva a la mujer–. No murió hoy. Eso significa que ni su marido ni nosotros somos culpables de nada. Su hija ya estaba muerta cuando contactaron con usted para pedir el rescate.

DIECINUEVE

HERMANSVERK

2019

Lo despertó un golpe fuerte. Era como si hubiesen lanzado con fuerza algo contra la puerta de casa.

Medio dormido se incorporó como pudo en el sofá y miró alrededor. A pesar de todas las pastillas, la mano seguía doliéndole.

Otro golpe.

Kennet se sobresaltó y se levantó. Al dar el primer paso todo empezó a darle vueltas.

–Joder –murmuró. El prospecto tenía razón. No ingerir con alcohol, decía. Pero aun así había acompañado las pastillas con una copa.

Salió despacio al pasillo y suspiró al oír las voces que le llegaban desde fuera.

¿Qué demonios estaba pasando? Se acercó silenciosamente a la puerta y miró por la mirilla. Dio un salto hacia atrás. Delante de la valla blanca que delimitaba su propiedad la turba había ido a más. Debía de haber unas veinte o treinta personas y todas miraban con caras de pocos amigos en dirección a su casa. Se apartó despacio de la puerta preguntándose qué se había perdido. ¿Qué estaba pasando?

Otro golpe. Mejor dicho un toc. Esta vez a Kennet no le cupo la menor duda qué lo había originado.

Estaban lanzando huevos podridos contra su casa.

Se le pasó por la cabeza abrir y mandarlos a la mierda, pero luego se dio cuenta de que no tendría ninguna posibilidad contra todos ellos. Primero: estaba lesionado y atontado por los medicamentos, y segundo, ni tenía los nervios ni la fuerza para enfrentarse a aquella chusma enfurecida.

Si ni siquiera sabía qué les había hecho.

Se arrastró hasta la cocina, accionó el botón de la cafetera alegrándose por anticipado pensando en el café fuerte que con un poco de suerte eliminaría el letargo que aún le quedaba en el cuerpo. Sosteniendo la taza entre las dos manos espió entre las cortinas hacia fuera y se encogió instintivamente al ver llegar volando hacia él algo del tamaño de una patata enorme. Ni un segundo más tarde el cristal de la ventana estaba hecho añicos y la turba estalló en gritos de júbilo.

Lo inundó una ola de rabia. Dejó la taza en la mesa de la cocina, fue al salón donde había dejado el móvil y buscó el papel donde había anotado el número de la comisaria.

Lo encontró por fin encima de la cómoda del pasillo. Cogió aire y marcó. Lykka descolgó a los pocos segundos.

–Soy Wiik –le espetó a la mujer–. Tiene que venir y hacer que esta gente rinda cuentas. Están lanzando huevos y patatas contra mi casa. Ya me han roto la ventana de la cocina. Y antes le

tocó a mi coche.

Lykka guardó silencio.

–¿Me ha oído? –preguntó Kennet de malas maneras–. Esto es todo culpa suya. Ha sido usted quien ha decidido nombrarme el malnacido oficial de la nación, el principal culpable. Incluso ha implicado a mi cuñado. Esos locos de ahí fuera, hasta los padres de las niñas, creen que tengo algo que ver con la desaparición de las niñas, y que crean eso es todo culpa suya, señora. Así que mueva su culo y venga a arreglar esto.

–Hemos encontrado a una de las niñas –dijo por fin la mujer.

Kennet quedó paralizado. Tuvo un muy mal presentimiento.

–¿Está…? –Dejó la frase a medias.

–Muerta, sí –aclaró Lykka–. La mayor. La encontraron unos excursionistas.

De repente Kennet lo entendió todo.

–Esa gente delante de mi casa… ¿creen que he sido yo?

–No puedo decir con exactitud lo que piensa o cree la gente, pero parece que la noticia ya se ha extendido. Los padres de las niñas estaban presentes cuando levantamos el cadáver.

–¿Cómo? –Se sorprendió Kennet–. ¿Pero eso está permitido? Me refiero a eso de que no debe filtrarse nada para no obstruir la investigación policial, ¿no se dice así? Y van ustedes y permiten que esa pobre gente esté presente cuando… –Dejó la frase sin terminar.

–Eran circunstancias complicadas –se justificó Lykka–. No puedo ser más precisa. Digamos que no pudimos evitar que nos acompañaran al lugar donde fue encontrada. Seguramente hayan sido los Finstad los que informaron a la población.

–¿Y la otra niña?

–Sigue desaparecida. Pero partimos de la base de que… bueno, ya me entiende.

Kennet tragó.

–Tiene que venir y convencer a esta gente de que me dejen en paz. No tengo nada que ver. Ya se lo he dicho. No puede permitir que paguen justos por pecadores.

Lykka guardó silencio durante un rato. Luego se oyó un suspiro.

–Ha llamado usted en el momento oportuno –dijo Lykka Olsen–. Teníamos pensado llamarle y pedirle que viniera a comisaría. Tenemos que hacerle algunas preguntas.

–O sea, que sigo encabezando la lista de sospechosos.

–Usted y Agnar tienen un pasado en común.

–Cierto, y aun así no le he tocado ni un pelo a su hija. ¿Pero qué opinión tiene de mí? ¿Cree que porque Agnar me metió en su día en líos, ahora me da por asesinar a su hija?

–Hay algo más. –Lykka volvió a suspirar.

–Déjeme que adivine: Cai. Ya sabe lo que hizo en Oslo y cree que pudo haber estado con esas niñas.

–Lo dicho…

–Sí, ya sé. Tienen que comprobar todas las pistas –la interrumpió Kennet–. La cuestión es que me es imposible conducir porque, bueno, porque no estoy bien. He tenido un accidente en mi taller y me he lesionado la mano. Si solo fuese por la lesión aún podría, en el peor de los casos, conducir con una sola mano, pero estoy bajo los efectos de unos medicamentos muy fuertes y no quiero arriesgarme a tener un accidente.

–Vale. Iré yo a su casa –le concedió Lykka.

No había transcurrido ni media hora cuando Kennet oyó que los gritos de la gente se intensificaban. La gente expresaba su disgusto. Al mirar por la ventana del salón vio el coche patrulla y a Lykka Olsen y a su compañero tratando de calmar a la jauría. Lo malo era que a la gente le importaban un bledo los intentos que los policías hacían por dispersarlos. No se movían del sitio. Seguramente para no perderse detalle de su detención.

Kennet abrió la puerta antes de que sonase el timbre.

–¿Les han aclarado que lo que están haciendo aquí delante de mi casa es un delito? Allanamiento de morada se llama.

Mikkel lo miró con gesto sombrío.

–Para eso tendrían que entrar dentro de su propiedad.

–Me han destrozado la ventana –se indignó Kennet.

–Eso no es más que vandalismo, daños materiales.

Kennet miró a Lykka.

–¿Qué quieren exactamente?

–¿Podemos entrar?

–¿Para darles más motivos para cotillear a esa turba de ahí fuera? ¡Jamás!

La mujer suspiró y miró a su compañero, que estaba sacando un papel del bolsillo de la chaqueta.

–Esto es un permiso judicial para poder registrar su casa. Así que si es tan amable de dejarnos pasar. Por cierto, dentro de poco llegará otro equipo.

Kennet dirigió una mirada de incredulidad primero a Mikkel y luego a Lykka.

–Esto es una broma, ¿no?

–Me temo que no –se lamentó Lykka–. El descubrimiento del cadáver trajo consigo algunos detalles extraños. Además, hace poco mantuve una conversación con su cuñado que transcurrió de manera peculiar. A todo eso hay que añadir el asunto entre usted y Finstad. Solo quiero asegurarme de no haber pasado nada por alto, ¿entiende?

Kennet tragó y los dejó pasar. Sabía reconocer una derrota.

–Hagan lo que tengan que hacer –dijo en voz baja–. Pero les garantizo que va a ser una pérdida de tiempo y dinero, porque no tengo nada que ver con las niñas.

Con los policías dentro de casa, Kennet se relajó un poco. Con ellos presentes se sentía algo más seguro frente a la turba de ahí fuera. Algo le decía que se había librado por muy poco de un ataque.

–Dígame, ¿por qué no les contó a los de la institución el bagaje con el que cargaba su cuñado? –quiso saber Mikkel–. Les ocultó que el hombre tiene sobre su conciencia la vida de una niña. ¿Por qué?

–No fue idea mía –se defendió Kennet–. Torja lo quiso así. Ella consideraba que su hermano ya había pagado y que se merecía empezar de cero. Por eso decidió guardar silencio sobre aquello. A mí la idea me gustaba tan poco como a ustedes, créanme.

–Y a usted, ¿qué fue lo que le ha pasado? –preguntó Lykka mientras señalaba la mano de Kennet.

–Como ya les he dicho, un accidente en el taller. La sierra circular.

–¿Y la herida en la cabeza? ¿Y el ojo morado?

Kennet guardó silencio.

–¿Le atacaron los de ahí afuera?

–¿Y a usted qué más les da? ¿Acaso les interesa? –explotó Kennet–. Si a ustedes les da todo igual, con tal de encontrar cuanto antes a un culpable y no quedar ustedes como unos inútiles.

Sonó el timbre.

–Eso seguramente sean nuestros compañeros. Si fuera tan amable… –le instó Lykka.

Kennet soltó un gruñido, se dirigió hacia la puerta y la abrió de golpe. Pero no eran los refuerzos policiales, sino Agnar, que le propinó repetidos puñetazos en la cara. Aquel hombre parecía haberse desprendido de todo lo humano, porque ya no tenía nada que perder.

Kennet cayó hacia atrás como a cámara lenta y chocó con Lykka, que había aparecido de repente detrás de él. Lo agarró como pudo para evitar que acabase en el suelo. A Kennet todo le daba vueltas en la cabeza.

–¡Basta ya! –la oyó gritar, a lo que recibió una mansalva de insultos soeces por parte de Agnar.

–¡Fue este hijo de puta! –oyó como a través de una niebla espesa–. Sé que fue él. ¿Quién si no iba a hacerle algo a mi hija, solo para hacerme daño a mí?

–No hay pruebas de eso. –Era la voz firme de Lykka–. Aún no sabemos en qué circunstancias murió Kamilla. Hay que esperar a la autopsia. Además, desconocemos los motivos. Nuestra presencia aquí tan solo significa que queremos comprobar todas las contingencias cuanto antes.

–Pero sé que fue él –insistió Finstad–. Ese cerdo de mierda se cree más listo que todos nosotros, pero no lo es. Está loco. Ya lo sabía su mujer. Por eso se quitó la vida. Porque no quería vivir con un monstruo.

Kennet gimió. Quiso levantarse y lanzarse sobre Finstad, pero las piernas no le respondieron.

Se percató de que llegaba otra tropa de policías y que se metían en su casa pasando junto a Lykka y Finstad. Se repartieron por toda la casa.

Se rindió y cerró los ojos. Una oscuridad benévola lo acogió.

Un chorro de agua congelada que le arrojaron en la cara y el pecho lo trajo de vuelta al aquí y ahora.

–¿Está mejor?

Bizqueó confuso hasta centrarse en el rostro de la comisaria que parecía estar flotando sobre él.

–¿Qué ha pasado?

–Agnar Finstad lo atacó y usted se desmayó. ¿Quiere que llame a un médico?

Kennet emitió un gemido, al sentir un dolor agudo deslizándose desde la cabeza hasta las puntas de los pies pasando por la columna vertebral.

–No será necesario –dijo luego.

Trató de reprimir las náuseas concentrándose en su respiración.

–Tiene que acompañarnos. –Esta vez fue la voz del compañero de Olsen la que se abrió camino hasta su conciencia. Albergaba un tono cortante y de odio. El hombre le dedicó una mirada de desprecio y por un momento le pareció que también lo iba a atacar.

–¿Por qué? –consiguió preguntar a duras penas Kennet, aunque ya suponía la razón.

Lykka suspiró y sus ojos no presagiaron nada bueno.

–Hemos encontrado algo en su garaje.

–¿En el garaje? –Kennet no daba crédito–. ¿Por qué en el garaje?

–Parece sorprendido. –Lykka lo miró con cierto recelo–. ¿Es que guarda más cosas escondidas?

–¿Escondidas? ¿Pero de qué demonios está hablando? Pensaba que se refería a… –Se

interrumpió al darse cuenta de que estaba metiendo la pata.

Lykka se giró hacia su compañero y luego de nuevo hacia él.

–He de confesar que este hallazgo me ha sorprendido bastante –admitió y a Kennet le pareció completamente sincera.

–¿Por qué? –soltó este.

–En el fondo le creía. Me costaba imaginarme que usted pudiera hacerle daño a un niño, después de lo que hizo su cuñado en Oslo. Además, sé lo que sufrió su mujer, conozco el porqué de su enfermedad. Pero ahora… –Suspiró y lo miró con una mezcla de rabia y decepción.

–¿Qué es lo que han encontrado? –preguntó con la voz ronca–. Por favor, tiene que decírmelo.

–¿Y aún preguntas? –lo amonestó Mikkel–. Si fuiste tú quien escogió la caja de herramientas como escondite.

El corazón de Kennet se saltó varios latidos. Miró suplicante a la comisaria.

–¿Como escondite para qué?

Lykka guardó silencio y lo observó fijamente.

Algo en el interior de Kennet se rompió al pensar en Cai, con quien se había topado en su casa al regresar del hospital. Inspiró y cerró los ojos. Al volver a abrirlos, detectó que la mirada de Lykka ahora parecía confusa.

–¿Quiere contarnos algo?

Kennet trató de tragar y lanzó una oración al cielo.

–Sea lo que sea lo que han encontrado, no he sido yo quien lo ha escondido en el garaje. ¡Se lo juro! Y tampoco tengo nada que ver con la muerte de Kamilla. Nada de nada. –Se paró a pensar qué hacer a continuación, pero acabó rindiéndose. Luego miró con decisión a Lykka–. Pero creo que sé quién pudo haberlo hecho.

VEINTE

HERMANSVERK

2019

Ingrid estaba aferrada a la mano de Julia. Era como si hubiese huido la vida de su cuerpo. No era más que un cascarón sin vida, incapaz de llorar, chillar o sentir. Llevaba horas así y empezaba a preguntarse si eso sería lo que se sentiría al estar muerto. Puede que fuese lo mejor. Ahora que Kamilla estaba muerta, y Hanna posiblemente también, ¿de qué servía esa vida que se seguía aferrando al cuerpo? Tragó y miró a Julia.

–¿Puedes dejarme sola?

La mujer negó con la cabeza.

–Se lo he tenido que prometer a tu marido, ¿vale? No quiere que te pierda de vista mientras él no está.

–¿Se puede saber qué lo ha llevado a ir a casa de ese hombre? Si fue él, la policía ya lo detendrá.

–Si es que pueden demostrarlo –dijo Julia.

Ingrid bajó la mirada.

–Tenía el torso desnudo.

–¿Qué?

–Mi hija. No llevaba la sudadera. Quien sea que la haya matado y dejado allí en el bosque como si fuera basura, tuvo que habérsela quitado.

Julia la agarró con más fuerza e Ingrid hizo un esfuerzo por no retirar la mano.

Julia no sabía por lo que estaba pasando Ingrid. Ella seguía teniendo a su hija. Selma estaba con Oline. A salvo, mientras que a cada segundo que pasaba, ella era más consciente de que jamás volvería a abrazar a su hija mayor.

Si ahora Hanna también… Ingrid jadeó.

–¿Puedo hacer algo por ti? –preguntó Julia con delicadeza–. ¿Quieres un té? ¿O una pastilla?

Ingrid dijo que no.

Trataría de calmarse mientras que Kamilla esperaba en uno de esos compartimentos helados de la morgue a que le hicieran la autopsia. O puede que la estuvieran abriendo en aquel instante.

Cerró los ojos y trató de luchar contra la imagen horrorosa que fue formándose en su cabeza. De ahuyentarla. Pero veía una y otra vez el cuerpo pálido y lleno de rasguños de Kamilla, sus ojos sin vida, su mirada fija. Luego el bisturí haciendo un corte vertical empezando por encima del pecho hasta llegar al pubis.

Volvió a abrir los ojos y se topó con los de Julia.

–Su cráneo estaba completamente deformado –dijo con la voz entrecortada–. ¿Os dijo Agnar eso?

Julia negó con la cabeza. De repente estaba como petrificada.

–La policía supone que debió de ser la causa de la muerte. Es verdad que dicen que hay que esperar a los resultados antes de estar seguros, pero yo ya lo sé. Tenía la cabeza completamente hundida por un lado.

De repente Julia soltó la mano de Ingrid como si estuviese quemándose con ella.

–¿Quieres parar? No quiero… no puedo oír esas cosas.

Ingrid soltó una risa amarga.

–Yo tampoco quiero, pero resulta que tengo esa imagen metida en la cabeza. Y ahí permanecerá el resto de mi puta vida.

A Julia le entraron ganas de salir corriendo de aquella casa cuando de repente oyó las ruedas de un coche sobre la gravilla de la entrada. Respiró aliviada.

–Esos tienen que ser Sölve y Agnar.

Ingrid se encogió de hombros y observó a Julia correr hacia ellos y susurrarles algo en el pasillo.

Cuando Agnar entró en la sala de estar fue como si estuviera poseído por un nuevo espíritu luchador.

–Hay algo que debes saber –empezó a decir, pero luego enmudeció. Era como si estuviese sopesando las próximas palabras.

Ingrid lo miró impaciente.

–¿Qué?

–Han debido de encontrar algo en la casa de Wiik –intervino Sölve nervioso– porque si no, no se lo hubieran llevado.

–¿Lo han detenido? –Ingrid miró a su marido–. ¿Por qué? Quiero decir, ¿qué fue lo que encontraron?

Agnar miró a Julia.

–Esperaba que lo averiguases tú, llamando a ese colega policía tuyo.

Julia tragó, pero sacó el móvil del bolsillo.

–Voy a hacerlo por vosotros, pero luego tengo que volver a mi casa.

Mientras que Julia y Sölve salían para telefonear con calma, Agnar se acercó a Ingrid y la abrazó, aun en contra de su voluntad.

–Por favor, deja que te ayude, si no, te derrumbarás y no quiero perderte a ti también.

Ella lo observó e hizo una mueca.

–Ya me has perdido. Mejor dicho, ya nos hemos perdido. ¿O acaso crees en serio que un matrimonio es capaz de superar algo así?

Él la miró con tristeza y la abrazó aún más fuerte.

–Estoy convencido de ello –le dijo al oído–. Al menos tenemos que intentarlo. Te lo ruego. Pero antes haré todo lo posible por encontrar a Hanna. Que no hayan encontrado su cadáver es una buena señal. La policía está registrando toda la zona, los alrededores de donde ha aparecido Kamilla.

Ella lo miró dubitativa.

–¿En serio crees que Hanna sigue viva?

Agnar reflexionó por un momento y luego asintió con la cabeza.

–Te la traeré de vuelta –le aseguró y le dio un beso en la frente–. ¡Te lo juro!

Agnar se giró de golpe hacia Julia y Sölve cuando los oyó volver.

–¿Y?

Julia parecía indecisa. Miró a Agnar, luego a Julia y acabó mirando al suelo.

–Encontraron la sudadera de Kamilla en el garaje de Wiik. Manchada de sangre. No saben

aún si es la sangre de Kamilla, pero en el fondo ya prueba la culpabilidad de Wiik, o su implicación en la muerte de Kamilla.

Ingrid no acababa de creérselo.

–¿Por qué iba a querer Wiik matar a mi hija?

–Porque está loco –gruñó Agnar.

–Y porque odia a tu marido –se le escapó a Sölve.

–¿Que lo odia? ¿Por qué?

–Tienes que decírselo –le instó Sölve a su amigo.

Agnar miró a su mujer.

–Hace años hubo un incidente en el que Wiik acabó procesado y condenado. Es una larga historia, pero el caso es que podría ser la razón de por qué me guarda tanto rencor, tanto que hasta es capaz de matar a mi hija.

Ingrid se sintió confundida.

–¿Qué pasó hace años?

Agnar titubeó por un momento y luego cogió aire.

–El tipo ese y su mujer no llevaban aún mucho tiempo aquí. A todos les daba miedo por lo huraño que era, porque no hablaba con nadie y porque siempre estaba a la defensiva. La mujer tenía pinta de vivir aterrorizada por él. Solía ir llena de moratones, estar asustada y un poco chiflada. Al final no fue más que una prueba de machitos. El desafío consistía en que había que entrar en casa de Wiik y hacer unas pintadas en la pared. Fuimos yo y un colega. Pero la cosa salió mal y Wiik me pilló. Me dio una paliza que me mandó al hospital y fue por eso por lo que lo condenaron, aunque habíamos sido nosotros quienes habíamos empezado.

Ingrid frunció el ceño.

–¿Qué condena le cayó?

–Libertad vigilada y una multa pecuniaria.

–¿Y por eso crees que mató a Kamilla? ¿No has dicho que guarda en su casa un montón de muñecas? ¿Y que tienen que ver con la enfermedad de su mujer, porque no podía tener hijos? ¿Por qué iba a matar un hombre con ese pasado a mi hija?

–Tal vez por venganza. Puede que piense que su mujer se suicidó por culpa de eso.

–Pero si se quitó la vida muchos años después.

Agnar abrió los ojos muchísimo.

–¿Crees que es inocente?

Ella se encogió de hombros.

–Hay algo más –añadió Julia con voz entrecortada.

–¿Qué? –le espetó Agnar.

–Wiik dice que el responsable de que la sudadera de Kamilla haya aparecido en su garaje es su cuñado. Y ese cuñado, que se llama Cai Borgen, secuestró hace muchos años a una niña pequeña en Oslo. Una niña de la edad de vuestra Hanna. Por desgracia murió durante el secuestro. Parece que tenía un nombre similar al de Hanna: se llamaba Elna.

El cuerpo de Ingrid se tensó.

–Ese Cai Borgen, ¿quién es exactamente? ¿Lo conocéis?

Agnar y los demás dijeron que no.

–Vive en una institución a las afueras de Sogndal. Se ve que ha nacido con una discapacidad –prosiguió Julia–. Y fue por eso por lo que se llevó a la niña en su día. Quería dársela a su hermana, que estaba sufriendo muchísimo por no poder tener hijos. No quería hacerle daño a la niña. Se ve que la pequeña Elna murió por un accidente desafortunado.

Ingrid se percató de que su marido estaba temblando ligeramente. Le recordó un animal salvaje al acecho, a punto de saltar sobre su víctima.

–Pero entonces, lo que dice Wiik no tiene sentido –objetó Ingrid–. ¿Por qué iba ese Cai a secuestrar a mis hijas y hacerles daño si en su día en Oslo se llevó a esa niñita para su hermana? Y la hermana, además, ya está muerta.

–Bueno –sugirió Julia–. Puede que Cai pensara que le haría un favor a su cuñado, para que no estuviera tan solo. Quiero decir, si le falta un tornillo –y se dio con el dedo índice unos golpecitos en la sien–, tampoco es que deba tener mucho sentido lo que hace, ¿no?

Ingrid miró a su esposo.

–Así que la policía se ha llevado a Wiik. Van a desmenuzarlo a él y a su cuñado. Si realmente están involucrados en lo de nuestras niñas, pronto lo sabremos.

Los ojos de Agnar parecían dos ranuras.

–¿Y si a Hanna se le ha agotado el tiempo? Quiero decir, ¿y si está sola a saber dónde? ¿Si no tiene a nadie? A Wiik ya lo tienen, y si no sacan nada de él, irán a por ese Borgen. Pero si la policía se lleva a los dos, ¿cómo vamos a poder llegar nosotros hasta Cai Borgen?

–¿Y qué quieres preguntarle? ¿Acaso crees que va a confesar tener algo que ver con la muerte de Kamilla? Puede que esté discapacitado, pero no desesperado hasta tal punto.

Agnar clavó los ojos en Ingrid.

–Voy a explicarte lo que vamos a hacer. Cuando la policía te pregunte, dirás que estuve aquí, contigo. Y Sölve también.

–¿Qué quieres decir? –intervino Julia, casi histérica.

–Quiero decir que Sölve y yo vamos a ir en busca de ese tal Borgen. Vamos a apretarle un poco las clavijas. Esperemos que no resulte tan duro de roer como Wiik.

–No puedes hacer eso –protestó Julia–. Ya habéis apretado a Wiik. Habéis tenido mucha suerte de que no os haya denunciado y que aún andéis libre por ahí.

–Pero no íbamos mal encaminados –se justificó Agnar–. Le rompí unos cuantos dedos a Wiik, y algo peor, y él insistía en que no sabía dónde estaban mis hijas. ¿Y qué ha pasado? Pues que los maderos han encontrado la sudadera de mi hija mayor en su garaje. Tendría que haberle trabajado un poco más y hubiese cantado como un pajarito.

–No nos quedó otra que irnos –le recordó Sölve–. Te llamó tu mujer por lo del rescate.

–Eso tiene que haber sido parte del plan –murmuró Agnar–. ¿Y si fue Borgen el que llamó? Pudo haber actuado por orden de Wiik para desviar la atención con lo del secuestro fingido. O puede que efectivamente haya sido Borgen el que mató a Kamilla y ahora tiene a Hanna, y Wiik lo sabía y por eso desvió la atención de él y de su cuñado y trató de que nada apuntase hacia ellos. –Se detuvo y la miró–. Tengo que hacerlo, ¿me oyes? No hay otra alternativa. Si alguien sabe dónde está Hanna, es Cai Borgen. Y para llegar a él, necesito ayuda–. Miró a Julia y luego a Sölve–. ¿Puedo contar con vosotros?

Ingrid se dio cuenta de que el cuerpo de Julia se tensó. Era como si de repente su amiga tuviese mucho miedo. Ingrid frunció el ceño. No, miedo no era la palabra apropiada para explicar el comportamiento de Julia. Era más bien como si su amiga encarnase de repente la mala conciencia. Y fue como si Julia le estuviese leyendo el pensamiento, porque hizo un gesto brusco de negación con la cabeza.

–Lo siento, pero a mí esto no me parece correcto y no quiero que metas a Sölve en esto. –Cogió a su marido de la mano y lo arrastró consigo al pasillo. La situación le pareció tan surrealista a Ingrid que no logró articular palabra.

Agnar la miró perplejo, luego resopló y corrió tras ellos.

–¿En serio? –les gritó–. ¿Vais a dejarnos tirados?

Ingrid, que había seguido a su marido, trató de calmarlo, pero en vano. Su cuerpo se había convertido en una masa muscular de noventa y dos kilos, tensa a no más dar.

–No es eso, tío –se justificó Sölve, sin poder mirar a Agnar a los ojos.

A Ingrid le llamó la atención que también Julia desviaba la mirada.

–No lo entiendo –dijo, aunque consideraba que el comportamiento de sus amigos, sobre todo el repentino cambio de parecer de Sölve, no tenía nada que ver con lo que les estaba pidiendo Agnar. Aquellos escrúpulos repentinos no encajaban con su persona–. A partir de aquí tenemos que dejarlo todo en manos de la policía. Es la única alternativa que tenemos para recuperar al menos a Hanna.

Agnar se giró como un rayo hacia ella.

–No lo entiendo –le espetó–. Nuestra hija mayor está muerta y nuestra otra hija sigue desaparecida. ¿Y a ti te parece bien que mi mejor amigo no quiera apoyarme?

–Cariño, por favor. –A Ingrid le costó pronunciar aquellas palabras–. Yo también quiero recuperar a Hanna, pero pienso que no deberíamos actuar por nuestra cuenta e ir por ahí amenazando a la gente.

Agnar la miró y soltó una risa malvada.

–¿Amenazar? Cariño, lo que tengo pensado hacer no tiene nada que ver con una amenaza. Voy a coger a ese psicópata y lo voy a machacar con mis propias manos hasta que me diga de una vez por todas dónde está mi hija.

VEINTIUNO

SOGNDAL

2019

–¿Está seguro de que no quiere un abogado? –Lykka ladeó la cabeza y miró a Kennet Wiik.

–No necesito ninguno. A fin de cuentas, yo no he hecho nada.

–Pues empecemos. Y nada de jueguecitos. Hablo en serio.

–No sabía que los hubiese habido en algún momento –replicó él y cruzó los brazos a la altura del pecho.

Lykka asintió con la cabeza.

–Vale. La cuestión es… que esto pinta muy mal para usted. Hemos encontrado algo en su caja de herramientas que pertenece sin la menor duda a Kamilla. Está manchado de sangre y ahora mismo los compañeros forenses están analizando a quién pertenece dicha sangre, si a usted o a Kamilla.

Se interrumpió y miró la mano de Kennet.

Este se rio.

–¿Creen que me lesioné al hacerle daño a la niña? Siento desilusionarla. –Suspiró–. La verdad es que no quería hablar de ello porque el hombre ya tiene bastante con qué lidiar en estos momentos, pero ya que ahora le ha dado incluso por relacionar mi herida con la niña muerta, no me queda más remedio. –Carraspeó y la miró seriamente–. ¿Por qué no le pregunta a Agnar Finstad cómo me he lesionado? Apuesto a que echaría por tierra su hipótesis en cuestión de segundos.

Lykka frunció el ceño.

–¿A qué se refiere?

Él la miró.

–Él y su colega, no sé cuál, entraron en mi casa. Agnar quería saber dónde estaban sus hijas. Porque gracias a usted cree que yo tengo algo que ver con todo eso. Le dije la verdad, o sea, que no lo sé. Y aun así me rompió dos dedos y otro me lo preparó con las tijeras de podar.

Lykka se lo quedó mirando horrorizada. Y luego volvió a fijarse en la mano.

–¿Agnar le hizo eso? ¿Por qué no nos lo dijo?

Kennet se encogió de hombros.

–No tengo hijos, muy a mi pesar. Torja y yo siempre quisimos tenerlos, pero no podíamos. Lo intentamos todo, y nada. Mi esposa enfermó por eso y yo hubiese hecho lo que fuera para que se sintiese mejor. Lo que fuera, en serio. La quería más que a mi propia vida, seguramente como les pasa a los Finstad con sus hijas. Y para serle sincero, si fuese Torja la desaparecida, estaría dispuesto a sobrepasar cualquier límite, igual que Agnar, para encontrarla. Puedo empatizar con él y entiendo su deseo de hacer todo lo posible para recuperarlas.

Lykka no pudo evitar sentir admiración por aquel hombre. Incluso ahora, siendo sospechoso

de asesinato, era capaz de justificar el comportamiento de Agnar. Lykka supuso que Wiik jamás habría delatado a Agnar si no estuviese en juego su libertad. Lo miró muy seria.

–¿Pero entonces cómo explica la presencia de la sudadera de la niña en su garaje? La sudadera que llevaba puesta cuando desapareció.

Kennet la miró horrorizado.

–¿Eso es lo que encontraron?

–Sí, y empapada en sangre.

El hombre inspiró fuerte y pareció completamente perdido.

–Eso tuvo que ser Cai –explicó–. No suele venir a mi casa por su propia cuenta porque le queda muy lejos y no lo dejan conducir. Soy yo el que va a visitarlo con frecuencia, pero ayer se plantó inesperadamente en mi casa. Estaba hundido. No quiso decirme qué le pasaba, pero murmuró unas cosas muy raras.

–¿Qué dijo exactamente?

–Primero dijo que no había sido él quien le había hecho daño. Yo no sabía de quién estaba hablando, y por eso le pregunté si se refería a Kamilla, a Hanna o a Elna, la niña de Oslo. A lo que Cai dijo algo muy extraño.

Lykka tragó saliva y notó cómo se le tensaban los músculos.

–Por favor, aunque se trate de su cuñado, tiene que decirme la verdad.

Kennet asintió.

–Dijo: “Fuiste tú, ¿me oyes? Tienes que decírselo que si no, me meten en la cárcel.”

Lykka se quedó boquiabierta mirando al hombre que tenía delante y luego hizo un gesto de negación con la cabeza.

–Es decir, quería que cargarse usted con la culpa.

Kennet asintió mientras se mordía el labio.

–Luego traté de averiguar a qué se refería exactamente, pero estaba completamente ido y dijo que la policía había ido a verlo para llevárselo.

Lykka cerró los ojos durante una milésima de segundo.

–Eso fue culpa mía –admitió–. Fui a verlo al descubrir lo de Oslo. Quería conocerle, hacerme una idea de él.

–¿Y lo consiguió?

Lykka suspiró.

–Se ve que no.

–Le aseguro que no yo secuestré a esas niñas, y mucho menos he matado a una de ellas –dijo de repente Kennet–. Y tampoco sé cómo pudo llegar esa sudadera a mi garaje. Por eso creo que tuvo que ser Cai. Aunque tengo que admitir que no le veo ningún sentido al hecho de que mi cuñado haya secuestrado de repente a dos niñas, matado incluso a una, transcurridos todos estos años. Él no quería matar a la niña. Ocurrió sin más. Pensaba que estaba haciendo algo bueno por su hermana. Cai no es mala persona, créame. Es… –se interrumpió en busca de un calificativo–: demasiado tonto como para distinguir entre lo correcto y lo incorrecto.

Lykka asintió con la cabeza.

–Y aun así no se me va de la cabeza esa petición de rescate.

–¿Rescate? ¿Alguien pidió un rescate por las niñas?

Lykka le dirigió una mirada escrutadora.

–¿Cree que fui yo?

–Yo no creo nada, solo busco respuestas.

–Mi mujer heredó una fortuna considerable al morir sus abuelos. Pudo dejar el trabajo y no

preocuparse más por cuestiones financieras. Ahora que está muerta, esos 45 millones de coronas son míos. ¿Por qué iba a secuestrar dos niñas y pedir un rescate?

–Lo pidieron varios días después de que desaparecieran las niñas. Puede que fuese una maniobra de distracción. El chantajista llamó a la madre una sola vez. En cuanto a cuándo y dónde tiene que ser la entrega seguimos sin saber nada. Por no mencionar que una de las niñas ya ha aparecido muerta.

–Yo no hice esa llamada. Y dudo que haya sido Cai. Para eso le falta malicia. Puede que sea demasiado tonto como para entender con exactitud qué fue lo que hizo en Oslo, pero ¿pedir un rescate? ¡Jamás!

–Pero entonces, ¿qué sentido tiene todo esto?

–Puede que una cosa no tenga nada que ver con la otra.

Lykka le dio vueltas a esa idea y asintió.

–Tal vez, pero aun siendo así, sigue quedando la cuestión de cómo llegó la sudadera a su garaje y por qué iba a secuestrar a esas niñas, y matar a una. Lo he visto y he hablado con él y a mí no me pareció para nada un loco. Vale que su discapacidad lo limite mentalmente, lo que explicaría lo sucedido en Oslo. ¿Pero Kamilla y Hanna? No encaja.

Kennet la miró decepcionado.

–Así que tuve que ser yo. ¿No estará simplificando demasiado?

Lykka se sobresaltó al abrirse la puerta a sus espaldas. Se giró y vio a Mikkel parado en el umbral.

–¿Podemos hablar un momento? –le pidió.

Lykka volvió a girarse hacia Wiik, detuvo la grabación y le dedicó una sonrisa de disculpa.

–Voy a dejarlo un momento solo, si no le importa.

Kennet se encogió de hombros y asintió.

Una vez fuera miró a su compañero.

–¿Qué pasa? ¿Por qué interrumpes mi interrogatorio?

Mikkel soltó un gruñido de rabia.

–¿A eso lo llamas tú un interrogatorio? Le dejas el mando, lo tratas con amabilidad. ¿He de recordarte que ese hombre está bajo la sospecha de haber matado a una niña de doce años? Por no mencionar que tenemos que averiguar dónde está Hanna y si sigue viva. ¿A dónde nos va a llevar tu amabilidad?

Lykka se encogió de hombros.

–El caso es que… le creo. Lo siento, pero es así. Y cómo llevo mis interrogatorios sigue siendo asunto mío.

–¿Qué esperas sacar de esa conversación? –quiso saber Mikkel.

–En el fondo, la confirmación de que mi sexto sentido sigue intacto. Siento que no ha sido él. Y sé que hay algo en este caso que estamos pasando por alto. No puedo decir qué, pero te juro que pronto lo sabré.

–Se trata de Hanna –le recordó Mikkel–. La pequeña tiene siete años y toda una vida por delante. Si es que no está muerta ya.

–Ya lo sé. Pero ir especulando a diestro y siniestro tampoco servirá de nada.

–¿A qué te refieres? Tenemos todo lo necesario. Lo único que nos queda es juntar las piezas del puzle.

–¿No me digas? ¡Pues hazlo!

Mikkel resopló con gesto despectivo.

–Muy bien. Pues esta es mi teoría. Kennet Wiik odia a Agnar Finstad. Puede que sea por lo

que tuvo que soportar su mujer tras el allanamiento y por el juicio subsiguiente que la dejó tocada de la cabeza. Sufrió una crisis nerviosa o cayó en depresiones continuas, lo que sea, llegó para poner a Wiik en contra de Finstad. Con el paso de los años nuestro sospechoso perdió el interés en vengarse porque bastante tenía ya con ocuparse de su mujer enferma, pero cuando finalmente murió, y aun por encima suicidándose, volvió a emerger todo aquel odio y ¡bingo!, ahí tienes nuestro motivo. En cuanto a Cai Borgen, el pasado de ese hombre le viene que ni pintado a Wiik. Ya ha secuestrado a una niña, que aun por encima murió durante el secuestro. Con ese historial, cualquiera se cree el cuento de Wiik de que esta vez también fue Borgen. Cualquiera… menos el menda lerenda.

Lykka le dirigió una mirada dubitativa a su compañero.

–Wiik no parece una persona que se deje llevar por la venganza.

–Claro, como te ha contado ese cuento lacrimógeno del ataque de Finstad… Qué generoso por su parte no denunciar al tipo, después de haberle matado la hija.

–Pero si no lo sabemos. Ni siquiera sabemos a quién pertenece la sangre de la sudadera.

–Seguramente a la niña –aventuró Mikkel–. El traumatismo lo recibió en la sien izquierda y la sudadera está manchada justo en ese lado.

–Estoy de acuerdo, pero hay que esperar los resultados para estar seguros.

–Y lo del rescate –prosiguió Mikkel–. Para mí que fue cosa de Wiik. O puede que tuviese a Borgen como cómplice. Puede que le haya escrito lo que tenía que decir o que se lo haya hecho aprender de memoria. Tan complicado tampoco es.

–Será mejor que traigamos a Borgen para interrogarlo también a él. Y a poder ser, hoy mismo.

El rostro de Mikkel se ensombreció.

–Me encantaría, pero parece que se lo ha tragado la tierra.

–¿Qué?

–He mandado a dos hombres a su vivienda, pero no abre ni coge el teléfono. Los compañeros les han pedido a los cuidadores que abran la puerta, pero estos se niegan. Dicen que quieren algo oficial, una orden.

–Pues consigue una.

–Ya lo he hecho. Se la he mandado por fax hace unos minutos.

–Así que toca esperar. ¿Quieres que probemos con Wiik mientras tanto?

Mikkel reflexionó un instante y luego hizo un gesto de negación con la cabeza.

–No serviría de nada. No va a decir nada, sino seguir en sus trece. Hay que hablar primero con Borgen. Presionarlo. Si nos cuenta algo útil, puede que consigamos algo que usar contra Wiik.

Se oyó vibrar un móvil.

–Es el tuyo –dijo Lykka.

Mikkel sacó el móvil del bolsillo del pantalón y aceptó la llamada.

Lykka notó cómo se le iba tensando cada vez más el cuerpo a su compañero.

–¿Qué pasa? –le preguntó en voz baja, pero él la ignoró. Se había quedado como una piedra.

–¡Mierda joder! –gritó de repente y la miró perplejo–. Lo han encontrado –le explicó–. Alguien le ha dado una paliza y lo ha dejado allí tirado medio muerto. Borgen está inconsciente. Ha perdido mucha sangre. Hay que trasladarlo cuanto antes al hospital.

VEINTIDÓS

SOGNDAL

2019

La puerta de la sala de interrogatorios tardó más de hora y media en volver a abrirse y no fue Lykka Olsen la que entró, sino Mikkel. Tenía un aspecto sombrío y pasó de amabilidades. Kennet comprendió enseguida a qué estaban jugando.

–Así que poli bueno, poli malo, ¿Hmm?

Mikkel lo miró amenazadoramente.

–Tan solo la palabra poli ya podría costarle veinte mil coronas.

Kennet fingió bostezar de aburrimiento.

–No puedo contarle nada que no le haya contado ya a su compañera.

–Pero yo sí –replicó el policía–. Lo hemos encontrado. A su cuñado. Y según el médico de urgencias, pinta bastante mal la cosa. Pero eso usted ya lo sabe.

Kennet alzó las cejas.

–¿De qué demonios está hablando?

–A su cuñado se lo han llevado al hospital. Menuda paliza le han dado.

Kennet hizo un gesto de negación con la cabeza.

–¿Le han pegado?

Mikkel guardó silencio.

–¿Y cómo iba a ser yo? Si llevaré unas seis horas aquí metido.

Kennet soltó un gruñido nervioso.

–En vez de buscar a quien ha sido, lo que están haciendo es tocarle la moral a un inocente, y ni siquiera se dan cuenta.

Mikkel se inclinó hacia delante.

–No es usted tan inocente como pinta. En realidad lleva mucho tiempo preparándolo todo, ¿a que sí? El secuestro, la angustia de los padres, el rescate. Qué faena que a la mayor le diera por defenderse. No le quedó más remedio que matarla. Usted entró en pánico y en su desesperación decidió seguir con lo del chantaje para alejar la atención de su persona. A nadie se le ocurriría pensar que fue usted porque a nivel económico tiene más que de sobra, ¿verdad? Pero cuando se encontraron las bicicletas de las niñas, se puso nervioso y decidió llevar el cadáver de Kamilla a un lugar donde no la encontrarían tan fácilmente. Eso sí, primero le quitó la sudadera y la guardó en su garaje, por si las moscas. Usted sabía muy bien que Cai era la cabeza de turco perfecta. Y para que no contara nada, va y le dio una paliza. Una pena que no haya muerto como esperaba. Sigue vivo, y si tenemos suerte, podrá hacer una declaración tan pronto recupere la conciencia. Y entonces, a más tardar, será cuando lo tengamos cogido a usted por los huevos.

–Todo eso no son más que patrañas –soltó Kennet cuando Mikkel hubo por fin acabado–. No he tocado ni a Kamilla ni a Cai. Además, en esa historia suya, mi supuesto ataque a Cai no tiene

sentido alguno.

–Se equivoca. –El policía volvió a inclinarse sobre la mesa y lo miró a los ojos–. Declarará en el juicio, dirá que pensó que podía haber sido Cai y que por eso le dio la paliza. Dirá que estaba furioso con él porque después de Elna, Kamilla se había convertido en la segunda víctima de Cai, y que, además, estaba muy preocupado por Hanna y quería sacarle a su cuñado dónde tenía a la niña. Tengo que reconocer que es un plan muy astuto.

Kennet soltó un gemido de angustia.

–Que no fue así. Y no voy a soltar algo así en ningún tribunal.

–¿Entonces cómo sucedió? –El policía hizo una mueca–. Venga, dígame de una vez dónde tiene a Hanna o si es que aún vive. ¡Antes de que pierda los estribos!

Kennet echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos.

–Lo haría si lo supiera.

–Va a ir a la cárcel sí o sí, pero si coopera con nosotros y nos deja salvar al menos a Hanna, podría jugar a su favor durante el juicio. No me malinterprete: en chirona va a acabar, eso está caro, la cuestión es por cuánto tiempo.

Kennet se levantó y miró fijamente al policía.

–Hemos acabado, ¿me oye? A partir de ahora no diré nada más sin estar mi abogado presente.

Se sobresaltó al oír a alguien llamar a la puerta. Acto seguido entró Lykka Olsen echa una furia.

Que estaba furiosa estaba claro, la cuestión era con quién.

–Vuelva a sentarse, por favor –dijo con tono autoritario.

–Ahora sí quiere un abogado –comentó su compañero.

–Está bien –replicó Lykka–. ¿Quiere llamar usted al suyo o le basta con que le pongamos nosotros uno de oficio?

–Prefiero pedírselo al mío –contestó Kennet.

–Muy bien –aceptó Lykka y se acercó a él para observarlo mejor–. Quisiera hacerle otra pregunta más.

Kennet resopló e hizo un gesto de resignación con la cabeza.

–Al recuperar antes la conciencia, en su casa, pareció sorprendido cuando le dije que habíamos encontrado algo en el garaje. ¿Lo recuerda?

Kennet asintió y de repente lo recorrió un escalofrío por todo el cuerpo.

–¿Querría decirme el motivo de tal sorpresa?

Él se negó.

–Lo siento, no puedo.

–¿Por qué no?

Le costaba respirar.

–Es difícil de explicar.

–Esa cabaña junto al Fiordo de Sogne, si voy a echar un vistazo, ¿con qué voy a encontrarme exactamente?

Kennet cerró los ojos y bajó la cabeza.

–Por favor –soltó entonces–. Déjelo estar. Le garantizo que no encontrará nada que tenga que ver con la niña Finstad.

–¿Esa es su última palabra? –Los ojos de Lykka Olsen desprendían chispas.

Él asintió débilmente con la cabeza.

VEINTITRÉS

FIORDO DE SOGNE/HERMANSVERK

2019

–Ven un momento –le pidió Lykka a Mikkel, que la siguió. Antes de abandonar la sala de interrogatorios, volvió a girarse una vez más hacia Wiik–. Voy a mantener una pequeña charla con mi compañero. Si se lo piensa mejor y decide contarme algo de esa cabaña, en unos minutos estoy de vuelta.

Sin esperar contestación alguna, salió. Nada más cerrarse la puerta se volvió como un rayo hacia Mikkel.

–Mientras tú estabas ahí dentro lanzando acusaciones sin ton ni son, he hablado con Ingrid Finstad. La mujer confirma la declaración de Wiik, que su marido tuvo que haberlo atacado. Dice que esa noche, antes de que le entrase la llamada del rescate, fue a la casa de Wiik y que le tuvo que hacer algo. No sabe qué. Pero según ella, Wiik no pudo haber hecho la llamada porque a esa hora estaban Finstad y uno de sus colegas con él en su casa.

Mikkel tragó.

–¿Entonces el cuento de las lesiones es cierto?

Lykka asintió.

–Y eso no es todo. Ingrid Finstad también me ha contado que su marido tenía pensado darle un repaso a un tal Cai Borgen, porque cree que junto con Wiik son los asesinos de su hija. Así que ya sabemos quién le dio la paliza al cuñado de Wiik. Se ve que el propio Wiik no fue.

–¿Y esa cabaña que has sacado a relucir? ¿Qué tiene que ver?

–Dieron con ella en el departamento. El terreno está registrado al nombre de su mujer. Yo diría que una cabaña apartada es un muy buen escondite. ¿No te parece?

–¿Entonces no descartas a Wiik como culpable?

Miró a Mikkel. Estaba indecisa.

–Bueno, algo esconde allí, eso está claro. Pero no creo que sea Hanna.

–¿Vas a ir?

–Vamos a ir juntos, por si las moscas. Y luego les hacemos una visita a los Finstad. Agnar tiene que bajarse un poco de la parra, y lo mejor será que lo haga en el calabozo, donde no podrá hacerle daño a nadie más.

Apenas media hora más tarde subían por un pequeño sendero hacia la cabaña. La tensión de Mikkel era palpable. Lykka se detuvo y se lo quedó mirando.

–Sé por qué tratas así a Wiik –le dijo–. Algún día tu hija tendrá la misma edad que Hanna e imaginarte que…

–Para –la interrumpió. Luego suspiró–. Tienes razón. Es por Clara. Y por eso quiero cerrar de una vez por todas este maldito caso. No quiero tener que preocuparme más por las niñas que tal vez no vuelvan a celebrar su próximo cumpleaños.

–¿Y por eso quieres encerrar a Wiik cueste lo que cueste? ¿Aunque sea inocente?

–Eso no lo sabemos.

–Exactamente. No sabemos si fue o no fue él. Y no podemos seguir dando palos de ciego, hemos de actuar de la forma más racional posible. No te dejes llevar por tu instinto paternal, ¿vale?

Mikkel asintió con la cabeza y señaló la cabaña.

–No quería que viniésemos. ¿Por qué?

Lykka se encogió de hombros.

–Puede que sea aquí donde guarda su colección porno. O dinero negro. Yo qué sé. Pero no creo que encontremos a Hanna ahí dentro.

–¿Y por qué insististe en venir?

–Bueno –Lykka miró a su compañero de reojo–. Para estar seguros.

Lykka se acercó a la puerta agarrando con fuerza el escoplo.

–¿Quieres que lo haga yo? –se ofreció Mikkel, pero ella rechazó el ofrecimiento. Estaba tan nerviosa que el esfuerzo físico de forzar la puerta le vendría bien para calmarse.

La puerta de madera se astilló y saltó de los goznes con un fuerte estruendo.

El aire estaba cargado con una peste a descomposición y madera húmeda y mohosa.

Lykka se detuvo por puro instinto y miró a Mikkel.

–¿Qué opinas?

–Que este tío no tendrá gato encerrado aquí, pero algo encerrado tiene.

Lykka suspiró, encendió la linterna y entró.

En una de las paredes había unos estantes con todo tipo de cosas. Contra las otras paredes había apoyadas un sinfín de cañas de pescar y en el suelo había sillas desperdigadas y botas.

–Mira –dijo Mikkel con un susurro de voz.

Lykka se giró al instante y con la mirada siguió el brazo extendido de su compañero. En el suelo, encajado entre dos taburetes de pesca, había un objeto cilíndrico. Parecía una alfombra enrollada, pero Lykka ya llevaba muchos años de experiencia policial a cuestas como para saber qué era aquello en realidad. Se arrodilló al lado y empezó a tirar suavemente de la lona.

–Ayúdame –le pidió a Mikkel, que seguía clavado en el mismo sitio, esperando lo peor–. No puede ser Hanna –le informó con impaciencia–. Este paquete es demasiado grande.

Mikkel resopló, se arrodilló a su lado y empezó a ayudarla. Cuando por fin lograron apartar la lona, Lykka se apartó horrorizada al ver lo que contenía el paquete. Lo mismo le ocurrió a Mikkel.

–¿Qué demonios es eso? –preguntó asqueado.

Lykka lo miró.

–Pues yo diría que es el cadáver de Torja Wiik. La cuestión es qué hace aquí en la cabaña como si fuera la protagonista de La momia?

Una vez hubieron acabado los de la Científica y se hubieron llevado el cadáver, Lykka dejó caerse en el asiento del conductor de su coche. Miró a Mikkel, sentado a su lado.

–¿Qué opinas? ¿Alguna duda?

Él se encogió de hombros.

–Bueno, dejando aparte que voy a tener pesadillas con esa cosa horrible, he de reconocer que tiene que ser su esposa. Está claro que se trata del cadáver de una mujer, que fue tratado químicamente para impedir la descomposición, y teniendo en cuenta que Wiik no quería dejarnos entrar en su casa… –Se interrumpió para reflexionar–. Vale, que no nos dejara pasar tiene sentido. Hasta ahí de acuerdo. Quería sacar a su esposa muerta de la casa porque su presencia iba a poner en duda su cordura.

–¿Nada más?

Reflexionó y la miró.

–La habitación del primer piso, la de las muñecas. Olía muy mal. Me imagino que el cadáver tuvo que estar todo este tiempo allí metido. Para poder estar con sus muñecas.

Lykka asintió.

–¿No te parece en cierto modo romántico? No era capaz de separarse de ella, y por eso la volvió a desenterrar y a meter en casa.

Mikkel frunció el ceño.

–Era broma –se rio Lykka–. Una broma algo macabra. Ya sabes que el romanticismo no es lo mío. –Le vino una idea a la cabeza–. Todo esto confirma lo que opino sobre ese hombre. Imaginemos que no lo hizo por él, sino por Torja, es decir, lo de desenterrarla para estar con sus muñecas. Eso significaría que el hombre tiene un corazón tan grande que quiso cumplirle los deseos a su mujer, incluso más allá de la muerte. ¿Cómo va una persona así querer privar a una madre de sus hijas?

Mikkel la miró confuso.

–Pues a mí esto no hace que me caiga mejor. Todo lo contrario. Pero puede que me esté dejando llevar por mi lado masculino.

Lykka arrancó el coche.

–Vamos a visitar a los Finstad, ¿vale?

Mikkel miró el reloj, pero no dijo nada.

–¿Quieres que te deje en casa? Es tarde y quieres estar con tu niña, ¿verdad?

Él negó con la cabeza.

–Quiero encontrar a Hanna. Eso es todo. Mi niña, al contrario que Kamilla y Hanna, está a salvo. ¿Qué más da que un día no pueda darle el beso de buenas noches?

Lykka tragó y no hizo ningún comentario.

Recorrieron el resto del trayecto en silencio. Cuando por fin detuvo el coche delante de la casa de los Finstad, Lykka miró a Mikkel.

–Déjame hablar a mí, ¿vale?

Él le devolvió la mirada, pero con la duda reflejada en los ojos.

–¿En serio que quieres llevártelo con su esposa presente? La pobre solo tiene a su marido para pasar por todo esto.

Lykka se encogió de hombros.

–Que se lo hubiera pensado antes de atacar a Wiik y a Borgen.

Lykka se apeó, se fue hacia la casa, abrió el portal y a punto de timbrar se abrió la puerta y se encontró de frente con Agnar. Parecía muy abatido, tenía los ojos rojos de llorar y su rostro reflejaba resignación.

–Ya me tardaban. –Se apartó para franquearles la puerta.

Lykka pasó a su lado y se fue a la sala de estar donde encontró a Ingrid sentada en el sofá junto a una amiga. Era la madre de Selma, Julia.

Ingrid era la desolación personificada y Julia parecía hacer todo lo posible para servirle de apoyo, pero con poco éxito.

–Van a llevárselo, ¿verdad? –Ingrid la miró con pánico en los ojos.

Lykka asintió.

–Ha mutilado a Kennet Wiik y ha mandado a Cai Borgen de una paliza al hospital. No podemos permitir que siga haciéndole daño a más gente.

Ingrid tragó.

–Pero yo no puedo con todo esto sola.

Julia le apretó la mano.

–Si quieres, puedo quedarme. También de noche.

–Gracias, pero no es lo mismo. Necesito a mi marido. –Ingrid le dedicó una mirada de disculpa a la mujer sentada a su lado–. Qué pasa si Hanna también… Quiero decir… Ya no puedo con todo esto ahora. Sin Agnar… –Y rompió a llorar.

Pero en vez de abrazar a Ingrid y consolarla, Julia se levantó de golpe, como picada por una tarántula. Cogió aire, sin percatarse de la impresión que había causado en los presentes su repentino estallido. Sobre todo en la amiga apenada.

–Lo siento –tartamudeó–. Es que… tengo que ir…. un momento al baño. A refrescarme.

Tanto Ingrid como Agnar se la quedaron mirando perplejos cuando salió corriendo de la habitación.

–Puede que no haya sido la mejor opción –murmuró Agnar finalmente. Luego miró a su esposa–. ¿Quieres que llame a la madre de Oline, para que se quede contigo mientras yo no esté?

Ingrid rechazó la propuesta.

–Julia se calmará. Supongo que a ella también está resultándole todo demasiado. Al fin y al cabo, conoce a Kamilla desde que era pequeña.

Él asintió y miró a Lykka.

–Cuando quiera. Cuanto antes acabemos con esto, antes podré volver junto a mi mujer.

Le dirigió una última mirada a Ingrid y por una milésima de segundo Lykka dudó si estaría haciendo lo correcto.

–¡Tú puedes con esto! –animó Agnar a su mujer.

–Si tú lo dices –replicó ella con un hilo de voz.

Sentados por fin en el coche y de vuelta a Sogndal, un pensamiento atravesó de repente la mente de Lykka. Dejándose llevar por un impulso, puso el intermitente.

–¿Os importa si damos un pequeño rodeo? –Miró primero a Agnar por el retrovisor y luego a Mikkel, que iba en el asiento del copiloto. Los dos guardaron silencio.

–Muy bien –dijo ella y giró en el primer cruce a la izquierda.

–¿Qué hacemos aquí? –quiso saber Agnar con un tono de desconfianza en la voz, cuando poco después se detuvieron delante de la casa de los padres de Selma.

–Sölve no tiene nada que ver con todo esto.

–Es posible –replicó Lykka–. Pero no es con él con quien quiero hablar, sino con su hija.

Mikkel abrió los ojos muchísimo.

–¿A estas horas? La niña estará durmiendo.

Lykka le dedicó una mirada muy seria a su compañero.

–Luego te lo explico. Espérame aquí y vigila que a nuestro querido señor Finstad no le dé por

largarse.

Mientras cruzaba la carretera en dirección a la pequeña casa, repasó todo mentalmente. Que Wiik no tenía nada que ver con la desaparición de las niñas, estaba claro. Y en cuanto a Cai Borgen… Acababa de recordar las palabras que había murmurado cuando había ido a verlo. De repente su voz se había agudizado, como la de una mujer. ¿Qué era lo que había dicho? "Va a odiarme por eso. Va a dejarme para siempre." Lykka cerró los ojos y soltó poco a poco el aire acumulado en los pulmones.

¿Y qué había dicho Wiik cuando lo había interrogado acerca de Cai? Que estando con él también había dicho algo raro.

Fue como una epifanía. No había sido Cai quien había secuestrado a la pequeña Elna en Noruega, sino Torja, su hermana. Y él había cargado con la culpa para proteger a su hermana. Porque sabía que no había actuado por maldad, sino por desesperación.

¿Y Wiik?

Lykka se había dado cuenta de que siempre que hablaba de su cuñado, había cierta frialdad en su voz.

Desconocía el secreto de su esposa.

La tenía por una santa, mientras que a Cai, el inocente de verdad, lo consideraba un monstruo.

Entender aquello fue como un jarro de agua fría.

El daño que pueden hacer las mentiras y los secretos…

–¿Va todo bien ahí? –se preocupó Mikkel.

Ella se giró y levantó la mano.

–Estoy bien. Es solo que necesito inspirar hondo.

Volvió a girarse y se fijó en la ventana de la cocina de Julia y Sölve, detrás de la cual parpadeaba una luz tenue.

Si Wiik no tenía a las niñas…

Y Cai tampoco…

Ni siquiera la petición del rescate había sido real porque no había habido más llamadas. Eso solo podía significar que…

Por fin vio la imagen completa y eso la estremeció.

¿De verdad sería así?

Se le atropellaron los pensamientos en la cabeza.

Se dio la vuelta, inspiró, regresó junto al coche y abrió la puerta del copiloto.

–Te necesito.

Mikkel frunció el ceño.

–¿Y qué pasa con…?

Lykka lo miró, abrió la puerta de atrás sin articular palabra y dejó salir a Agnar.

–Usted no estaba solo cuando entraron en casa de Wiik, lo pegaron y lo mutilaron.

Agnar se encogió de hombros y se apartó.

Mikkel también parecía estar confundido.

–Creo que fue Sölve, su mejor amigo.

Agnar no reaccionó.

Lykka miró a Mikkel.

–Ponle las esposas.

–¿Qué?

–Haz lo que te digo.

Mikkel suspiró e hizo lo que le ordenó. Luego se encaminaron los tres hacia la casa de la familia de Selma.

Lykka llamó al timbre e inspiró una última vez. Estaba rezando para que su sexto sentido no le estuviera fallando, porque si era así, estaría metiéndose en un lío muy gordo.

Pasó un rato antes de que oyeran pasos acercarse desde dentro. Luego la llave girando en la cerradura y Sölve ante ellos. Al verlos a los tres y fijarse en que Agnar iba esposado, se asustó.

–¿Qué pasa? –quiso saber.

–Yo no he dicho ni pío –lo avisó Agnar.

Sölve palideció cuando Lykka, sin pedir permiso, entró en la casa. Con un gesto animó a Mikkel a imitarla, pero él se sentía visiblemente incómodo con aquello. Una vez cerrada de nuevo la puerta, Lykka miró a Sölve.

–¿Tiene idea de la que han liado ustedes dos? –gritó, siendo muy consciente de lo raro que tendría que resultarles a los demás–. Cai Borgen está medio muerto en el hospital, y no sabemos si sobrevivirá. Y luego Kennet Wiik. Lo mutilaron. ¿Saben que eso se castiga con pena de cárcel? Para los dos.

Al ver que el volumen alto de Lykka ponía cada vez más nervioso a Sölve, tuvo claro que iba bien encaminada.

–Tenían que haber pensado en sus hijos. En sus esposas. ¿Qué será de ellos cuando estén ustedes en la cárcel? Y luego la pobre gente a la que hicieron daño… ¿Y si son inocentes?

Se oyó el chirrido de una puerta al abrirse en la planta superior. Sölve se puso tenso.

–Todo en orden, cariño. Vuelve a la cama. –Soltó un gallo al hablar.

Se oyeron pasos en el piso de arriba.

–¡Que vuelvas a la cama! –gritó Sölve–. ¡Ya!

Los pasos se detuvieron y Lykka fue consciente de que tenía que ser ahora.

–Selma, sé que puedes oírnos –dijo por eso con una voz suave–. Quiero que bajes y que nos cuentes toda la verdad sobre Kamilla y Hanna.

–¡No! –gritó Sölve y trató de subir corriendo junto a su hija, pero Mikkel fue más rápido. Lo detuvo y lo presionó de espaldas contra la pared.

–No entiendo –balbuceó Agnar.

–Yo sí –le dijo Lykka y le dedicó una sonrisa compasiva–. Les han hecho usted mucho daño a dos personas completamente inocentes.

Miró hacia las escaleras y le sonrió a Selma. La niña, con sus trenzas rubias y de constitución delgada, temblaba de arriba abajo y parecía desorientada.

–Solo tienes que hacer lo correcto y decir la verdad –la presionó Lykka a la vez que la animaba con la mirada–. ¿O acaso no quieres que todo esto se acabe de una vez?

Selma soltó un pequeño sollozo y asintió con la cabeza.

–Fue Oline. –Su voz apenas era un susurro–. Ella y Kamilla se pelearon. Y entonces Oline le tiró una piedra a la cabeza. La pelea era por Hanna. Oline fue mala con ella y por eso Kamilla le dio una bofetada a Oline.

A Lykka no se le escapó que tanto Agnar como Mikkel estaban consternados.

–Y después, ¿qué pasó?

Selma miró a Agnar y empezó a llorar más fuerte.

–Yo no quería, pero Oline nos obligó. Dijo que si la policía se enteraba de lo que de verdad le había pasado a Kamilla, nos meterían a todas en la cárcel.

–Así que dejasteis a Kamilla allí tirada y os llevasteis a Hanna para que no fuera a contar nada.

–Peor. –Selma bajó los ojos–. Oline la empujó colina abajo para que no dijese nada.

–¿Qué? –gritó Agnar preso del miedo–. ¿Qué colina? ¿Dónde está Hanna?

–Está muerta. –Fue Sölve el que habló.

Agnar miró a su mejor amigo. Abrió la boca y la volvió a cerrar, y Lykka se percató de que ahora por fin también él lo había entendido todo.

–¿Lo sabías?

Sölve soltó un gemido de desesperación.

–Selma nos lo contó. Yo quería ir a la policía, pero Julia me obligó a callarme la boca. Temía que nos fueran a quitar a Selma si se descubría todo. Y por eso fingió lo del rescate. Creía que la verdad nunca saldría a la luz - que habían sido las niñas.

Agnar se quedó mirando fijamente a Sölve sin poder dar crédito.

–¿Todo este tiempo sabíais que mis hijas estaban muertas y qué había ocurrido y aun así no dijisteis nada solo para salvar vuestro propio pellejo?

Sölve asintió con la cabeza y luego miró a su hija.

–Lo hice por mi hija, ¿lo entiendes? Y por mi mujer. ¡Por mi familia!

–¿Y qué pasa con mi familia? –gritó Agnar–. ¡Eres un maldito hijo de puta! Te quedas mirando cómo le hago lo peor que se le puede hacer a dos personas, ¿y tú simplemente te callas?

Sölve tragó con dificultad.

–De verdad que lo siento muchísimo. Si pudiera, retrocedería en el tiempo y actuaría de otra forma.

–¿Entonces por qué no salvaste a Hanna? –preguntó Selma de repente, con cierto desafío en su voz.

Lykka abrió los ojos como platos.

–¿Qué acabas de decir?

La niña sollozó por lo bajo y miró a su padre con tristeza y decepción.

–Os oí el otro día a ti y a mamá. Que habíais estado en el sitio donde pasó. Por eso me pedisteis que os hiciera un dibujo. Me enteré de que habéis llevado a Kamilla a otro sitio y que habéis puesto pistas falsas. Y luego oí cómo le decías a mamá que ojalá Hanna también muera antes de que la encuentren.

EPÍLOGO 1

DIEZ DÍAS MÁS TARDE

–¿Quieres algo, cariño? –Ingrid estaba preocupada por su hija. Hanna, que tenía todo el cuerpo lleno de vendajes y escayolas, negó despacio con la cabeza. A pesar del dolor, estaba siendo muy valiente. Mucho peor que el dolor físico era el psíquico causado por la pérdida de su hermana mayor. A eso había que añadir la horrible experiencia de presenciar primero cómo Oline mataba a Kamilla y luego el pasarse días enteros atascada en una grieta de la montaña.

Los médicos decían que era casi un milagro que durante la caída solo se hubiese fracturado las extremidades y la columna vertebral, pero no la nuca, y que no hubiese muerto de sed ni congelada.

Selma había contado por fin la terrible verdad después de que Lykka Olsen le insistiera y acto seguido la policía había llevado a cabo un gran despliegue involucrando ahora también a los compañeros del rescate de montaña. Aunando fuerzas y a pesar de las condiciones climáticas adversas, habían conseguido liberar a Hanna.

Según los expertos, que la habían bautizado con el nombre de El milagro de Hermansverk, fue gracias a la constante lluvia primaveral que Hanna había podido ingerir pequeñas cantidades de agua y librarse así de una muerte segura. También para Ingrid y Agnar fue un milagro que su pequeña y delicada Hanna hubiese sobrevivido aquella tortura.

La pequeña había hecho frente a las adversidades y había soportado un dolor infernal. Ingrid estaba convencida de que ella a su edad no había tenido un instinto de supervivencia tan desarrollado como el de su hija.

Cuando dos días atrás Hanna había recuperado del todo la conciencia, la había mirado y le había dicho que había resistido porque sabía que su mamá y su papá estarían deseando que volviera.

Ingrid tragó, cogió la mano delicada de Hanna y se la besó con cuidado.

Se sobresaltó cuando alguien llamó a la puerta.

–Un momento –dijo malhumorada. No quería que la molestasen cuando estaba con su hija, quería olvidar que hacía tan solo una semana había creído que también la habían perdido a ella.

–No pasa nada, mami –la tranquilizó Hanna con voz débil–. Puede que sea papá.

–Tiene que ocuparse del entierro –dijo Ingrid, sintiendo acto seguido la presión en el pecho, como siempre que pensaba en Kamilla.

La alegría y la pena parecían ir cogidas de la mano. No fue hasta ese preciso instante que se percató de ello. Aquí sentada a la cama de su hija menor, mientras que su esposo se estaba ocupando del entierro de la mayor para librarla a ella ese peso.

A pesar de todo era un buen esposo. Ingrid lo sabía. Él sabía que para ella iba a ser demasiado y por eso se había ofrecido ocuparse él.

Ingrid miró a Hanna.

–¿Estás segura de que quieres hablar con la comisaria que va a venir luego?

Hanna asintió.

–Tienes que contarle exactamente lo que ocurrió. ¿Entiendes?

–¿Pero no se lo contó Selma ya?

–Sí, pero también necesitan tu declaración. Tu versión de los hechos.

–¿Y qué va a pasar con Oline?

Ingrid miró a Hanna.

–Eso tendrá que decidirlo un psiquiatra. Elaborará un informe en el que diga qué es lo que le pasa.

–¿Tendrá que ir a la cárcel?

Ingrid hizo un gesto de negación con la cabeza.

–Es demasiado joven para eso, pero parece que la van a ingresar en una institución psiquiátrica para niños y adolescentes.

–Ojalá no le vuelva nunca más a hacer daño a alguien.

–Sí, ojalá.

–¿Crees que Kamilla ahora está en cielo?

Ingrid notó que se le llenaban los ojos de lágrimas. Miró a Hanna y asintió.

–Estoy convencida. –Se levantó–. Voy a mirar quién es, ¿vale? Si es alguien del cole que quiere visitarte, ¿quieres que le deje pasar?

Hanna asintió.

Al abrir la puerta, Ingrid vio que era Selma. Le dedicó una sonrisa a la niña y se apartó.

–¿Puedo saludar a Hanna?

Ingrid se lo permitió.

Era cierto que la hija de su amiga había participado en todo, pero no voluntariamente, sino porque Oline la había obligado. Había guardado silencio por miedo y preocupación. Cuando tras contárselo a sus padres, estos también le habían dicho que no dijera nada, había creído estar haciendo lo correcto. Hasta aquel día en el que los había oído hablar. Le había entrado la duda, y gracias a esa duda se había armado de valor y le había contado la verdad a Lykka con su padre presente.

Sölve y Julia habían jurado haber actuado de manera tan irresponsable porque tenían miedo por su hija, pero Ingrid sabía que había sido por egoísmo. Qué equivocada había estado. Jamás debió haberse hecho amiga de personas tan insensibles y egoístas. Esa gente nunca habían sido sus amigos de verdad.

Ingrid reconoció que saber que los castigarían por lo que habían hecho era una sensación agradable. Pedir un rescate, aunque fuese fingido, era un crimen, al igual que la omisión de auxilio. Tras haberse llevado a Kamilla, habían ido a ver a Hanna, habían comprobado que seguía con vida. Pero en vez de pedir ayuda, habían decidido guardar silencio y culpar a un inocente endilgándole pruebas falsas.

En cuanto a Agnar y lo que les había hecho a Cai Borgen y a Kennet Wiik, habría un juicio. Lykka Olsen le había dicho que no pintaba bien, a pesar de que el fiscal, en base a los hechos, tendría en cuenta circunstancias atenuantes. Aun así, a su marido lo juzgarían por grave agresión física en dos casos. Presuponiendo lo peor, le esperaba una condena en prisión, aunque no sería tan larga como la de Sölve y Julia.

Tragó saliva y cerró los ojos. Daba igual cuál fuese el futuro inmediato de su familia, algún día, y de eso estaba convencida, llegarían tiempos mejores. Conseguiría enterrar a Kamilla,

aprendería a convivir con el dolor y la pérdida y estaría agradecida por tener al menos a su otra hija. Algún día volverían a ser una familia a la que no se le notaría la tragedia vivida.

Ingrid se preguntó si estaba mal, o si sería censurable, anhelar ese futuro.

Miró a Selma, sentada en la cama de Hanna, y sintió pena porque aquella niña se vería privada de sus padres por una larga temporada. Por fortuna, los abuelos se habían ofrecido para cuidar de ella. A diferencia de Julia y Sölve, ellos sí eran buena gente.

–¿Queréis que os deje solas un ratito? –les preguntó a las niñas.

Selma negó con la cabeza.

–Acabo de contarle a Hanna que soñé con Kamilla. Me repetía una y otra vez que tenía que ayudar a Hanna. Fue por eso que se lo conté a mis padres.

Ingrid la miró.

–Tú no tenías por qué saber que iban a tomar la decisión equivocada.

Selma asintió triste.

–Mis padres no son mala gente.

–Y nadie dice tal cosa. Es solo que tomaron una mala decisión.

–Yo tenía que haber ido a la policía o contárselo a alguien más.

–Los hijos suelen hacer lo que ven que hacen sus padres. Me alegra mucho que te dieras cuenta a tiempo de que en este caso sería un error hacerles caso.

Miró a Selma y entendió en ese preciso momento que sin aquella niña, sin su valor, las cosas hubieran sido muy diferentes, lúgubres y sin esperanza.

Cogió aire y notó una sensación agradable en su interior. Puede que efectivamente hubiese sido Kamilla quien le había hablado a Selma en sueños, que hubiese apelado a su conciencia para salvar a su hermana.

Ingrid tragó.

No creía en espíritus, pero en este caso, el pensarlo no solo la consolaba, sino que parecía real, y eso, a fin de cuentas, era lo que contaba.

EPILOGO 2

–Su hija es muy valiente –les dijo Lykka a Ingrid y a Agnar–. Su declaración nos ayudará a nosotros y luego en el juicio a finiquitar el caso pronto y sin complicaciones.

Ingrid asintió.

–Quiero darle las gracias por habernos ayudado con que Agnar quede libre mientras espera el juicio.

Lykka sonrió.

–Puede que al final no salga tan mal parado. El señor Wiik no ha puesto ninguna denuncia. Tampoco por lo de Cai. –Cogió aire y miró al marido de Ingrid–. Supongo que sirvió de mucho que les pidiera usted perdón a ambos y que se vaya usted a hacer cargo de los gastos del tratamiento.

–Qué menos –dijo Agnar–. Yo no puedo decir lo mismo de mi "mejor" amigo ni de su mujer. –Miró a su mujer, suspiró y luego miró a Lykka–. Fuimos a visitarlos a la prisión preventiva con la esperanza de que nos explicasen cómo habían podido llegar tan lejos, pero ni tuvieron el valor de presentarse.

–Menos mal que su hija Selma parece estar hecha de otra pasta –replicó Lykka–. Esa niña le salvó la vida a Hanna. Si no hubiese sido por ella, no hubiésemos llegado a tiempo o puede que no hubiésemos encontrado jamás a su hija.

–Por cierto, ¿interrogó a Julia y a Sölve por ese asunto del que hemos hablado? –quiso saber Ingrid.

Lykka asintió.

–Sölve tenía una llave de su casa. Quiso coger algo de la habitación de las niñas y esconderlo en la casa de Wiik. Cuando se enteró de que estaba usted despierta, escapó por el sótano. Y por eso él y Julia tuvieron que ir a donde estaba Kamilla y quitarle la sudadera ensangrentada como prueba contra Wiik. Fue entonces cuando vieron que Hanna seguía viva y decidieron trasladar el cadáver de Kamilla. Se ve que no querían que encontrasen a Kamilla pronto para impedir que pudieran salvar a Hanna.

Lykka notó que Ingrid se estremeció.

–O sea, que si no me hubiese despertado, aquellos excursionistas no habrían encontrado el cuerpo de Kamilla –murmuró–. Sölve y Julia no hubieran vuelto al bosque, no habrían visto que Hanna seguía viva y no hubiese tenido lugar la conversación que hizo que Selma tomara la decisión correcta.

Lykka le sonrió a Ingrid.

–Yo diría que un giro afortunado entre tanto infortunio.

Finalizada la conversación con la familia Finstad, a Lykka le quedaba otra cosa que hacer.

Tanto ella como Mikkel, al igual que había hecho Agnar, iban a disculparse con Kennet Wiik. A fin de cuentas había sido por una filtración dentro de la policía que los Finstad habían tenido acceso a tanta información.

Si no hubiese sido por eso, Agnar jamás hubiese logrado convencer a tanta gente de que Wiik era un monstruo.

Aunque…

No había que olvidar a la vecina que supuestamente había visto a las niñas en la propiedad de Wiik.

Ni a todos aquellos que habían aprovechado la ocasión y que solo habían participado para dar rienda suelta a sus bajos instintos unos y a querer sus cinco minutos de gloria los otros.

Lykka siempre había creído que en aquel lugar tan maravilloso no existía el crimen malvado. Nunca hubiese considerado posible que en tan poco tiempo pudieran tener lugar tantos. Pero la gente comete errores, unos más que otros, así que da igual en qué lugar apacible del mundo te encuentres.

Mientras timbraba, le echó una mirada a Mikkel.

–Y no te olvides de sonreír.

Su compañero puso los ojos en blanco.

–Parece que lo estés disfrutando.

Lykka hizo una mueca. La puerta se abrió y ni ella pidió poder pasar ni Kennet los invitó a hacerlo. La expresión de su rostro era inescrutable. En ese momento a Lykka se le pasó por la cabeza que había estado dispuesto a perdonar a Agnar, pero no tenía por qué estar dispuesto a perdonarla a ella ni a Mikkel, y acto seguido se percató de que su comportamiento no reflejaba rabia, sino miedo.

Lo miró y alzó las manos.

–No hemos venido a causar problemas –le aseguró–. Prometido.

Mikkel asintió para reforzar las palabras de su compañera.

–El análisis ha confirmado que se trata, efectivamente, de Torja. Metió usted su cuerpo en sal y con ello lo deshidrató como quien dice, para retrasar así la descomposición. Pero que yo sepa eso no es un acto criminal, siempre y cuando la administración del cementerio no lo denuncie por profanación de cadáveres. Dado que esto hasta ahora no ha sido el caso, digamos que todo el mundo se dará por satisfecho si vuelve a enterrar usted a su esposa como corresponde.

Kennet tragó. Luego asintió.

–Tenía que hacerlo, ¿entiende? A lo largo de los años, Torja pasó tanto tiempo con sus muñecas, que quise que incluso de muerta estuviera reunida con sus bebés.

Lykka asintió.

–Sé que tenía usted buenas intenciones. Pero eso no significa que tenga que entenderlo ni aprobarlo. Además, ese es otro tema y no hemos venido por eso. –Miró a Mikkel, cuyo cuerpo se tensó acto seguido.

–Quería disculparme –consiguió articular Mikkel a duras penas–. Soy padre y si echo la vista atrás, no debía haberme dejado llevar por mi condición de padre y no debí tratarlo a usted de forma tan irrespetuosa.

Kennet hizo un gesto de afirmación con la cabeza, pero no dijo nada.

–Yo también lo siento –intervino rápidamente Lykka. Sin embargo, a su disculpa apenas hubo reacción alguna–. Todo esto no tenía nada que ver con su persona. Hacemos nuestro trabajo y a veces resulta que nos pasamos un poco o nos obcecamos con alguien porque no somos capaces de discernir a los verdaderos culpables o sus motivos. –Carraspeó–. Por cierto, ¿ha

reflexionado sobre lo que le dije con respecto a Elna?

Kennet se sobresaltó y quedó mirando fijamente a Lykka.

–¿Qué más da eso ya ahora? Tanto Elna como Torja están muertas. Y Cai ya pagó por ello.

–A su cuñado le ayudaría, creo. Podría tratar de sacar la verdad a la luz y restaurar de paso su buen nombre. Piense en cómo se sintió usted cuando todos pensaban que el asesino de las niñas era usted. Por no hablar del hecho de que los padres de la niña seguramente también querrían saber qué pasó exactamente. ¿No cree?

Kennet se encogió de hombros.

–No hay prueba alguna que respalde su teoría.

–¿No le parece suficiente prueba lo que nos dijo Cai a usted y a mí? Cuando se haya recuperado, pregúntele por ese día en concreto, el día que secuestraron a Elna. O deje que sea yo la que hable con él. Apuesto lo que sea a que soy capaz de sacarle la verdad. Como hice con Selma. Lo único que necesito sería su permiso, siendo usted el tutor legal de Cai.

Kennet bajó la mirada.

–Prométame al menos que va a pensárselo.

Kennet asintió lentamente con la cabeza y luego la miró con ojos tristes.

–Puede que lo haga –aceptó con voz baja–. Algún día.

FIN

AGRADECIMIENTOS

A mi editora Inca Vogt y a mi correctora Ilka Bredemeier por su grandioso trabajo en la versión original. Habéis estado, una vez más, maravillosas.

A Inca Vogt por el precioso diseño interior que les da a mis libros.

A mi traductora Eva Trillo Caramés por el gran trabajo de traducción y corrección que ha hecho para la versión española. ¡Espero que sigamos por mucho tiempo más con esta colaboración tan fructífera!

Gracias a las tres por vuestra colaboración tan estupenda.

A mi diseñadora de portada Kristin Pang por su diseño para la versión española.

A todos los lectores y compañeros que me ayudaron a escoger una portada y que me apoyaron con esos problemillas que siempre surgen.

A vosotros los blogueros por todo lo que hacéis por nosotros los escritores. Valoro muchísimo vuestro trabajo y vuestros esfuerzos: ¡Muchas gracias!

A mis compañeros que están ahí dispuestos a escuchar y a tenderme una mano cuando se trata de preparar la contraportada, una labor que no me entusiasma demasiado.

Quiero dedicar otro gracias especial a Inca Vogt, la cual no se encarga solo de la maquetación, sino que también repasa con ojo avizor el texto al completo, descubriendo siempre algún que otro descuido.

A mi hijo, que, aunque no lee mis libros, comprende que me encierre durante días en el despacho y que esté insoportable como… (no se me ocurre ningún símil de lo insoportable que me pongo a veces).

Y finalmente, a mis amigos que me levantan la moral cuando la tengo por los suelos.

Cualquier error cometido a la hora de investigar a mis protagonistas es única y exclusivamente responsabilidad mía o producto de mi fantasía desbocada. Por lo demás, en esta novela también me he tomado algunas licencias artísticas, como siempre, - y que, por supuesto, no pienso revelar.

Podéis mandarme vuestras sugerencias o comentarios a: autorin@daniela-arnold.com